



LIBRERÍA BERCEO

COMPRA Y VENTA

C/ Juan de Herrera, 6 (Junto a C/ Mayor)
28013 MADRID

Teléf: 91 559 18 50 Fax: 91 547 75 60
e-mail: libreriaberceo@hotmail.com

DG

A

C. 1166970

A. 133940

LECCIONES ESCOGIDAS

PARA LOS NIÑOS

QUE APRENDEN A LEER

EN LAS ESCUELAS PIAS.

CORREGIDAS

Y AUMENTADAS POR

EL PADRE PASCUAL SUAREZ,

DEL DULCE NOMBRE DE MARIA.



VALLADOLID:

IMPRESA DE DON JULIAN PASTOR.
1845.

LECCIONES RECOGIDAS

LARA LOS NIÑOS

QUE APRENDEN A LEER

EN LAS ESCUELAS P. M.

CONFECHAS

Y ADELANZADAS POR

EL PADRE PASQUAL SEBASTIAN

DEL DUCHE NOMBRE DE MARIA



Y ALLADOLO:

LIBRERIA DE DON JULIAN PASTOR.

1843.

R. 100196



AL LECTOR.

Concurriendo comunmente un número de niños bastante crecido á todas las aulas de primeras letras, y siendo imposible que un solo profesor pueda tomar con aprovechamiento la leccion á cada uno de ellos en particular, se hace indispensable el que la den en corros, y usando todos de un mismo libro, por cuyo medio puede el primero leer uno ó dos puntos, y aun cuando siga el segundo, como lee lo mismo que el otro está viendo y oyendo, podrá con facilidad notar todo cuanto éste tenga de imitable por su modo de leer, como asimismo las correcciones, que, segun fuere ocurriendo, le hiciere el maestro. Tambien se sigue de aqui que el trabajo del profesor será menor, y mayor el aprovechamiento de los discípulos. Para la consecucion de este fin, se ha dispuesto este tratadito; aunque es verdad que para

el mismo objeto hay otros muchos y es-
 celentes, sin embargo no ofrecen iguales
 ventajas; siendo la principal, entre otras
 el precio mas acomodado á las cortas
 facultades de la mayor parte de los que
 acuden á estas clases. Ademá resulta
 el bien de que introduciéndose en las es-
 cuelas el uso de un libro comun, se con-
 seguirá desterrar de ellas la infinita
 variedad de otros muchos que manejan
 los niños, la mayor parte de los cuales
 por estar llenos de fábulas y patrañas,
 les son perjudiciales y fuera del caso.
 Los tratados de este tomito se han toma-
 do de diferentes autores, con la mira
 de que se vayan haciendo á la variedad
 de estilos que en ellos hallaren. Tambien
 se ha atendido á que al paso que se ejer-
 citan en la lectura, vayan insensiblemen-
 te bebiendo la piedad y máximas cris-
 tianas. Ultimamente, se desea que este
 trabajo, tal cual él es, ceda en provecho
 temporal y espiritual de los niños, á
 quienes principalmente se dirige esta
 obrita.

PROVERBIOS

Ó PARÁBOLAS DE SALOMON.

Salomon, hijo de David y Betsabée nació mil y treinta y tres años antes de Jesucristo, de quien fue una figura y símbolo, y uno de sus gloriosos progenitores. Fué coronado rey de Israel y de Judá viviendo todavía su padre. Desde luego dió muestras de una sabiduría singular. Se le dejó ver Dios en forma visible, y le mandó que pidiera lo que quisiera y le sería otorgado. Pidió al Señor que le diera un corazón dócil y dispuesto á escuchar y recibir los consejos saludables para gobernar su pueblo, y en premio de una peticion tan modesta le concedió Dios, no solamente una sabiduría tan grande y extraordinaria, que quedó desde entonces en proverbio (como que fué el mas sabio de todos los hombres) sino que además le colmo de tantas riquezas, y le llevó

á tanta grandeza, que fue el mas rico y magnífico entre todos los reyes gozando en su reino de una profunda paz, determinó edificar, y edificó al Señor el templo que habia deseado su padre David, y que fue rico de preciosísimos vasos de oro, plata, piedras preciosas, y el mas suntuoso que habia en el mundo. Después trazó é hizo fabricar para sí un palacio de igual magnificencia y grandeza. Para el templo hizo venir de otros reinos las maderas mas finas y esquisitas y los mas diestros arquitectos y alarifes, y se empleaban á un mismo tiempo en fábrica doscientos cincuenta mil obreros ó trabajadores. Cercó con fuertes y hermosas murallas á Jerusalem y á otras ciudades de su reino: venció á muchos reyes idólatras y los hizo tributarios: las rentas de su erario ascendian anualmente á seiscientos setenta y siete talentos de oro, que vienen á ser, segun el eruditísimo P. Calmet, dá á cada talento de oro, ciento y ochenta y tres millones de reales vellon, sin contar los tributos moderados de sus vasallos, y los derechos del comer-

cio. El lujo y lucimiento de su corte, la suntuosidad de su mesa, la innumerable multitud de sus oficiales, ministros y sirvientes, las riquezas de sus vestidos y la sabiduría de su gobierno, habian llevado la fama y gloria de su nombre á todo el mundo. Pero ¡oh vacío é insubsistencia de las grandezas y glorias humanas! Este hombre, este rey que las poseía y disfrutaba todas, llegó á conocer por experiencia que todas juntas no bastaban para aquietar y llenar el corazon del hombre; y entre otras lecciones de verdadera y cristiana filosofia que nos dejó, fué esta tan infalible como lacónica: *Vitodo quanto hay y pasa debajo del sol, y hé aqui que todo es vanidad;* y en los doce solos capítulos, y no largos, de que consta el libro del Eclesiastes, uno de los tres de los que no se duda ser de Salomon (aunque algunos contra el unánime consentimiento de hebreos, griegos, y latinos hayan querido atribuir éste á otros autores) repite mas de treinta veces, que todas las grandezas, delicias, pompas, palacios, regalos, pasatiempos, tesoros, ri-

quezas, y aun la ciencia de todas las cosas de acá abajo, son *vanidad de vanidades*, y todo vanidad, miseria, afliccion y lisonja del ánimo. Y ¡o abismo insondeable de los consejos de Dios! ¡ah impetrabilidad de sus adorables juicios! este hombre tan privilegiado de Dios, que el profeta Natan le llamó su amado por *antonomasia*, si tan lleno de su escelente sabiduria, y de su gracia, abusó de su libre alvedrio hasta entregarse á los antojos y caprichos de mugeres idólatras y perdidas: y el que habia sido el ejemplo y la gloria de Israel, vino á ser el escándalo y el oprobio, dejando en duda y problema entre los sagrados escritores su salvacion: porque habiendo sido grandes y notorias sus culpas, ni una palabra dicen de su penitencia los historiadores sagrados. ¡O, y como es cierto que la ciencia sin piedad no sostiene en la virtud, y que el olvido del Señor, la ingratitude á sus beneficios, la violacion meditada de su ley, y la passion de la lascibia precipitan al hombre en los mayores abismos! Los libros de que Salomon indudablemente es autor

sagrado, es el Cantar de los Cantares, el Ecclesiastes y el de las parábolas ó Proverbios, que es uno de los que los padres y teólogos llaman sapienciales. De estos divinos libros dice el gran maestro de las cosas espirituales, y el Ciceron de la lengua española el V. Fr. Luis de Granada lo que sigue á la letra. » No diré mas de estos libros, sino que son una filosofia moral ordenada, no por Aristóteles ni Platon, sino por el Espíritu Santo, en la cual sin divisiones ni definiciones, ni silogismos, y sin variedad de opiniones somos enseñados á regir y ordenar nuestra vida, así en el tiempo de la adversidad como de la prosperidad, donde son tantos los avisos y consejos que se nos dan, que ninguna parte de la vida que sin sus propios documentos y doctrinas. En ellos son inducidos los hombres por muchas razones, á ser justos, y se declara con qué género de obras lo hayan de ser, que es la suma de toda la filosofia cristiana. Los cuales libros habian de traer siempre en el seno los que desean acertar á bien vivir; porque en ellos hallarán luz para sus

entendimientos, devocion para sus voluntades, medicina para sus llagas, y documentos saludables para ordenar sus vidas. Tienen tambien estos libros otra escelencia que es no haber en ellos un renglon que no tenga alguna señalada y provechosa sentencia. En otros libros á veces es menester pasar muchas hojas para hallar un buen bocado; mas aqui no hay cosa que no sea de precio, no hay cláusula que no sea una saludable sentencia y una perla preciosa. Porque estos libros parece que fueron una brebe recapitulacion de toda la santa Escritura.» De este divino libro de los Proverbios se han tomado á la letra los capitulos que directamente pertenecen á la edad de los niños y que son más oportunos para la mas sólida instruccion y enseñanza de la juventud.

CAPITULO I.

El temor de Dios es el principio de la sabiduria. Los necios desprecian la sabiduria y la enseñanza. Oye, hijo la doctrina de tu padre y no abandones las leyes de tu madre. Hijo mio, si los pecado-

res te alágaren é hicieren fiestas, no los creas. Si te dijeren ven con nosotros, armemos asechanzas á la vida del prójimo póngamos lazos ocultos al inocente, aunque no nos haya dado motivo, entra á la parte con nosotros, la bolsa de todos nosotros será comun; hijo mio, no vayas con ellos, apártate de sus caminos, porque sus pies corren al mal.

CAPITULO II.

Si la sabiduria entra en tu corazon y tu alma gusta de la ciencia, sus consejos te guardarán, y su prudencia te defenderá.

CAPITULO III.

Dichoso el hombre que encuentra la sabiduria, y que tiene la verdadera prudencia. La sabiduria es árbol de la vida para aquellos que la abrazan, y bienaventurado el que la conserva.

CAPITULO IV.

Note complazcas en los senderos de los impíos, ni apruebes el camino de los ma-

los. Huye de él, no pases por él, apártate mucho y déjale para siempre. Los malos comen el pan de la impiedad y beben el vino de la maldad. La senda de los justos es como una hermosa luz, va adelante, y llega á ser un dia perfecta.

CAPITULO V.

Perezoso, vé á la hormiga, y reflexiona sus caminos y aprende sabiduria. Ella sin tener quien la enseñe, ni quien la gobierne, se previene de mantenimiento en el estío, y al tiempo de la siega hace provision para comer despues. Seis cosas hay que aborrece Dios, y otra sétima que abomina: ojos erguidos, lengua mentirosa, mano que derrama la sangre del inocente, corazon que maquina proyectos pésimos, pies ligeros para correr al mal, al que dice mentiras, al testigo falso y al que siembra chismes entre los hermanos.

CAPITULO VI.

El hijo sábio alegra á su padre; mas el hijo necio melancoliza á su madre. La ma-

no ociosa produce la indigencia; pero la mano del fuerte adquiere riquezas. La bendicion de Dios hace ricos, y á ellos nunca llegará la afliccion.

CAPITULO VII.

De nada servirán las riquezas en el dia de la venganza: la justicia es la que librará de la muerte eterna. Unos reparten sus propios bienes, y se hacen mas ricos; otros roban los agenos, y nunca salen de pobres, El que confia en sus riquezas caerá; pero los justos florecerán como las ramas de un árbol frondoso.

CAPITULO VIII.

Mas dichoso es el pobre, y que gana por sí el suficiente sustento, que el presumido y vano que no alcanza pan, y cree deshonorarse trabajando para ganarlo. El virtuoso tiene compasion aun de las bestias que le sirven; mas los impíos tienen entrañas crueles para con todos.

CAPITULO IX.

Entre los soberbios siempre hay pendencias; pero los humildes que obran en todo con consejo, son gobernados por la sabiduria.

CAPITULO X.

El que anda por camino recto y teme á Dios, es despreciado por el que anda por sendas infames. Las risas siempre andarán mezcladas de pesares, y á un grande gozo se sigue el llanto: el pobre (¡oh desgracia!) aún á sus parientes se hace odioso: pero los ricos tienen muchos amigos. El temor de Dios es fuente de vida para librarse del estrago de la muerte. La limpieza de corazon conserva sano el cuerpo, la envidia pudre los huesos. El que calumnia al pobre ofende á su Criador, y el que se compadece del pobre le honra.

CAPITULO XI.

La respuesta dulce quebranta la ira, la palabra áspera irrita el furor. El malo no ama á aquel que le corrige, ni busca

á los sábios. Mas vale un poquito con temor de Dios, que tesoros grandes que no satisfacen al corazon. Mas vale ser convidado á unas pobres legumbres con amor y caridad, que á tener sobrados regalos con discordia. Dios se aparta de los impíos y oye las plegarias de los justos.

CAPITULO XII.

Mas vale un bocado de pan seco con santa alegría, que la casa llena de regalo con pendencias. Como la plata se purifica en el fuego, y el oro en el crisol, así Dios prueba los corazones. Al que vuelve mal por bien, no faltarán desdichas en su casa. Qué aprovecha al necio tener muchas riquezas si con ellas no puede comprar la sabiduria? La alegría del corazon conserva la edad florida, la tristeza seca los huesos. Un hijo necio provoca la ira del padre, y aflige á la madre que lo engendró. El que habla con prudencia se acredita de docto y de prudente; y el hombre verdaderamente erudito habla con circunspeccion. Aun el necio si calla será reputado por sábio y sino

no desplega sus labios por entendido.

CAPITULO XIII.

El que responde antes de oír lo que le preguntan, se acredita de necio, y merece que le sonrojen. La muerte y la vida están en manos de la lengua: segun el uso que se haga de ella serán los frutos.

CAPITULO XIV.

Mas dichoso es un pobre que vive segun su sencillez, que el rico que se atormenta para engañar, y se acredita de necio. Las riquezas atraen muchos amigos; pero del pobre huyen aun los que antes tenia. El que tiene compasion del pobre, comercia con Dios con grandes ganancias, y le recompensará abundantemente. El perezoso esconde sus manos debajo de los sobacos, y no las llevará á su boca. El que dá pesadumbre á su padre, y se hace aborrecible á su madre, se cubre de infamia, y será desdichado.

CAPITULO XV.

Por sus juguetes se conoce el niño, y se

conjetura cuales han de ser sus obras. No gustes de dormir mucho para que no te persiga la pobreza; madruga y tendrás abundancia de pan.

CAPITULO XVI.

El que gusta de convites, parará en pobreza. El que ama el vino y los regalos, no se enriquecerá. El que guarda su boca y modera su lengua, se librará de muchos apuros.

CAPITULO XVII.

Mas vale buen crédito que las muchas riquezas: la buena querencia vale mas que la plata y el oro. Es proverbio, el que de jóven entra en el buen camino, aun cuando llegue á viejo no lo dejará. El que es propenso á la misericordia, tendrá la bendicion de Dios, porque repartió de su pan con el pobre. Echa lejos al mofador, y con él echarás las rencillas, y cesarán los pleitos y las contumelias. El que ama la limpieza del corazon, tendrá por amigo al Rey por la gracia y sinceridad de sus palabras. No trabes amistad con el hom-

hbre iracundo, ni andes con el que se deja arrebatat de su furia. No entres en compañía de los que se atan las manos, y salen fiadores por deudas ajenas. Si no tienes con que restituir lo que ellos han tomado prestado, ¿qué impedirá que te lleven la cobertura de tu cama para pagarlo?

CAPITULO XVIII.

No vayas á los convites de los bebedores, ni á las comilonas de aquellos que contribuyen con su cuota: porque entregados á la glotoneria, y comiendo á escote, pagarán su descuido con pobreza y andrajos. El padre del justo salta de contento: el que tiene un hijo sábio se alegrará en él.

CAPITULO XIX.

No armes asechanzas, ni busques impiedades en la casa del justo, ni turbes su reposo ponderando sus defectos porque el justo caerá siete veces al dia; pero se levantará, mas los impios se precipitarán para siempre. Cuando cayere tu enemigo no te alegres, y no se regocije tu corazon

en su desgracia; no sea que lo vea el Señor, y le desagrade y traspase su ira de él á tí. Teme, hijo mio á Dios y al Rey, y no te juntes con los murmuradores. Pasé por el campo del perezoso y por el viñedo del necio: y he aqui que las ortigas lo habian llenado todo, y las espinas habian cubierto toda la tierra, y la cerca de piedras estaba destruida. Habiendo visto esto reflexioné y escarmenté en cabeza ajena.

CAPITULO XX.

No publiques ligeramente en disputa lo que has visto con tus propios ojos, no sea que despues de haber desacreditado á tu amigo no le puedas reconciliar. Trata tus asuntos con tu amigo, y no fies tus secretos al extraño no sea que despues que los haya oido te insulte, y no cese de zaherirte. Si encuentras miel abundante, come con templanza la que te baste; no sea que comiendo con exceso la vomites. El hombre que testifica en falso contra su prójimo, hiere mas que un dardo, una espada y una saeta puntiagada. El que fia en un amigo infiel para sus apuros, es como el

que tiene un diente podrido, ó un pie dañado y se quedará sin capa en el día del frío. La melancolia daña el corazón del hombre como la polilla al vestido y la corcoma al madero. Si tu enemigo tiene hambre dale de comer, si tiene sed dale de beber: pues de este modo echarás carbones encendidos sobre su cabeza, y Dios te recompensará. El viento del norte desvanece las lluvias, y el semblante severo hace callar al murmurador.

CAPITULO XXI.

El látigo para el caballo, y el freno para el jumento, y la vara para las espaldas de los imprudentes. El que pasa temerariamente, y toma parte en las pendencias de los que riñen, hace como el que coge de las orejas á un perro rabioso.

CAPITULO XXII.

Que te alaben otros, pero no tu á tí mismo, los extraños, no tus propios lábios. Mas vale la correccion manifiesta del enemigo, que el amor escondido de quien no

se atreve á reprender á un amigo. Mas valen las heridas del que ama, que los ósculos del que aborrece. El corazon se conforta con la frecuencia del ünguento y de varios aromas, y el ánimo se dulcifica con los consejos de un buen amigo.

CAPITULO XXIII.

El impío teme y huye sin que nadie le persiga: pero el hombre justo como un leon valiente nunca conoce el miedo. El pobre que calumnia á otros pobres es semejante á la lluvia tempestuosa, que trae consigo la hambre. El que oculta sus maldades nunca se enmendará; mas el que las confesare y se enmendare de ellas alcanzará misericordia. Bienaventurado el hombre que está siempre con un santo temor; pero el que tiene la conciencia endurecida se precipitará para siempre. El que vive con sencillez se salvará; el que anda por caminos torcidos, al cabo caerá. El que trabaja sus tierras, tendrá pan abundante; mas el holgazan vivirá lleno de miserias. El hombre fiel será muy alabado; mas el que se apresura á enrique-

cer no será inocente. El que se enriquece apriesa, y tiene envidia á otros, ignora que le sobrevendrá la miseria. El que quita algo á su padre y á su madre, y dice, esto no es pecado porque me pertenecerá despues de su muerte, dando á entender, que no llorará por verlos muertos, peca como el homicidia. El que dá al pobre, no padecerá pobreza; el que desprecia sus súplicas se verá en penuria.

CAPITULO XXIV.

Vendrá muerte repentina, y nunca será sano aquel que con dura cerviz desprecia al que le corrige. El hombre prudente que entra en disputa con el necio, ó bien se formalice, ó bien lo tome á chanza, no hallará descanso. La vara y la correccion dan sabiduria: mas el niño que se abandone á su propia voluntad será el oprobio de su madre. Al soberbio sigue la humillacion, al humilde de corazon la verdadera gloria.

CAPITULO XXV.

Cuatro cosas pequeñitas hay en la tier-

ra, y saben mas que los mas sábios: las hormigas, pueblo débil, que al tiempo de la siega se provée de mantenimiento para en adelante: las liebreçitas, gente de ningunas fuerzas que ponen en los agujeros de la piedra su refugio y madriguera: las langostas, que no tienen rey, y hacen sus marchas formadas en escuadrones: el estelion ó lagartija, que anda con las manos y suele morar en los palacios de los reyes.

○ Luis Vives, natural de Valencia en España, fué uno de los sábios del siglo XVI, que mas ruido metió en la Europa. Fué catedrático de letras humanas en Oxford, en Lóndres y en Lovayna. Escribió varias obras con mucha erudicion, pero entre todas, aunque de pequeño volumen, y sin tanta erudicion, es la mas sólida, y sobre todo la mas oportuna para cimentar á los niños y á los jóvenes en la virtud cristiana, la que compuso en latin, y de las que se han hecho varias impresiones, siendo la mas correcta la impresa en Burgos año 1544, que con tanta propiedad intitula: *Introduccion á la verdadera sabiduria*. De ella se

han tomado las lecciones siguientes:

DE LA RELIGION.

El mayor bien que se nos pudo hacer, y el mas escelente don que á los hombres se pudo dar, fué la religion, que es conocimiento y amor de Dios, Señor y Padre de todo el universo mundo. Con nadie muestra Dios mas su liberalidad infinita, que con aquellos á quienes enseña como quiere ser servido. Por esto el Salmista, entre las singulares mercedes que Dios hizo al pueblo de Israel, pone: *el que anuncia sus palabras á Jacob, sus establecimientos y justicias á Israel: No ha hecho esto con toda gente, y no les hizo conocer sus juicios.*

La religion es la que nos da á conocer á Dios, si le conocemos bien es imposible que le dejemos de amar. Dios solo es Príncipe, Hacedor y Señor de todo el universo; es Omnipotente y Sapiéntísimo, á quien nada se le esconde. Este mundo es como una casa suya ó por mejor decir como un templo. Él le sacó á la luz de la nada, y le crió en esta grande y compues-

ta hermosura en que lo vemos, por lo cual le llamamos *mundo*. Él lo rige y lo gobierna: y no siendo bastante la naturaleza de las cosas; él lo conserva no con menor milagro que el que hizo en criarle. Y como en una casa bien gobernada de un prudente padre de familias, no se hace nada sin que él lo mande así en este mundo ninguna cosa se hace sin el mandado de Dios nuestro Señor, cuyo poder y saber es infinito.

Así se debe creer que él tiene cuidado de los ángeles, de los demonios, de los hombres, de los otros animales, de las plantas, de los cielos, de los elementos y que todo le obedece; y que ni se hace nada, ni se mueve, ni acontece, ni aun se levanta una pajilla, ni vuela una pluma sin que él primero lo ordene y mande. Se ha de tener por cierto que su querer ó su mandar es la ley puesta en el mundo, y es la propia y la que llamamos *natural*, la cual todas las cosas siguen sin que en ellas haya acaso, fortuna ó suerte. Todo lo que hace es con saber y justicia infinita, aunque sea por caminos que nosotros no alcanzamos.

Creo cada uno que si él quiere ser bueno, todo cuanto le sucede, ahora le parezca bien ó mal, todo se endereza á su provecho, no al del dinero, ó de cosas de este mundo breve, sino á utilidad de la salud en la otra vida eterna y bienaventurada. Asi que, todo lo que en este mundo nos viniere, como cosa que sin duda viene de la mano de Dios, lo hemos de tomar con buen ánimo, y recibirlo con buen rostro, y tenerlo por bueno alegremente; no sea que por no alcanzar nosotros, que, ó deseamos lo contrario, ó no juzgamos de ello como debemos, parezca que dejamos de tener por bueno el consejo y determinacion de Dios, y que dejamos de aprobar, y seguir la voluntad de quien es justísimo, y sapientísimo gobernador de todas las cosas. Y es justicia y razon, y cosa que se debe á Dios, que le estemos sugetos y obedientes, y que loemos y tengamos por bueno todo lo que hace. Mas nosotros como niños, no sabiendo lo que nos es mejor, lloramos porque no nos dan el cuchillo, con que nos podemos degollar; y huimos de lo que nos es

bueno, como si ello nos hubiese de destruir; tanto que muchas veces el mayor mal que nos podria venir es si se hubiesen de cumplir nuestros deseos. Y como andamos tan ciegos, y en tan grande oscuridad y error, proveyó Dios que no hubiesen de tener cuidado de otra cosa, sino de seguir el camino en que nos puso, sin desviarnos de él, reservando á su cargo todo lo demas. Queramos ó no queramos, se ha de cumplir lo que Dios, gobernador de esta gran casa, ordena de nosotros. Pues si alli es donde hemos de ir ¿por qué queremos mas que nos lleven llorando y arrastrando de los cabellos, que dejarnos llevar con alegria á nuestro paso?

Ciertamente quien es amigo de Dios, obedece y sigue la ley y voluntad de su amigo. Esta es la principal manera que se ha de tener en el amar á Dios, como dice Cristo: *Vosotros sereis mis amigos, y yo os tendré por tales, si hicieréis lo que yo os mando.* Jesucristo hijo unigénito de Dios Todopoderoso, que es verdadero Dios y verdadero hombre, es el que hace la paz entre Dios y el género humano y

es autor de nuestra salud y redencion á quien para este efecto Dios Padre envió, cuando á él le pareció tener misericordia del linage humano que con incomparable daño suyo tenia enemistad con él. ¿Qué mayor mal, ó mas pestilencia, ó de mayor destruccion se pudo inventar ó hallar que apartarse el hombre, por el pecado, de Dios, fuente de donde todo bien nace y perpetuamente dimana? ¿y caer en una tan dañosa miseria y desventura? ¿y trocar una vida dulcísima y bienaventurada por una muerte amarga y miserable? Entre otras cosas Cristo nuestro Señor vino para enseñarnos el camino derecho; en el cual puestos caminaremos á Dios, sin apartarnos de él un punto. Enseñónos Cristo este camino, y nos le declaró con sus palabras y santísima doctrina: con el ejemplo de su vida mostró como se habia de caminar, y le desembarazó y fortificó é hizo seguro.

Todo el saber humano comparado con nuestra cristiana religion; es como ciego, y pura ceguedad y locura. Todo quanto entre los gentiles se lee grave ó prudente,

sábía ó religiosamente dicho; todo lo que con gran admiracion, con gran favor y grita ellos reciben: todo lo que de ellos se alaba y se aprende de coro, y se levantan hasta el cielo (¡oh válgame Dios!), ¡cuán sin comparacion mas sencilla, llana y descubiertamente, por cuan mas derecho, breve y fácil camino, nos lo muestra la cristiana religion! En cuyo conocimiento consiste la verdadera y perfecta sabiduría: y en vivir como ella ordena, consiste la perfeccion de la virtud. Mas no alcanza nadie verdaderamente á conocerla, sino quien vive conforme á ella. La vida de Cristo dá testimonio de su bondad y virtud humana: sus milagros nos prueban su divinidad y su omnipotencia: su ley nos muestra la celestial sabiduria, para que su virtud con su egemplo nos convide á imitarla, la autoridad nos fuerce á obedecer, la sabiduria nos convenza á creer, la bondad saque de nosotros amor, la magestad servicio, la sabiduria fé.

Si miramos con atencion y diligencia lo que Cristo nos mandó, al fin hallaremos sin falta ninguna que todo ello se refiere

á nuestro provecho. De manera que no hay nadie que cuando firmemente cree, no sienta en si grandísimo bien y mejoría. Asi como á un hombre no se le puede hacer mayor placer, que el que algun amigo se ponga en sus manos, y se encomiende á él y se fie en él de todo punto; asi tampoco no podemos hacer cosa en que mas sirvamos á Dios. El fundamento de nuestra salud es creer que Dios es Padre, y su Hijo unigénito es Jesucristo, legislador, que nos pone en amistad con el Padre, y del uno y del otro es aspirado aquel santísimo Espíritu, sin el cual ni hacemos ni pensamos cosa que se levante del suelo, ni cosa que nos pueda aprovechar. El verdadero servicio que á Dios se hace, es acabar de sanar las enfermedades de nuestro ánimo, y desarraigar las aficiones ó perturbaciones ó pasiones malas, y de esta manera siendo puros y santos, como él lo es, nos transformamos cuanto es posible en su semejanza.

Asi que, no tengamos aborrecimiento á nadie, y deseémos y trabajemos por hacer bien á todos. Quanto mas, dejadas las

cosas corporales, te levantarás á las espirituales, tanto vivirás vida mas divina. Asi vendrá á ser que reconozca Dios en tí como un parentesco, ó semejanza de su divina naturaleza, y se deleite en ella y more, como en un verdadero y propio templo suyo, que le será mucho mas acepto que estos de piedra ó de metal, San Pablo dice *Es santo el templo de Dios que sois vosotros*. Si tenemos, pues, en nuestra posada tan grande huésped, con grandísimo cuidado le hemos de tener, y no le habemos con nuestros pecados y maldades de despedir ó echar de ella. Todas las obras corporales van sin gusto delante de Dios, si la buena voluntad no les dá sazón. Has de pensar que donde quiera que estés muy retirado y apartado de la vista de las gentes estando solo, y aun alla dentro del corazon, y en lo mas secreto de tu ánimo, está Dios por árbitro-testigo y juez de todo cuanto piensas. Teniendo pues reverencia y acatamiento á su presencia, guardate, no solamente de hacer cosa fea ó torpe, ó mala, mas aun de pensarla.

La caridad para con Dios ha de ser que le tengamos en mas que todo el universo, y que amamos mas su gloria y honra, que todas las honras y provechos de este mundo. Y como un amigo, cuando se le representa su amigo á la memoria, se le ensancha el corazon con una piadosa alegria, que sale de buena voluntad que le tiene, asi es menester procurar tener grande amistad con todas las cosas divinas, y que asi nos sean agradables y gustosas, y que las tratemos de buena gana con gran gozo y alegria.

Todas las veces que oyes este nombre de Dios has de pensar que significa una cosa divina y admirable, mayor que el humano entendimiento puede concebir. Lo que se dice de él, y de los santos, no lo oigas cuidadosamente como de hombres, óyelo con la admiracion y reverencia que se debe. No pienses ni digas nada de Dios ligeramente, sin ir acompañado de temor y acatamiento. Asi digo que es contra religion burlesca de las cosas sagradas, ó tomar los dichos de la sagrada Escritura, y servirse de ellos, traerlos en la boca,

aplicándolos en cosas de burlas, ó fuera de propósito, ó en cuentos ó fábulas fingidas, ó en dichos maldicientes, que es como derramar cieno en la medicina que os habia de dar salud: mas aplicarlos á cosas necias, esto es ya cosa maldita é intolerable. Todo cuanto alli vemos, antes nos hemos de maravillar de ello, que pensar que lo entendemos, y lo hemos de recibir con grandísima humildad y con debida reverencia.

Mira que estés en el oficio sagrado con atencion y devocion, pensando que todo cuanto ves y oyes es sacrosanto y purísimo, y que todo se endereza á aquella inmensa Magestad de Dios, la cual facilmente puedes adorar, y es imposible poderla comprender. Asi que, has de pensar que no basta la fuerza del ingenio humano á entender la sabiduria divina. Aun los dichos de los sábios, aunque no los entendemos, los estimamos en mucho: ¿cuánta mas razon es hacer honra á las cosas divinas? Cuantas veces oyes nombrar á Jesucristo, tantas veces te se acuerde la inestimable é infinita caridad que

nos tuvo, y esta memoria sea con gran agradecimiento, placer y veneracion. Cuando oyes algun título ó nombre de los que se suelen dar á Jesucristo, levanta tu entendimiento á contemplarle y suplicarle que sea tal para contigo: como por ejemplo, cuando le oyes nombrar *Piadoso*, ruégale que puedas tu sentir su piedad y misericordia: cuando oyes que es *Omnipotente*, pídele que lo muestre en tí, volviéndote bueno siendo malo, tomándote por hijo habiendo sido su enemigo, haciéndote algo de nada. Cuando le llaman *Terrible*, suplicale que espante á los malos enemigos que te espantan. Cuando le llamas *Señor*, mira que te obligues á servirle, y haz que seas tal que le sirvas como él lo merece. Cuando le das título, de *Padre*, cuida de amarle y portarte de tal manera que merezcas ser hijo de tal Padre.

Mira bien que no hay cosa en todo el univeso grande ni pequeña, que si miras su principio, su naturaleza; propiedad y fuerza, no te ponga en camino para considerar las maravillas de Dios, ha-

cedor de todas las cosas, y que no te dé ocasion de adorarle: no pongas mano en comenzar obra ninguna, sin pedir primero su favor; porque Dios, en cuya mano están los medios y los fines, dará deseado fin á la obra que comenzáre en él. Cualquiera cosa que hayas de emprender ántes que pongas mano en ella, mira bien el fin á donde vá á parar; y cuando hubieres tenido buen consejo, y hecho en ella lo que debes, no te fatigues por lo que pueda suceder. Ten tu confianza en aquel en cuyo poder está puesto todo lo que ha de suceder en cada cosa.

Y pues que la religion verdadera no está en las cosas que se muestran por defuera, sino en el secreto del corazon, trabaja en entender lo que rezas: mira que no sea tu rezar hacer solamente gestos con los lábios: mas cuando rezas mira que todo tu ánimo, tu entendimiento, tu pensamiento y semblante estén puestos solo en aquello que haces; porque no hay cosa que no se alcance con tan escelente obra. Las palabras de Dios abominan de quien entiende de sus obras negligentemente. Si

parece mal á un músico tañer una cancion, y cantar otra diferente, ¿cuánto es peor estando diciendo á Dios nuestra oracion, que le diga la lengua una cosa y que tengamos otra en el carazon? Lo que pidiésemos á Dios, sea con templanza, y sea cosa digna, que á él se le pida, y que él la dé, porque no se ofenda con nuestras peticiones necias y fuera de propósito.

DE LA CARIDAD.

El Maestro sapientísimo que nos enseñó como habiamos de vivir, y nos lo declaró en el fin tan sábiamente como quien habia sido autor de nuestra vida, nos dió un singular documento para vivir y fué que amásemos; sabiendo él muy bien que si amamos, seremos perfectamente bienaventurados, sin que tengamos necesidad para esto de otras leyes. No hay cosa mas bienaventurada que amar; y por esto Dios y los ángeles son felicísimos, porque aman todas las cosas. No hay cosa mas infeliz que aborrecer: por la cual

pasion son los demonios malaventurados. El verdadero amor todo lo iguala; donde él vive no sufre que haya competencias, no quiere á nadie pasar el pie adelante ni tomar lo que es de aquel á quien bien quiere, pues está persuadido que él goza de lo que posée el otro. No levanta zancadillas, ni pleitos á su hermano ni piensa que le injuria aquel á quien él ama. Asi jamás piensa en venganza, á ninguno tiene envidia de su amigo, ni se alegra con sus males, ni le carcome los bienes que posée, antes (como dice el Apóstol) *se goza con los alegres, y llora con los tristes*; y esto no con fingimiento ni con simulacion, sino verdaderamente de buen ánimo, porque el amor hace que todas las cosas sean comunes, y realmente tiene por suyo lo que es de aquel que ama.

El verdadero dechado de este mandamiento, que tenemos puesto delante de los ojos para que le podamos imitar, son las obras y vida de Cristo; porque vino el Hijo de Dios no solamente para enseñarnos con palabras el derecho camino de bien vivir, sino para allanarle él primero

con su santísima vida y llamarnos á que le sigamos tomando de él ejemplo para que abiertos nuestros ojos, y alumbrados con la luz de su claro sol, pudiésemos ver lo que era cada cosa. Primeramente habiendo pasado por una infinidad de trabajos, siendo ejercitado en todo género de paciencia, ¿qué templanza y moderacion no nos mostró? Siendo él Todopoderoso, y siendo injuriado con tan grandes y recias afrentas, nunca volvió mala palabra solamente seguia su intento de enseñarnos el camino por donde pudiesemos llegar á Dios, abominando de lo que de él nos aparta. Sufrió ser prendido y atado el que solamente (como dicen) con una sola mirada podia en un momento trastornar todo el mundo. ¿Con qué paciencia sufrió los falsos testimonios que le levantaron? Finalmente, de tal manera se hubo, que ninguno conoció principalmentesupoder, sino solamente en ayudar y socorrer. Siendo Rey y Señor de todo lo criado, por quien el Padre hizo este mundo, ¿con qué sufrimiento toleró que le pusiesen, é igualasen con la mas soez y baja canalla del

mundo? ¿Cómo sufrió no tener cosa propia, y que á sus ministros que tanto amaba, viniese á faltar mantenimiento siendo él Hacedor y Gobernador de toda la naturaleza humana? Tuvo hambre, sed, cansancio, tristeza y congoja. ¿Para qué penseis que de su voluntad se puso en estos trabajos, y los sufrió de buena gana, sino para darnos ejemplo?

Tan amigo fué de que hubiese paz y concordia, amor y caridad entre nosotros, que por respeto de esto, contra ningun vicio dió con mas vehemencia que contra la soberbia y contra los que de ella nacen: como son la arrogancia, ambicion porfías, rencillas, enemistades; mostrándonos que ni de las cosas exteriores, ni de las del cuerpo, no hay ninguna de que podamos tomar posesion por nuestra, pues todas son advenedizas y agenas, ni aun de las interiores, ni de la virtud; pues Dios es el que las da, y las quita á los que con ellas se levantan, no conociendo estos la fuente y principio de donde manan, y menospreciando á aquellos para cuyo provecho les hizo Dios merced de

ellas . Y para acabar de todo punto de aniquilar la soberbia porque no se preciase nadie, ni se alabase por estar obediente á la religion, ni estuviese de si muy satisfecho para guardar bien la ley, dijo: *Cuando hubiereis hecho todo lo que os he mandado, decid: somos siervos inútiles.*

Aquí vereis cuan grande es la locura de aquellos que se alaban de ser consumadamente cristianos, y se precian de guardar la ley mas que otros; pues ninguno sabe de si hay en él virtud, ó si es digno de amor, de aborrecimiento, ó si es mas rico en virtud aquel, á quien piensa que deja atras, ó si es llamado para la suerte de los santos, ó reprobado y desechado para miseria perpetua. Por esto mandó Dios que no juzgásemos á los otros, pues todos somos ciegos é ignorantes de los senos que hay en el corazon: y este juicio le reservó para sí, que sabe bien escudriñar el interior: porque las cosas exteriores, que solamente nos están puestas á la vista, no son firmes, sino inciertas señales de los que dentro se esconde. No sea pues que por hablar una vez á un hombre

como hacen muchos locos, ni por cien veces, no, ni por continua conversacion que con él hayas tenido, des resuelta sentencia de su ingenio, de sus virtudes y de sus vicios. Grandísimos y oscurísimos son los juicios, secretos y escondrijos que hay en el corazon humano. No hay vista de hombre que pueda llegar allá.

Y pues Cristo con su muerte ganó y puso en libertad á todo el linage humano y con tan inestimable precio le rescató y redimió de la servidumbre del demonio, nadie menosprecie, ni ose vilipendiar una alma, pues fue tan grande el amor que nuestro Señor la tuvo, que se puso por ella á la muerte. Nuestro Señor generalmente fue crucificado por todos y particularmente por cada uno de nosotros. Tampoco tenga esperanza que se ha de servir Cristo de que tu aborrezcas aquel á quien él ama. El Señor quiere que en esta moneda le paguemos, que asi como él nos amó siendo siervos y malos, y habiéndole desmerecido, asi amemos nosotros á aquellos en compañía de los cuales servimos al mismo Señor. Aquí en esta

vida dió principio al amor que han de tener los hombres los unos de los otros, y al que han de tener con Dios, quiero decir, que aqui puso el fundamento de nuestra bienaventuranza, y en el cielo la acabó y perfeccionó. Así que ésta es la vida, y la gracia de Jesucristo, que en sabiduría excede infinitamente á todo humano ingenio en razon y justicia es muy conforme y conveniente á los que entienden que con infinita bondad llama y atrae á todo el mundo.

No piense nadie que es cristiano, ni tenga confianza que Dios le ama si tiene aborrecimiento con alguno: pues Cristo, sin exceptuar á nadie, nos encomendó todos los hombres. Pues á quien Dios te encomendó, si él no lo merece á male también: porque Dios, que lo mandó, es digno que le obedezcas. No bastan de suyo los ayunos, ni abstinencias, ni las limosnas (aunque des todo cuanto tienes á los pobres) serán bastantes para ponerte en la gracia de Dios, ni hay cosa que á esto baste: sino el amor que tienes á los hombres, segun su bendito Apóstol lo enseña. No veas hombre en el mundo á quien no

pienses que has de tener en lugar de propio hermano, con cuya prosperidad no te regocijes, y con su adversidad no te entristezcas, y á quien no procures ayudar en todo lo que pudieres. No disminuya esta aficion ser de otra ciudad, ni ser de otra nacion, de otro parentesco, de otra profesion, ni de otro estado y condicion, De todos nosotros Dios es solo Padre; y así siguiendo la doctrina benignísima de Cristo, cada dia le llamamos Padre, y él nos reconocera por hijos, si nosotros tenemos por hermanos á todos los demas que él tiene por sus hijos. No te desdénnes de tener por tu hermano á quien Dios tiene por bien de tomar por hijo.

Dios trajo la paz y concordia y amor, el demonio, astutísimo en tales tramas, urde bandos, inventa particulares provechos con daño ajenos, trama diferencias, porfías riñas y guerras. Dios, cuya santísima voluntad es que todos sean salvos, comunica entre nosotros amor y bienquerencia. El diablo que queria que fuésemos destruidos ó perdidos, siembra enemistades. La concordia hace que las cosas

pequeñas se aumenten y crezcan, la discordia las deshace y destruye por grandes que sean. Los que trabajan de hacer paz firme y perpetua entre los hombres, ó de conservarla, serán como dice Cristo, llamados hijos de Dios. Estos son los verdaderos pacíficos de quien él habla. Los que andan sembrando enemistades y procuran destruir la caridad de los hombres, estos son hijos del diablo. La cosa mas maldita que hay en las enemistades, es cuando la diferencia se viene á averiguar por las manos ó por la fuerza, que es la que (si intervienen muchas gentes) llaman guerra en la cual el hombre escede en fuerza á todos los otros animales. Sabed que no es cosa de hombres sino de bestias, como el vocablo latino *bellum*, lo declara y significa. De esta abomina la naturaleza, que engendró al hombre sin armas para mansedumbre y comunicacion, y conformidad de la vida: Dios la maldice y abomina, que de todas maneras quiere y manda que nos tengamos caridad los unos á los otros. Ni hay hombre (el autor no habla de los reyes ni príncipes) que lícita-

mente pueda hacer guerra á otro, y perjudicarle y hacerle daño sin caer en pecado. Si hay alguno que piensas que tiene mala voluntad, pon trabajo y diligencia en aplicarle luego de una manera ú otra.

No dejes por ruegos ni por humildad, ni por oro, ni por plata, ni por cosa de esta vida, de estar bien con todo el mundo: que este es el mas breve camino que nos lleva á Dios. No te burles de nadie, ni le escarnezcas; piensa que lo que á aquel vino, podia venir á cualquiera; ántes da gracias á Dios de que no te cupo á tí aquella suerte, y ruégale que no te venga; y al que así esta afligido consuélale, ó dale algun remedio, ó si no puedes, haz siquiera que conozca en tí buena voluntad. De crueles es gozarse de los males agenos, y no tener lástima de aquellos que son de su misma naturaleza, sé misericordioso con los hombres y alcanzarás la misericordia de Dios. La fortuna y los casos humanos á todos son comunes; á cada uno de nosotros amenazan, y cada uno está sujeto á ellos. Con este amor que debes á los hombres, el bien mas conve-

niente que les puedas hacer, consiste en procurarles el mayor bien nuestro que es la virtud, y en trabajar por hacer á todos buenos, ó á los mas que pudiereis. No hay cosa mas desconforme, ni mas desconveniente al amor, ni hay obra mas de enemigo, ni que pueda á otro mas perjudicar, que es si ó con persuasion, ó con ejemplo, ó incitandole, ó de otra manera, le haces malo. La mayor perfeccion es amar, aunque seas aborrecido: mas mucho mas seguro es, y que da mayor contentamiento querer bien y ser bien quisto.

No hay mas ciertas riquezas que las amistades firmes. No hay mas segura guarda que tener leales amigos. El sol quita del mundo quien quita de la vida la amistad. Mas la amistad verdadera y firme y que ha de durar, solamente es entre los buenos, entre los cuales, como quieren un mismo bien, muy facilmente cuaja el amor. Los malos ni pueden ser amigos entre sí ni tener amistad con los buenos. Para que te quieran bien, el mas cierto y breve camino es amar. No hay cosa que tanto pueda atraer á amar como el amor.

Despues de esto lo que mas atrae el amor es la virtud, que de suyo se hace siempre bien querer, tanto que nos convida y trae á amar aun á aquellos que nunca conocimos. Casi las mismas fuerzas tienen las señales de la virtud, como son el ser un hombre, manso, moderado, vergonzoso, humano, bien criado, afable, si no dice ni hace nada en que dé muestra de arrogancia, de presuncion, de desvergüenza, si es dulce y blando, y sencillo en todas sus cosas.

El consejo que antiguamente dieron algunos gentiles debajo de una falsa prudencia, porque no diésemos del todo la rienda suelta á la amistad, que dice: *Que te refrenes en el amor como si hubiese de venir á aborrecer, ó que asi te hayas con tu amigo, como si algun dia hubiese de ser tu enemigo*, es como derramar ponzoña en la amistad: mas aquello que añadiéron es muy provechoso y saludable: *aborrece como si hubieses de venir á querer bien*. En la amistad no haya pensamiento de enemistad, ni creas que te puede ser enemigo aquel, á quien tienes por

amigo, que de otra manera la amistad será tan flaca, que andará colgada de un pelillo, en la cual ha de haber fe, constancia, simplicidad y llaneza, de manera que ni tú seas sospechoso, ni des los oídos á gente sospechosa. Créeme, que no se puede llamar vida la que pasan los sospechosos ó los temerosos, sino una larga y continua muerte.

No seas curioso en inquirir vidas ajenas, ni en escudriñar lo que otros hacen porque de esto nacen muchas enemistades. Y los que esto hacen, por la mayor parte suelen ser descuidados de lo que les toca, teniendo demasiada solitud en cosas ajenas. Cosa es de hombres de poco entendimiento cuidar de conocer á otros, y no conocerse á sí mismo. No solamente has de amar á los hombres, mas has de reverenciar á los que es razon, y tratar con ellos con veneracion y honestidad y templanza: que en esto esta mucho hacer el hombre lo que debe. No pienses que va poco en considerar en donde, ó con quien ó delante de quien estás.

El hombre tiene obligacion á amar á Dios solo por ser quien es.

Dos cosas señaladamente suelen mover las voluntades de los hombres á cualquier honesto trabajo. Una es la obligacion que por título de justicia tienen á él: y otra el fruto y provecho que se sigue de él. Y así es comun sentencia de todos los sábios que estas dos cosas, conviene á saber, *honestidad y utilidad*, son las dos principales espuelas de nuestra voluntad, las cuales mueven á todo lo que se ha de hacer. Entre las cuales, aunque la utilidad es comunmente mas deseada, pero la honestidad y justicia de suyo es mas poderosa; porque ningun provecho hay en este mundo tan grande, que se iguale con la excelencia de la virtud: así como ninguna pérdida hay tan grande, que el varon sabio no debia antes escoger, que caer en un vicio, como Aristóteles enseña. Por lo qual siendo nuestra obligacion convidar y aficionar los hombres á la hermosura de la virtud, será bien comenzar por esta parte

muy principal, declarándoles la obligación que tenemos á ella, por la que tenemos á Dios; el cual como sea la misma bondad, ninguna otra cosa quiere, ni manda, ni estima, ni pide mas en este mundo que la virtud. Veamos pues ahora con todo estudio y diligencia los títulos que este Señor tiene para este tan debido tributo. Mas como estos sean innumerables, solamente tocaremos aqui seis de los mas principales, por cada uno de los cuales le debe su derecho al hombre todo lo que puede y es sin ninguna escepcion.

Entre los cuales el primero, y el mayor, y el que menos se puede declarar es ser él quien es, donde entra la grandeza de su Magestad y de todas sus perfecciones, esto es, la inmensidad incomprehensible de su bondad, de su misericordia, de su justicia, de su sabiduría, de su omnipotencia, de su nobleza, de su hermosura, de su fidelidad, de su verdad, de su benignidad, de su felicidad, de su magestad, y de otras infinitas riquezas y perfecciones que hay en él. Las cuales son tantas y tan grandes, que como dice un

doctor, si todo el mundo se hinchase de libros y todas las criaturas de él fuesen escritores, y toda el agua de la mar tinta, antes se hincharia el mundo de libros y se cansarian los escritores y se agotaria la mar, que se acabase de esplicar una sola de estas perfecciones como ella es. Y añade mas este doctor, diciendo, que si criase Dios un nuevo hombre con un corazon que tuviese la grandeza y capacidad de todos los hombres del mundo, y este llegase á entender una de estas perfecciones, con alguna grande y desacostumbrada luz corria gran peligro no desfalleciese del todo, y reventase con la grandeza de la suavidad y alegria que en él redundaria, si no fuese para esto especialmente confortado de Dios.

Esta es pues, la primera y la mas principal razon, por la cual estamos obligados á amar, servir y obedecer á este Señor. Lo cual es en tanto grado verdad, que hasta los mismos filósofos epicúreos, destituidos de toda filosofía (pues niegan la divina providencia, y la inmortalidad del alma), no por eso niegan la religion, que

es el culto y veneracion de Dios: porque á lo menos disputando uno de ellos en los libros que Tulio escribió de la naturaleza de los dioses, confiesa y prueba eficazísimamente que hay Dios, y confiesa tambien la alteza y soberanía de sus perfecciones admirables, por las cuales dice que merece ser adorado y venerado porque esto se debe á la alteza y escelencia de aquella novilísima sustancia por solo este título, aunque mas no haya. Porque si acatamos y reverenciamos á un rey aunque esté fuera de su reino, donde ningun beneficio recibimos de él, por solo la dignidad real de su persona, ¿cuánto mas se deberá esto á aquel Señor, que como dice S. Juan, trae bordado en su vestidura y en su muslo *Rey de los reyes, y Señor de los señores*? El es el que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, el que dispone las causas, mueve los cielos, muda los tiempos, altera los elementos, reparte las aguas, produce los vientos, engendrá las cosas, influye en los planetas, y como Rey y Señor universal dá de comer á todas las criaturas.

Y lo que mas es, que este reino y señorío no es por sucesion, ni por eleccion ni por herencia, sino por naturaleza. Porque asi como el hombre naturalmente es mayor que una hormiga, así aquella novilísima sustancia sobrepuja tanto todas las otras sustancias criadas, que todas ellas y todo este mundo tan grande apenas son una hormiga delante de él. Pues si esta verdad reconoció y confesó un tan bárbaro y mal filósofo, ¿qué será razon que confiese la filosofía cristiana? Esta pues nos enseña, que aunque hay innumerables títulos por donde estamos obligados á Dios, este es el mayor de todos, y el que solo aunque mas no hubiera, merecia todo el amor y servicio del hombre, aunque él tuviera infinitos corazones y cuerpos que emplear en él. Lo cual procuraron siempre cumplir todos los santos, cuyo amor era tan puro y desinteresado, que dice de él San Bernardo: *El verdadero y perfecto amor no toma fuerzas con la confianza ni siente los daños de la desconfianza; queriendo decir, que ni se esfuerza á servir á Dios por lo que espe-*

ra que le han de dar, ni desmayaria aunque supiese que nada le habian de dar, porque no se mueve á esto por interés, sino por puro amor debido á aquella infinita bondad.

Mas con ser este título el mas obligatorio, es el que menos mueve á los menos perfectos. Lo uno porque tanto mas los mueve su interés, cuanto mas parte en ellos tiene el amor propio. Y lo otro porque como rudos é ignorantes no alcanzan á entender la dignidad y hermosura de aquella soberana bondad. Porque si de esto tuviese mas entera noticia, solo este resplandor de tal manera robaria sus corazones, que contentos con solo él, no buscarian mas que á él. Por lo cual no será fuera de propósito darles aqui un poco de luz para que puedan conocer algo mas de la grandeza y dignidad de este Señor.

Esta es tomada de aquel sumo teólogo san Dionisio, el cual en su mística teología, ninguna otra cosa mas pretende que darnos á entender la diferencia del Ser divino á todo otro ser criado, enseñándo-

nos (si queremos conocer á Dios) á desviar los ojos de las perfecciones de todas las criaturas para que no nos engañemos: queriendo medir y sacar á Dios por ellas, sino que dejándolas todas acá abajo, nos levantemos á contemplar un ser sobre todo ser, una substancia sobre toda substancia, una luz sobre toda luz, ante la cual toda luz es tinieblas; y una hermosura sobre toda hermosura en cuya comparacion es fealdad toda tu hermosura. Esto nos significa aquella oscuridad en que entró Moises á hablar con Dios, la cual le cubria la vista de todo lo que no era Dios: para que asi pudiese mejor conocer á Dios; y esto mismo nos declara aquel cubrirse Elías los ojos, con su palio cuando vió pasar delante de sí la gloria de Dios. Porque á todo lo de acá ha de cerrar el hombre los ojos, como á cosa tan baja y desproporcionada, cuando quisiere contemplar la gloria de Dios.

Esto se verá mas claramente si consideramos la diferencia grandísima que hay de aquel Ser no criado, á todo otro ser criado, que es del Criador á sus criaturas

porque todas vemos que tuvieron principio; y pueden tener fin: todas ellas reconocen superior, y dependen de otro: él ni reconoce superior, ni depende de nadie: todas son variables y sujetas á mudanzas, en él no cabe mudanza ni variedad: todas ellas son compuestas, cada cual de su manera: mas en él no hay composicion por su suma simplicidad, porque si fuera compuesto de partes tuviera componedor, que fuera primero que él, lo cual es imposible: todas ellas pueden ser mas de lo que son, y tener mas de lo que tienen, y saber mas de lo que saben; mas él ni puede ser mas de lo que es, porque en él está todo el ser, ni tener mas de lo que tiene, porque él es el abismo de todas las riquezas, ni saber mas de lo que sabe por la infinitad de su saber, y por la escelencia de su eternidad, á la cual todo está presente. Por la cual causa le llama Aristóteles *Acto puro*, que quiere decir última y suma perfeccion, tal que no sufre añadidura, porque no es posible ser mas de lo que es, ni imaginarse cosa que le falte. Todas las criaturas militan,

debajo de la bandera del movimiento, para que como pobres y necesitados se puedan mover á buscar lo que les falta, mas él no tiene para qué moverse, pues ninguna cosa le falta, y porque en todo lugar está presente.

En todas las otras cosas, asi como hay diversas partes, asi se distinguen las unas de las otras; mas en él no puede haber distincion de partes diversas por su suma simplicidad. De manera que su ser es su esencia, y su esencia es su poder, y su poder es su querer, y su querer es su voluntad, y su voluntad es su entendimiento, y su entendimiento es su entender, y su entender es su ser, y su ser es su sabiduria, y su sabiduria es su bondad, y su bondad es su justicia, su justicia es su misericordia, la cual aunque tiene contrarios efectos que la justicia, cuales son perdonar y castigar, mas realmente en él son tan una cosa, que su misma justicia es su misericordia, y su misericordia es su justicia. Y asi en él caben obras y perfecciones al parecer contrarias y admirables, como dice san Agustin, porque él es secretísimo,

y presentísimo, hermosísimo, y fortísimo, estable é incomprehensible: sin lugar y en todo lugar, invisible, y todo lo ve: inmutable, y que todo lo muda; el que siempre obra, y siempre está quieto: el que todo lo hinche sin estar encerrado, y todo lo prevé sin quedar distraído: el que es grande sin cantidad, y por eso inmenso; y bueno sin cualidad, y por eso verdadero y sumamente bueno; ántes ninguno es bueno sino él.

Finalmente por abreviar, todas las cosas criadas, así como tienen limitada esencia que las comprende, así tienen limitado poder á que se estienden, y limitadas obras en que se ejercitan, y limitados lugares á donde moran, y limitados nombres con que significan, y particulares definiciones con que se declaran, y señalados predicamentos ó géneros donde se encierran. Mas aquella soberana substancia, así como es infinita en el ser, así también lo es en el poder y en todo lo demás: y así ni tienen definicion que la declare, ni género que la encierre, ni lugar que la determine, ni nombre que la sig-

nifique por su propio concepto. Antes, como dice san Dionisio, con no tener nombre tiene todos los nombres, porque en sí contiene todas las perfecciones, significados por esos nombres. De donde se infiere, que todas las criaturas como son limitadas, así son comprehensibles; mas solo aquel Ser divino, así como es infinito, así es incomprehensible á todo entendimiento criado. Porque, como dice Aristóteles, lo que es infinito, como no tiene cabo, así con ningun entendimiento puede ser comprehendido, ni abarcado, sino con solo aquel que todo lo comprehende. ¿Qué otra cosa nos significan aquellos dos Serafines que vió Isaías puestas al lado de la Magestad de Dios, que estaban sentados en un trono muy alto, cada uno con seis álas, con las dos de las cuales cubrian el rostro de Dios, y con las otras dos los pies del mismo Dios (segun declara un intérprete), sino que ni aun aquellos espíritus soberanos que tienen el mas alto lugar en el cielo, y están mas vecinos á Dios, pueden comprehender todo quanto hay en Dios ni llegar de cabo á cabo á

conocerle, puesto caso que claramente le vean en su misma esencia y hermosura? Porque asi como el que está á la orilla de la mar, realmente ve la mar en sí misma, mas no llega á ver ni profundidad, ni la largura de ella; asi aquellos espíritus soberanos con todos los otros escogidos que moran en el cielo, realmente ven á Dios, mas no pueden comprehender ni el abismo de su grandeza, ni la largura de su eternidad. Y por eso mismo se dice que está Dios sentado sobre los Querubines (en quien están encerrados los tesoros de la sabiduria divina); mas con todo eso está sobre ellos, porque no le pueden ellos alcanzar ni comprehender.

Estas son aquellas tinieblas que el profeta David dice que puso Dios al rededor de su tabernáculo, para dar á entender lo que el Apostol significó mas claramente cuando dijo: *Que Dios moraba en una luz inaccesible, á donde nadie podia llegar*: la cual el Profeta llama tinieblas, que impiden la vista y comprehension de Dios. Porque segun dijo muy bien un filósofo; asi como ninguna cosa hay mas

clara ni mas visible que el sol, pero con todo eso ninguna hay que menos se vea por la escelencia de su claridad, y por la flaqueza de nuestra vista; asi ninguno hay que de suyo sea mas inteligible que Dios y ninguno que menos en esta vida se entienda por esta misma razon.

Por donde el que en alguna manera le quiere conocer, despues que haya llegado á lo último de las perfecciones que él pudiere entender: conozca que aun le queda infinito camino que andar, porque es infinito mayor de lo que él ha podido comprehender, y quanto mas entendiere esta incomprehensibilidad, tanto mas habrá entendido de él. Por donde san Gregorio sobre aquellas palabras de Jacob: *El que hace cosas grandes é incomprendibles sin número* dice: entónces hablamos con mayor elocuencia las obras de la Omnipotencia divina, cuando quedando maravillados y atónitos las callamos, y entónces el hombre alaba convenientemente callando lo que no puede convenientemente significar hablando. Y si nos aconseja san Dionisio que honremos el se-

creto de aquella soberana Deidad, que trasciende todos los sentimientos, con sagrada veneracion del alma, y con inefable y casto silencio. En las cuales palabras parece que alude á aquellas del Profeta David, segun la translacion de san Gerónimo, que dice: *A ti calla la alabanza de Dios en Sion*: dando á entender que la mas perfecta alabanza de Dios es la que se hace callando, que es con este casto é inefable silencio, entendiendo nuestro no entender, y confesando la incomprehensibilidad y soberania de aquella inefable substancia, cuyo ser es sobre todo ser, cuyo poder es sobre todo poder, cuya grandeza es sobre toda grandeza, y cuya substancia sobrepuja infinitamente y se diferencia de toda otra substancia, asi visible como invisible, conforme á lo cual dice san Agustin: "Cuando yo busco á mi Dios no busco forma de cuerpo, ni hermosura de tiempo, ni blancura de luz, ni melodía de canto, ni olores de flores, ni unguentos aromáticos, ni miel, ni maná deleitable al gusto, ni otra cosa que pueda ser toca-

»da y abrazada con las manos, nada de
 »esto busco cuando busco á mi Dios. Mas
 »con todo esto busco una luz sobre toda
 »luz que no ven los ojos, y una voz so-
 »bre toda voz que no perciben los oídos;
 »y un olor sobre todo olor, que no sien-
 »ten las narices; y una dulzura sobre to-
 »da dulzura, que no conoce el gusto; y
 »un abrazo sobre todo abrazo, que no
 »siente el tacto, porque esta luz resplan-
 »dece donde no hay lugar, y esta voz
 »suena donde el aire no la lleva, y este
 »olor se siente donde el viento no le der-
 »rama, y este sabor deleita donde no
 »hay paladar que guste, y este abrazo se
 »recibe donde nunca jamás se aparta.”

*De la necesidad que hay de saber la
 doctrina cristiana, y de los grandes
 frutos y provechos de ella.*

Una de las cosas mas para sentir que
 hay hoy en la Iglesia cristiana es la igno-
 rancia que los cristianos tienen de las le-
 yes y fundamentos de su religion; porque
 apenas hay moro ni judio que si le pre-

guntais por los principales artículos y partes de su ley, no sepa dar alguna razon de ella; mas entre los cristianos, que por haber recibido la doctrina del cielo, la habian de traer mas impresa en lo íntimo de su corazon, hay tanto descuido y negligencia, que no solamente los niños, mas aun los hombres de edad, apenas saben los primeros elementos de esta celestial filisofía.

Y si es verdad que de decir á hacer hay mucha distancia, ¿cuán lejos estarán de hacer lo que Dios manda, pues aun no saben ni les pasa por el pensamiento lo que manda? ¿Qué pueden esperar estos sino aquella maldicion del Profeta que dice que el niño de cien años será maldito, esto es, el que despues de tener edad y juicio perfecto, todavia es niño en la ignorancia, y en el juicio y sentimiento de las cosas de Dios? ¿Qué pueden esperar sino el fin de aquellos de quienes dice el mismo Profeta: *Por tanto fué llevado cautivo mi pueblo, porque no tuvo ciencia y los nobles de él murieron de hambre, y la muchedumbre de ellos pereció*

de sed? Porque como la primera puerta por donde han de entrar todos los bienes á nuestra alma sea el entendimiento, tomada esta primera puerta con la ignorancia, ¿qué bienes pueden entrar en ella? Si la primera rueda del reloj (que mueve todas las demas) está parada, necesariamente han de parar las otras. Pues si la primera rueda de este espiritual reloj que es el conocimiento de Dios, nos falta, claro está que ha de faltar todo lo demas.

Por lo qual todo el estudio de nuestro capital enemigo es quitarnos esta luz. La primera cosa que hicieron los filisteos cuando tuvieron á Sanson en su poder, fué sacarle los ojos; y hecho esto no hubo dificultad en todo lo demas que quisieron hasta hacerle moler como bestia en una tahona. De ellos mismos se escribe que ponian grandísimo recaudo en que no hubiese herrerías en el pueblo de Israel, sino que fuese necesario (para cualquiera cosa de este menester) ir á la tierra de ellos y servirse de sus oficinas, para que estando el pueblo desproveido y desarmado fácilmente se apoderasen de él. ¿Pues

cuáles son las armas de la caballería cristiana? ¿Cuál es la espada espiritual que corta los vicios sino la palabra de Dios y la doctrina? ¿Con qué otras armas peleó nuestro Capitan en el desierto con el enemigo, sino repitiendo á cada tentacion una palabra de la escritura divina? Pues estas armas nos tienen robadas hoy en muchas partes del pueblo cristiano nuestros enemigos, y dejando en lugar de ellas las armas de su milicia, que son los libros torpes y profanos atizadores de vicios.

Y demas de lo dicho es gran lástima y grande culpa no querer aprovecharse los cristianos de uno de los grandes beneficios que de la divina bondad y misericordia habemos recibido, que fué declararnos por palabra su santísima voluntad (que es lo que le agrada, y le ofende), para que siguiendo lo uno, y huyendo lo otro, vivamos en amistad y gracia, y por este medio vengamos á ser participantes de su gloria. Pues cuan grande haya sido este beneficio y esta honra, decláralo Moisés al pueblo diciendo: ¿Qué gente hay tan noble que tenga las ceremonias y juicios,

y las leyes de Dios que yo espondré hoy delante de vuestros ojos? Y en el salmo ciento cuarenta y siete alaba á Dios el Profeta Real, diciendo: Que habia denunciado su palabra á Jacob, y sus juicios á Israel; la cual merced á ninguno otro pueblo del mundo habia sido concedida. Pues si esta es tan alta y tan grande gloria, ¿de qué me sirve que ella sea tal, si yo no me aprovecho de ella? ¿si no la leo? ¿si no la practico? ¿si no la traigo en el corazon y en las manos? ¿si no destierro con ella mis ignorancias? ¿si no castigo con ella mis culpas? ¿si no enfreno con ella mis apetitos? ¿si no aficiono con ella mis deseos y mi corazon al cielo? Que la medicina sea eficacísima y de maravillosa virtud, ¿qué provecho me trae si yo no quiero usar de ella? Porque no está el bien del hombre en la escelencia de las cosas, sino en el uso de ellas, para que la participacion y uso del bien se haga bueno el que no lo es.

Cosa es por cierto maravilla, como pudo caer en los hombres tan grande descuido de cosa que Dios tanto les enco-

mendó, y de que tanto caso hizo para su provecho. Él mismo escribió las leyes en que habíamos de vivir: él mandó hacer un tabernáculo, y dentro de él mandó que se pudiese una arca dorada, hecha con grandísimo primor y artificio, y allí quiso que estuviese guardada y depositada esta ley para mayor veneracion de ella. Él mandó á Josué que nunca apartase el libro de esta ley, de su boca, para leer siempre en él, y enseñarle á los otros. Él mandó á quien hubiese de ser Rey de Israel que tuviese á par de sí este libro escrito de su propia mano, si quisiese reinar prósperamente, y vivir largos dias sobre la tierra. Sobre el cual mandamiento dice Filon, novilísimo escritor entre los judios, que no se contentó Dios con que el Rey tuviese este libro escrito por mano agena, sino que él mismo le escribiese por la suya propia; para que con esto quedasen mas impresas en su memoria las sentencias de él, escribiéndolas palabra por palabra de espacio, y para que mas estimase lo que él por su propia mano (siendo Rey) hubiese escrito, teniendo

muchos escribanos y oficiales, á quien pudiera encomendar este trabajo, y por aquí creciese en él la estima de la ley de Dios, viendo que la primera vez se habia escrito ella con el dedo de Dios, y despues se escribia, no por mano de cualquier vulgares hombres, sino de los mismos Reyes.

Y porque no pudiese haber olvido de cosa tan necesaria, mandó á Moisés que cuando los hijos de Israel entrasen en la tierra de promision levantasen unas grandes piedras, y escribiesen en ellas las palabras de esta ley, para que los que fuesen y viniesen por aquel camino vieses aquellas letras, y oyesen la voz de aquel mudo predicador. Y conforme á este tenor aconseja Salomon á aquel espiritual hijo que instruye en el libro de sus Proverbios, diciendo: *Guarda hijo los mandamientos de tu padre, y no desampares la ley de tu madre. Trabaja por traerla siempre atada á tu corazon, y colgada como una joya á tu cuello. Cuando anduvieres ande contigo: y cuando durmieres esté á tu cabecera: y cuando despertares practica con ella: porque el mandamiento de*

Dios es una candela, y su ley es luz, y camino de la vida la reprehension de la enseñanza. Mil lugares de estos se pudieren traer aqui tomados asi de estos libros, como de todos los otros que llaman Sapienciales, en los cuales son los hombres por mil maneras exortados al amor y estudio de la divina sabiduría, que no es otra cosa sino dia y noche leer, oír, pensar y meditar la ley de Dios, que es aquella buena parte que escogió María la cual asentada á los pies de Cristo oia con silencio su palabra.

Pues ¿qué diré de las virtudes y efectos maravillosos de esta palabra? Cuando Dios quiso revocar su Pueblo de sus pecados; mandó á Jeremias que escribiese todas las profecias, que contra él le habia revelado, y que las leyése públicamente, la cual leccion dejó tan atónitos y pasmados á los oyentes, que se miraban á las caras los unos á los otros llenos de espanto y confusion. Pues cuando el rey Josafat quiso reducir su reino al culto y obediencia de Dios, ¿qué otro medio tomó para esto, sino enviar sacerdotes y levitas por todas

las ciudades de su reino, llevando el libro de la ley de Dios consigo, y leyéndole al pueblo, y declarando la doctrina de él? Y para dar á Dios á entender el fruto que de esta maravillosa intencion habia resultado, añade luego estas palabras: "Por lo cual puso Dios un tan grande temor en todos los reinos de la tierra, que no osaron tomar armas contra el rey Josafat, y asi creció su gloria hasta el cielo, y fueron grandes sus riquezas y señorío." Todo esto se escribe en el capítulo diez y siete del segundo libro del Paralipómenon; el cual capítulo desearía yo tuviesen escrito en su corazon todos los prelados de la Iglesia cristiana, para que imitasen el egemplo de este santo Rey. Porque si ellos hiciesen lo que éste hizo, sin duda no floreceria menos ahora el imperio de los cristianos que entonces floreció este reino: pues es ahora el mismo Dios que entonces para hacer las mismas mercedes si le hiciésemos los mismos servicios.

Cuan digna de sentimiento es la ignorancia, que comunmente hay de la ley de Dios; y como la leccion de libros de católica y sana doctrina es uno de los principales remedios de esta ignorancia.

Pues si tan grandes y tan maravillosos efectos obra en las almas esta luz, ¿qué cosa mas para llorar (como al principio dijimos) que ver tan desterrada esta luz del mundo? ¿ver tantas y tan palpables tinieblas? ¿tanta ignorancia en los hijos? ¿tanto descuido en los padres? ¿y tanta rudeza y ceguedad en la mayor parte de los cristianos? ¿Qué cosa hay en el mundo mas digna de ser sabida que la ley de Dios? ¿y qué cosa mas olvidada? ¿Qué cosa mas preciosa y cual mas despreciada? ¿Quién entiende la grandeza de la obligacion que tenemos al amor y servicio de nuestro Criador? ¿Quién entiende la eficacia que tienen los misterios de nuestra religion para movernos á este amor? ¿Quién comprende la fealdad y malicia

de un pecado para aborrecerlo sobre todo lo que se puede aborrecer? ¿Quién asiste á la Misa y á los divinos oficios con la reverencia que merecen? ¿Quién santifica las fiestas con la devocion y recogimiento que debe? Vivimos como hombres encantados, ciegos entre tantas luces, insensibles entre tantos misterios, ingratos entre tantos beneficios, endurecidos y sordos entre tantos azotes y clamores, frios y congelados entre tantos ardores y resplandores de Dios. Si sabemos alguna cosa de los mandamientos y doctrina cristiana, sabémoslo como picazas, sin gusto, sin sentimiento ni consideracion alguna de ellos. De manera que mas se puede decir que sabemos los nombres de las cosas y los títulos de los misterios, que los misterios mismos.

Entre los remedios que para desterrar esta ignorancia hay, uno de ellos, y no poco principal, es la leccion de los libros de católica y sana doctrina, que no se entremeten en tratar cosas sutiles y curiosas, sino doctrinas saludables y provechosas. Y por esta causa los santos padres nos en-

comiendan mucho el egercicio de esta leccion S. Gerónimo escribiendo á una vírgen novilísima, por nombre Demetria (la cual gastaba todo su patrimonio con los pobres), la primera cosa que la encomienda esta leccion de la buena doctrina, aconsejándola que sembrase en la buena tierra de su corazon la semilla de la palabra de Dios, para que el fruto de la vida fuese conforme á ella. Y despues de otros muchos documentos que allí la dá al cabo dice, que quiere juntar el fin de la carta con el principio, volviendo á exortarla á la misma leccion. Y á santa Paula porque era muy continua en derramar lágrimas de devocion, aconseja que temple este egercicio por guardar la vista para la leccion de la buena doctrina. A un amigo escribe, pidiéndole ciertos libros santos, dando por razon que el verdadero pasto del alma es pensar en la ley del Señor dia y noche. San Bernardo escribiendo á una hermana suya, la aconseja este mismo estudio, declarándola muy por menudo los frutos y efectos de la buena leccion. Y (lo que mas es) el apostol san Pa-

blo aconseja á su discípulo Timoteo, que estaba lleno del Espíritu Santo, que entre tanto que él venia se ocupase en la leccion de las santas escrituras, las cuales desde niño habia Timoteo aprendido. Mas sobre todos estos testimonios, es ilustrísimo y eficacísimo para rendir todos los entendimientos el de Moisés, el cual despues de propuesta y declarada la ley de Dios, dice así: "Estarán estas palabras que yo » ahora te propongo en tu corazon, y las » enseñarás á tus hijos, y pensarás en ellas » estando en tu casa, y andando camino, » y cuando te acostares y levantares de » dormir, y las atarás como una señal en » tu mano, y estarán y se moverán delan- » te de tus ojos, y las escribirás en los » umbrales y en las puertas de tu casa."

No sé con que otras palabras se pudie-
ra mas encarecer la consideracion y estu-
dio de la ley y mandamientos de Dios que
con estas. Y como si todo esto fuera poco,
vuelve luego en el capítulo once del mis-
mo libro á repetir otra vez la misma en-
comienda, con las mismas palabras, que
es cosa que pocas veces se hace en la Es-

critura. Tan grande era el cuidado que este divino hombre, (que hablaba con Dios cara á cara) queria que tuviésemos de pensar siempre en la ley de Dios, como quien tambien conocia la obligacion que á esto tenemos, y los inestimables frutos y provechos que de esto se siguen. ¿Pues quién no vé quanto ayudará para esta consideracion tan continua que éste profeta nos pide, la leccion de los libros de buena doctrina, que aunque por muchos y diversos medios, siempre tratan de la hermosura y escelencia de la ley de Dios, y la obligacion que tenemos á cumplirla? Porque sin la doctrina de la leccion ¿en qué se podrá fundar y sustentar la meditacion siendo tan conjuntas y hermanas estas dos cosas entre sí, que son leccion y meditacion, pues la una presenta el manjar, y la otra lo mastica y digiere, y traspasa en los senos del alma?

Pudiera, junto con lo dicho, probar esta verdad con egemplos de muchas personas, que yo he sabido haber mudado de vida, movidas por la leccion de libros, y de otras que he oido, y de otras tambien

que he leído, de las cuales algunas crecieron tanto en santidad y pureza de vida, tomando ocasion de este principio, que vinieron á ser fundadores de Religiones y Órdenes, en que tambien otros se salvaron como ellos. Entendió esto muy bien Enrique octavo, Rey de Inglaterra, el cual pretendiendo atraer á su error ciertos padres de la Cartuja, y viendo que con muchas vejaciones que para esto les hacian, no los podia inducir á su error, al cabo mandó que les quitasen todos los libros de buena y católica doctrina; pareciéndoles que quitadas estas espirituales armas, con que se defendian, fácilmente los podrian rendir. En lo cual se vé la fuerza que éstas mas tienen para defendernos de los engaños de los hereges, pues las queria quitar quien pretendia engañar. Pues si tal es la virtud de estas armas, ¿por qué no trabajaremos de armar con ellas al pueblo cristiano? Vemos que uno de los grandes artificios que han tenido los hereges de nuestros tiempos, para pervertir los hombres, ha sido deramar por todas partes libros de sus blas-

femias. Pues si tanta parte es la mentira pintada con los colores de las palabras para engañar, ¿cuánto mas lo será la verdad bien esplicada, y declarada con sana doctrina para aprovechar, pues tiene mucha mayor fuerza que la falsedad? Y si los hereges son tan cuidadosos y diligentes para destruir por este medio sus almas, ¿por qué no serémos nosotros mas diligentes en usar de estos ó de otros semejantes medios para salvarlas?

De la deformidad y malicia del pecado.

Debe el hombre considerar atentamente la deformidad y malicia que el pecado tiene, por ser hecho contra un Señor, de quien tantos y tan inestimables beneficios tenemos recibidos, y á quien por tantos y tan grandes títulos estamos obligados pues él es Rey y Señor de todo lo criado, principio y fin de todas las cosas, dador universal de todos los bienes, piélago de todas las perfecciones, criador, conservador, redentor, santificador y glorificador del linage humano. Todas obligaciones posibles,

contra las cuales hace quien quiera que mortalmente lo ofende. Por donde concluye Guillermo Parisiense, que un solo pecado mortal se hallan espiritualmente á su modo, las deformidables de todos los pecados del mundo. Y así dice él, que el pecado mortal es un linage de traicion espiritual; porque por él se revela el hombre contra su Rey y Emperador, y entrega las llaves del homenaje, que es su alma, á su enemigo, y se hace su vasallo. Es tambien en su manera sacrilego, pues pecando se ensucia y profana el templo vivo de su corazón, que á Dios estaba consagrado. Es tambien, á su modo, crimen de apostasía, pues se pasa el hombre al bando del enemigo de Dios, que es Satanás, de cuyas pompas en el santo bautismo habia ya renunciado. Es otro si, adulterio espiritual, pues el alma que habia sido aqui desposada con Dios quebranta la fé y lealtad que le debia, y se entrega á todas aquellas criaturas que desordenadamente ama. Es, otro si, hurto, pues siendo el hombre hacienda de Dios por tantos títulos, como está dicho, se

eximen de su servicio, y le quita lo que por tantos derechos le pertenece. Finalmente, pues en solo Dios caben todos los respetos y títulos de honra, que se hallan en todas las criaturas, de cualquier condicion que sean, y esto con infinita ventaja; síguese tambien, que ofender á solo él, comprende las fealdades de todas estas ofensas del mundo con la misma ventaja.

Por donde con mucha razon esclama un santo doctor contra el pecado diciendo asi: ¡O mal no conocido! ¡O desacato de Dios, menosprecio de su Magestad, vituperio de su grandeza, muerte de las virtudes, cuchillo de la gracia, privacion del sumo bien, perdimiento de la felicidad eterna, oscuridad del entendimiento, prevaricacion de la voluntad, veneno del demonio, vínculo del infierno, destruccion del mundo, camino de la perdicion, muerte del que peca, simiente del diablo, puerta de los abismos, locura de los hombres, red de los tentadores, pestilencia de las almas, invencion de los malos espíritus, oscuridad horrible, hedor intolerable,

suma torpeza, extrema vileza, bestia ferocísima, daño grandísimo; y finalmente, daño universal de todos los males! Esta es una de las principales consideraciones que nos pueden mover á tener un entrañable odio y aborrecimiento al pecado, para lo cual tambien nos servirá mucho considerar lo mucho que por el pecado se pierde, y lo mucho que Dios lo aborrece, y la injuria grandísima que con él á Dios se hace.

Carta de Euquerio Obispo de Leon de Francia, á Valeriano su pariente.

¡Cuán bien junta el parentesco á los que se unen con lazo de amor! Gloriamos podemos en esta merced de Dios á quien igualmente la sangre, como la caridad hizo compañeros; y dos aficiones nos juntan en uno, la que de los padres de nuestra carne traemos, y la que en nuestros corazones con el favor de Dios nosotros criamos. Este doble nudo con que nos ata el deudo de una parte, y de otra el amor, me hizo que te escribiese y proli-

jamente encomendase á tu mismo corazon el bien de tu alma, y te mostrase que la bienaventuranza poseedora de bienes eternos, se alcanza por solo la profesion de la fé y de la virtud. Porque amándote igualmente que á mi es necesario que desee no menos para tí que para mí, el bien soberano. Y alegróme mucho que tu inclinacion no es contraria al religioso voto de la santa vida, que yo te quiero persuadir. Porque tu dichosa edad, desde tu ternura, brotó flores en mucha parte, conformes al fruto deseado de las virtuosas costumbres: proveiendo la gracia divina, por ministerio de la naturaleza, como hallase en tu corazon su doctrina grande principio, cuando te quisiese comunicar lo que te falta. Bien veo cuan altos títulos te hace ilustre en el siglo por la dignidad y antigua nobleza; pero muy mas alta es la gloria que yo te deseo, pues te llamo no para dignidad terrena, sino celestial; no para honra del siglo, sino de los siglos eternos. Esta es la gloria cierta y digna de ser deseada, ser el hombre sublimado á bienes que nunca acaban. Lo cual no

te persuadiré con la sabiduria seglar mas con aquella escelente filosofia escondida á los mundanos, que determinó Dios revelar para nuestra gloria en el tiempo que le plúgo. Y te he de hablar osadamente por el gran celo que tengo de tu bien, descuidado de lo que á mi me conviene, considerando mas lo mucho que para tí deseo, que lo poco para que yo basto.

La primera obligacion, mi Valeriano carísimo, que el hombre recien nacido tiene, es conocer su Hacedor, y reconocerle por su Señor; y el don de la vida que de él recibió convertirse en su servicio; de manera que lo que por su bondad comenzó á ser, para él se prosiga, y en él se remate; y la merced que recibió sin merecerla, sirviéndole con ella, despues la merezca. ¿Qué verdad mas cierta se nos puede decir, que ser nosotros debidos á aquel que de no ser nos hizo que fuésemos? Aquel por cierto, sábiamente conoce la intencion de quien le formó, que tiene por averiguado que él le hizo y para sí.

Despues de esto lo que mas al hombre conviene es mirar por el valor de su alma, que pues en la nobleza es la primera, no ha de ser la postrera de nuestros cuidados. Antes de lo que en nosotros es principal, se ha de hacer primero cuenta, y de la santidad mas necesaria conviene que tengamos mas atenta solicitud.

Y para mejor decir no principalmente mas solo ésta ha de ocupar todo nuestro sentido, como la nobleza de nuestra alma ha de ser defendida, y como conservada. Ni éste contradice á lo que antes dije, porque verdad es que á Dios debemos la primera y mas profunda intencion, y á nuestra alma la segunda. Pero son tan hermanas estas dos diligencias, que siendo ambas necesarias, la una, sin la otra no se puede conservar. Porque no es posible que quien á Dios satisfizo, no proveyesé á su alma, y quien tuvo cuidado de su alma, no contentase á Dios. De tal manera se entiende en estos dos espirituales negocios, y así están encadenados, que quien diligentemente tratare el uno, habrá cumplido con el otro; porque la ine-

sable bondad de Dios quiso que nuestro provecho fuese su sacrificio. ¡O cuánto tiempo y trabajo emplean los mortales en curar sus cuerpos, y conservar su salud! ¿Por ventura su alma no merece ser curada? Si tantas y tan diversas cosas se gastan en servicio de la carne, no es lícito que el alma esté arrinconada y despreciada en sus necesidades, y que sola ella sea desterrada de sus propias riquezas. Mas antes si para el regalo del cuerpo somos muy largos, proveamos á nuestra alma con mas alegre liberalidad. Porque si sábiamente llamaron algunos á nuestra carne sierva, y al alma señora, no hemos de ser tan mal mirados que honremos á la esclava, y á su señora despreciemos. Con razon nos pide mayor diligencia nuestra mejor parte, y mayor cuidado la dignidad principal de nuestra naturaleza. Ni es justo que en la reverencia necesaria pospongamos la mas noble, y antepongamos la mas vil.

Y que la carne sea mas vil manifiéstalo sus naturales vicios, con que nos abate á la tierra donde ella nació, cuando

el alma nos levanta como fuego á lo alto, de donde nos fué enviada. Esta es en el hombre la imágen de Dios. Esta preciosa prenda tenemos de la gloria que nos es prometida. Pues defendamos su autoridad y amparémosla con todas nuestras fuerzas: si á esta sustentamos y regimos, guardamos el depósito que nos ha de ser demandado. ¿Cuál hombre quiere levantar algun edificio que primero no asiente los cimientos? ¿Cuál hombre no procura primero su vida que abundantes bienes, los cuales sin vida no puede gozar? ¿Cómo amontonará los bienes postreros quien los primeros no posee? ¿De qué manera piensa vivir bienaventurado quien no tiene lo necesario para vivir? El menguado de vida ¿cómo puede tener vida feliz? ¿Ó qué vida le pueden dar los sabrosos y sobrados manjares: sino tiene con que proveer á la hambre de su alma? como quiera que diga nuestro Salvador en el evangelio. ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Porque no puede tener razon de ganancia lo que se adquiere con detrimento del bien espiritual. An-

tes padeciendo daño en el espíritu, ningún bien se debe estimar de la carne; porque el verdadero bien en sola el alma consiste. Por tanto, con toda diligencia é industria negociemos la segura y cierta grangeria de nuestra alma, antes que se pase el término de su trato. En estos pocos dias podemos negociar la vida eterna, no contentándose con ellos: pues aunque tuviesen verdadera y cierta su bienaventuranza, por durar tan poco tiempo, merecen ser en poco tenidos. Porque ninguna cosa es digna de llamarse grande, si en breve tiempo se acaba: ni se puede decir largo el tiempo cuyo plazo no puede dejar de llegar.

Breve es el contentamiento de esta vida, cuyo uso es breve. Antes por solo este respeto se debe anteponer al deleite de este siglo la vida venidera, porque esta es temporal y aquella es eterna: y manifesto es ser mejor gozar de los bienes perpetuos que de los perecederos. Pero mas hay que considerar y que desear. Sola la vida venidera es beatísima, sola es felicísima. Está presente, asi como ligeramen-

te pasa, así en el poco espacio que dura es llena de miserias y dolores, no solamente de los naturales y forzados, mas de otros muchos que desastradamente acaecen á los mortales. Porque ¿qué cosa hay tan dudosa, tan infiel, tan mudable, tan de vidrio como la vida presente? La cual está llena de trabajos, llena de congojas, llena de peligros, llena de cuidados, afligida con enfermedades, triste con temores, incierta y desasosegada como mar que en todo tiempo hierve con tempestades.

Pues ¿qué razon ó qué interes puede persuadir al hombre á despreciar los bienes eternos y seguir los temporales, tan falsos y tan resvaladizos? Por ventura ¿no ves como los hombres de este siglo, en la tierra donde esperan morar la mayor parte de su vida, procuran allegar hacienda y acrecientan sus patrimonios; y en la ciudad, de donde piensan presto partir, trabajan poco por enriquecer, y en su casa hacen pequeña provision? De esta manera, pues, nosotros conocemos la estrechura del mundo y la ligereza del tiempo, y sabemos que los siglos venideros nunca

se acaban, y la patria que esperamos es espaciosísima; procuremos arraigarnos en ella para que vivamos prósperos donde siempre hemos de morar. No pervirtamos los cuidados, poniendo mayor solicitud en el breve y miserable provecho, y menor en el eterno y verdaderamente bienaventurado. Tanto es cierto lo que digo, que no sé determinar cual respeto es mas eficaz para levantar nuestros corazones á los deseos de la vida del cielo, ó la consideracion de los bienes que en ella poseeremos ó la esperiencia de los males que en esta nos persiguen; porque aquella nos llama con castos regalos, y ésta no desecha con perpetuos desabrimientos. Por tanto, pues, los mismos males nos enseñan la verdadera prudencia; si la dulzura de los bienes celestiales no nos enamora, á lo menos aborrezcamos la amargura y afliccion de los trabajos del siglo; si no abrazamos los honestos placeres, huyamos siquiera los crueles tormentos, que los unos y los otros, aun juntan sus fuerzas para levantar nuestros corazones á la vida verdadera, por lo cual se nos

hará dulce cualquier trabajo presente.

Porque si algun hombre rico y poderoso nos llamase prometiéndonos amor y obras de padre, le seguiriamos sin tardanza á tierras estrañas, rompiendo cualesquier dificultades y estorbos del camino. Dios, Señor del universo, cuyos son todos los tesoros nos llama para amarnos y para comunicársenos, solamente que le aceptemos el dulce apellido de hijos con que llama á su único engendrado nuestro Señor Jesucristo: ¿y tú emperezas y no estienes siquiera la mano con viveza y alegría para recibir dignidad tan gloriosa? Mayormente, pues, para alcanzar tan alto estado no has de peregrinar á tierras muy apartadas ni arriesgarte á los peligros del mar, donde quiera, y cuando quiera que quisieres ya eres adoptado. ¿Por ventura por eso, serémos tan flojos y menos codiciosos de tan gran merced, porque quanto es mayor que las de este mundo, tanto esté mas aparejada? Antes por eso nos será mas dañosa nuestra cobardia; porque tanto mas seremos culpados por desdeñarla, quanto mas fácilmente la pudiéramos alcanzar sino

nos entorpeciera el amor y deleites de esta vida.

Pues si amas vida, para vida te convi-
do. ¿Con qué razon mejor te persuadiré
que asegurándote lo que deseas? Para dar-
te vida te envia Dios por mí su embaja-
da, no puedes negar que desas vivir; pe-
ro te amonesto que en lugar de la tempo-
ral vida ames la eterna. Porque de otra
manera, ¿cómo es verdad que amas la vi-
da sino deseas que dure lo mas que pue-
de durar? Pues lo mismo que nos agrada
siendo perecedero, agrádenos mucho mas
siendo perpetuo; y lo que tanto estimamos
acabandose presto, apreciémoslo mas ca-
reciendo de fin. Vivamos de manera que
no nos sea esta vida impedimento de otra
mejor, mas camino y escalera para ella.
No sea el principio de la vida contrario á
su perfeccion. Contra toda justicia perjudi-
ca á la vida el amor de la vida. De donde
no te queda que responder, ni tienes es-
cusa para no acudir al llamamiento divino
cualquiera aficion que á la vida tengas.
Porque si la desprecias por sus disgustos,
¿con qué causa mas justa la aborrecerás

que por amor de otra mejor? Y si la amas tanto mas debes desear que sea perpetua.

¶ Pero de estos dos afectos mas querria que tuvieses el primero; conviene á saber que segun experimentas la vida, asi la tengas por molestísima, y segun sus miserias asi por ella la desprecies y aborrezcas. Rómpace ya la cadena tan estendida de los negocios seculares, que asidos unos á otros con mil dificultades, hacen una continua fatiga. Rompamos los lazos de los cuidados infructuosos, que añudados unos á otros dilatan nuestras ocupaciones, como si cada hora de nuevo comenzasen. Desatemos las enmarañadas contiendas que traban unas de otras, y traen fatigado inútilmente el estudio de los mortales, como á quien continuamente tejiase y destejiese una tela, cuya perseverante y forzada atencion la vida que de suyo es corta, hacen mas breve distrayendo sus corazones, unas veces á vanos deleites, y otras veces á tristes temores; unas veces á deseos ansiosos, otras veces á medrosas sospechas, y siempre á irremediabiles fatigas, que la edad del hombre hacen bre-

ve para la vida y larga para los dolores. Despidamos el amor del mundo, que en cualquiera grado que nos ponga es peligroso é infiel porque su alteza es sospechosa, y su bajeza inquieta. Pues el bajo estado es pisado de los mayores, y el alto por sí mismo desvanecido se cae. Pon al hombre en el lugar que quisieres, no descansará en la cumbre ni en la falda del monte; donde quiera es combatido. El flaco está sugeto á la injuria, el poderoso á la envidia; pero prosigamos los daños del estado próspero, que están encubiertos, y por eso es mas peligroso, que el miserable manifestado tiene sus dolencias.

Dos cosas me parecen las principales que sostienen á los hombres en el amor del siglo, y con tan halagüeña suavidad encantan sus sentidos, y los sacan fuera de sí, y los llevan presos con blanca cadena á los vicios y tormentos: conviene á saber, el deleite de las riquezas y la honra de las dignidades. Y llámolas por el nombre que el mundo las pone. Como quiera que el primero no es deleite sino servi-

dumbre, y la segunda no es honra sino vanidad. Estos dos enemigos se ponen delante de los hombres, y juntando y atravesando sus pies les impiden el paso de la virtud, y con sus infernales vahos inficionan los pechos de los humanos, y con ponzoñosos unguentos recrean las almas llagadas y cansadas de los trabajos de su naturaleza. Porque hablando primero de las riquezas, ¿qué cosa hay mas perjudicial? Por ventura, ¿no son causa á sus poseedores de muchas injusticias, como uno de los nuestros dijo? ¿Qué son las riquezas sino prenda para recibir injurias? Por ventura, ¿no están llamando los grandes tesoros á los robadores y homicidas, convidándoles con el premio de su osadia? Por ventura, ¿no amenazan á sus señores desprivanza y destierro? Pero disimulemos que esto pueda acaecer. Acabada la vida del hombre, ¿qué prestarán las riquezas? ¿á dónde irán? que ciertos somos que no caminarán con sus amadores. Atesora el hombre, dice el Salmista, y no sabe para quien allega su tesoro.

Y si quieres esperemos, y sea asi que

te suceda en ellas quien tú deseas. ¿Cuántas veces los herederos destruyeron las casas de sus antepasados, y las riquezas con gran afán juntadas? ¿Cuántas veces fueron desperdiciadas ó por el hijo mal enseñado, ó por el yerno mal escogido? ¿Pues dónde está el deleite de las riquezas, cuya posesion está llena de cuidadosos trabajos, y cuya sucesion es tan dudosa? ¿Dónde corres fuera de la carrera, desenfrenado amor de los hombres? Sabes amar lo que tienes, ¿y á tí no te sabes amar? Fuera de tí está lo que amas; extraño es lo que te deleita. Vuelve, vuelve sobre tí, ámate como amas tus cosas. Sin duda te pesaria si tus compañeros amasen mas tu hacienda que tu persona, y si pusiesen mas los ojos en el resplandor de sus riquezas que en tu salud. Querrias que tu amigo fuese leal á tu vida: mas que codicioso de tus tesoros; pues ¿por qué lo que á otros pides niegas á tí mismo? ¿Quién es al hombre mas obligado que él á si mismo? Guardemos la fé y amor que á nosotros debemos, pues nuestras cosas no nos merecen. No digo mas acerca de las riquezas,

De las honras diré, que no me podrás negar que no se podrá llamar dignidad aquello que los buenos con los malos comúnmente poseen, ni hace glorioso triunfo á los vencedores estorizados la corona, con que tambien se coronan los cobardes; confusion es, no dignidad, la que envuelve á los dignos con los indignos, y á los virtuosos, que de derecho han de ser superiores, iguala con los viciosos. Y es mucho de maravillar, que en ningún estado se discierne menos los buenos de los malos que en la pompa. Dime, yo te ruego, ¿no es mas honrado quien desecha tal honra, á quien sus propias virtudes ensalzan, y el fausto no ensoberbece?

Y si mas quieres que te diga, sean las honras cuales el mundo las juzga ¿cuán ligeramente vuelan? ¿cuan presto desaparecen? Vimos en nuestros dias muchos varones honrados, puestos en el cuerno de la luna, que dilataban su patrimonio por la redondez de la tierra, cuyas venturas vencian á su codicia, y su prosperidad pasaba delante de sus deseos. Mas ¿para qué hago caso de particulares esta-

dos? Vimos reyes gloriosos cuyo imperio de muchos era temido, cuyas púrpuras resplandecían con piedras preciosas, cuyas ricas diademas herloseaban, flores y ramos de oro labrados, cuyos reales palacios adornaban suntuosas tapicerías y los costosos enmaderamientos, artesones dorados, y lo que mas es, sus voluntades eran derecho de los pueblos, y sus palabras se llamaban leyes comunes. Pero ¿quién por mas que empine puede subir sobre la medida de los mortales? Vemos ahora que aquel su faustoso orgullo en ninguna parte se halla, y sus inestimables pesos de oro se undieron con sus señores.

En nuestros tiempos son fábulas las historias de muchos ínclitos reinos. Todas aquellas cosas que entonces se tenían por grandes, ya ahora son vueltas en nada, que ni en la tierra las conocemos, ni pienso, antes sé cierto, que allá donde están no las gozan si con ellas no ganaron alguna substancia de virtud, Porque sola esta los podría seguir, partiendo de aquí faltos de otro socorro; sola esta fiel amiga los acompañaría cuando caminasen de-

samparados de todos sus bienes. Este es el mantenimiento, con que ahora serán sustentados, esta es la escelencia, con que ahora serán sublimados. No pierden los sábios y virtuosos las honras temporales y posesiones terrenas; mas truécánlas por la celestial gloria é infinito tesoro. Por tanto, si codiciamos valer, si anhelamos á honras, escojamos las verdaderas honras y verdaderas riquezas. Allí queremos ser honrados, y ricos donde hay desengañada discripcion de males y bienes, y donde lo que de una vez se alcanza, siempre se posée, y lo que una vez se gana, nunca jamás se pierde.

Mas porque arriba dijimos que los bienes de esta vida con la muerte se pierden, veamos si por ventura tenemos algun tiempo seguro, ó si conviene que estemos en continuo sobresalto. Ninguna cosa ven los hombres mas amenudo que morir, y de ninguna cosa mas se olvidan que de la muerte. Pasa el humano linage de generacion en generacion arrebatadamente, hasta que toda la sucesion de los hombres se acabe, segun la ley de los siglos. Nues-

tros padres fueron delante, y nosotros los seguimos de prisa, y así corre todo el número de los hombres, como arroyo de agua que desciende de los montes, ó como las hondas del mar, que se deshacen llegando á la costa, mientras otras se levantan: así nuestras edades se acaban llegando á su término, y comienzan otras, que también á su tiempo fenecerán. Suenen, pues, continuamente en nuestras orejas el ruido de esta corriente, y el ímpetu de estas olas, de día y de noche despierte nuestra memoria: nunca perdamos de vista la mutabilidad de nuestro estado. El fin necesario de nuestra vida tengámosle por presente, pues tanto mas cerca le tenemos, cuanto mas se ha tenido. El día que no sabemos si está lejos tengámosle por vecino. Apercibámonos para la partida con tales propósitos y meditaciones, que temiendo la muerte antes que venga, no la temamos cuando viniere.

Bienaventurados los seguidores de Cristo, á quien no fatiga el recelo de morir, y con quietud y conveniente aparejo esperan su último día, en el cual desean y

confian ser sueltos, y estar con su amado, porque los tales tendrán por mejor acabar hoy antes que mañana, pues pasan de la vida temporal á la que permanece para siempre. Muchos son los que esto entienden, y pocos los que lo consideran; mas donde se trata de vida, no sigamos la compañía de los negligentes, ni en negocio tan importante imitemos los yerros ajenos con daño de nuestra salud. Porque en el juicio divino no nos escusará la muchedumbre de los engañados, cuando particularmente será cada uno examinado, y segun sus propios méritos será condenado ó absuelto, sin hacer cuenta del otro pueblo. Cesen, pues, cesen los vanos consuelos que nos hace no sentir nuestros daños. Porque mejor será perpetuar nuestra vida con los pocos que perderla con los innumerables. Muy ciego y desvariado es, por cierto el que disimula su pérdida por seguir á quien despues no le puede remediar. Por tanto no nos lleve al descuido de los pecados el egeemplo de los pecadores, ni tenga en nosotros autoridad la imprudencia de los locos que no miran lo

que les conviene. Antes yo te ruego que las obras de los tales hombres las mires como á horron y no como á dechado.

Y si quieres imitar algun dechado (pues to que en comparacion de los errados hallarás pocos, pero algunos hay á quien atiendas): cuyo egeemplo te sea saludable, aquellos mira con atencion, que diligentemente consideran para que nacieron, y mientras viven tratan con prudente estudio los negocios de su vida, y con provechosos trabajos de virtuosas obras labran y siembran en la tierra para coger el fruto en el cielo, de que no solamente tienes muchos ejemplos, mas magníficos. Porque ya (loores á Dios) vemos que la nobleza del mundo, las honras, las dignidades, la sabiduria, y los ingenios, la facundia, y las letras se pasan cada dia á los reales de la fé y á la escuela de Cristo. Ya vemos que la alteza empinada del siglo baja su cuello, y con devocion toma sobre su cerviz el suave yugo del Señor. ¿Cómo podria, sino fuese menester largo tratado, contar por sus nombres á muchos varones ilustres que siguieron, y ahora siguen esta

vereda estrecha y familiar conversacion en que Dios se honra y se sirve?

Mas, por no dejar á todos, referiré algunos de muchos que callo. Clemente del antiguo linage de los senadores, y del mismo tronco de los Césares, dotado de todas ciencias, y florido con las artes liberales, anduvo este camino de los justos, y tanto en él aprovechó, que mereció ser sucesor del Príncipe de los Apóstoles. Gregorio, obispo de Ponto, primor de la filosofía y de la elocuencia; por este ejercicio se hizo mas resplandeciente, no solo en la santidad, mas en obras maravillosas. Porque de él cuentan los historiadores, entre otras muestras de su merecimiento, que por sus oraciones pasó un grande monte de un lugar á otro, para dar sitio á un templo que los fieles querian edificar en una sierra donde estaban escondidos por la persecucion de la Iglesia, y secó una laguna de agua para pacificar los que peleaban sobre la reparticion de sus peces. Otro santo del mismo nombre Gregorio, muy señalado en las ciencias humanas, las despreció por el amor de esta celestial fi-

losofía; de quien no callaré lo que de él se escribe, porque también hace á nuestro propósito. A Basilio su compañero en los estudios seculares sacó por la mano de la escuela donde enseñaba retórica, diciendo así, deja ya esa vanidad, y entiende en tu salvacion; y no lo dijo á sordo, que luego le siguió, y ambos fueron obispos de gloriosa memoria, y ambos dejaron á la Iglesia católica en los libros que escribieron claros testimonios de su fé y santidad, y de subidos ingenios. Paulino, obispo de Nola, resplandor de nuestra Francia, despreciadas grandes dignidades del siglo y muy copiosas riquezas, y con ellas el valimiento de la elocuencia, se pasó á este ejercicio é instituto de vida en el cual floreció tanto, que en todas las partes del mundo se goza su fruto. ¿Qué diré de Hilario, que pocos dias ha fué obispo en Italia? ¿Y de Petronio, los cuales ambos descendieron de insignes y antiguas familias? ¿Por ventura no antepusieron á su estado, el uno la religion, y el otro el sacerdocio? ¡O cuándo acabaré de referir, con otros muchos que dejó, á Firmiano,

Minucio, Cipriano, Evagrio, Crisóstomo, y Ambrosio!

Parece que todos platicaron juntamente lo que á otro su semejante fué aguda espuela para sacarle del siglo á esta dichosa vida. Levántanse los indoctos, y arrebatánnos el cielo, y nosotros con nuestras doctrinas revolvémonos en la carne y la sangre. Trataron esto entre sí, y porque despreciaron lo que era poco, fueron enriquecidos con lo mucho en el gozo de su Señor. Pues aun no he contado sino una pequeña parte de los que desecharon particulares honras, estados y la flor de la elocuencia, ó de la gravedad de la filosofía.

¿Mas por qué no tocaré á lo menos reyes, y cabezas del mundo, aunque no para contar á todos los que de nuestra religion fueron amadores, y discretos apreciadores de su real dignidad? Y no callaré á los del tiempo antiguo, David, Josías, y Ezequiel, á cuyas venerables historias te remito. Porque de nuestros tiempos no faltan ejemplos recientes de príncipes que familiarmente se juntan al Rey verdadero, y loan y sirven con maravillosa devocion

al Señor soberano. Rey de los reyes, engrandeciendo sola su magestad así hombres como mugeres. Por ventura las labores de estos dechados te contentarán mas y por ser de tu edad moveran mas tu aficion á procurar la vida verdadera, que ellos procuraron.

Y si quieres pasar adelante, y poner los ojos en otras muestras de agena naturaleza, mira los dias y los años, el sol, la luna y todas las lumbreras del cielo como cumplen, sin cansarse, las palabras y mandamientos divinos, y sirven con su movimiento á su sapientísima ordenacion sin traspasar un punto sus leyes. ¿Por ventura nosotros, para cuyo uso todas estas cosas fueron criadas y puestas delante de nuestros sentidos, que sabemos la fábrica de los cielos, y no ignoramos la intencion de su Criador, que para nuestro aviso así las dispuso, cerraremos las orejas á sus mandamientos? Grande vergüenza es que oyendo las criaturas insensibles, dadas para ayuda de los hombres, una sola palabra de Dios en el principio de su creacion, de lo que habian de hacer en todos

los siglos venideros, nunca de ella se olvidan, ni jamás le desobedecen; y nosotros, para quien tantos volúmenes de libros de Escritura sagrada son escritos, y tan repetidas leyes son establecidas, que es singular privilegio de los hombres, ¿no obedeceremos á nuestro Hacedor, siquiera guiados por las cosas que fueron hechas para nuestro servicio, mayormente siendo grande desvario atreverse el hombre á desobedecer á Dios, sabiendo que aunque no ame á su bienhechor, no se librará por eso de las manos de su Señor? Porque ¿dónde se esconderán los que huyen de Dios? ¿Dónde me esconderé de tu espíritu, decia David, ó dónde huiré que no me vea tu cara? Si al cielo subiere, tu, estás allí; si descendiere al infierno, allí estás presente: si voláre tan ligero como paloma, y pasáre al otro lado de la mar, allí me prenderá y traerá tu mano derecha. Asi que, quieran ó no quieran, los que con la voluntad se apartan del universal Señor, por derecho y con egecucion caerán en sus manos. Ellos están lejos de él con sus aficiones; mas él está

sobre ellos con su poder. Y con grande desatino, paréceles que huyen y escapan de su jurisdiccion y están encerrados en ella: van fuera con sus imaginaciones, y quedan dentro de su tribunal. Porque si tiene derecho el hombre para seguir su esclavo fugitivo, y reducirle á servidumbre, ¿no guardará asi mismo este derecho el Señor de los señores, á quien por sí solo pertenece legítimo señorío sobre todos los mortales? ¿Por qué no hará justicia por sí, como hace por otros el justo Juez?

Pero no solamente han de inclinar nuestros afectos á las cosas que vemos, tambien tenemos orejas con que oigamos las promesas divinas que no tienen menor fuerza para inclinar nuestros corazones. Consideremos con atencion y diligencia lo que se nos enseña; y con firme crédito y entrañables deseos esperemos lo que se nos promete, pues el Hacedor de todas las cosas que vemos, nos dá fé de las que no vemos. Y si los ojos ejercitamos sábia y provechosamente; si la admiracion que nos causa la máquina del mundo, endere-

zamos al conocimiento de su Autor, y por esta vida contemplamos cuan resplandeciente luz se representará á nuestros ojos en la ciudad celestial, pues en la tierra vil una pequeña centella reverbera nuestra vista; si conjeturamos cuan deleitable hermosura tendrán las cosas eternas, pues tanta belleza tienen las perecederas: los mismos sentidos corporales nos levantarán poderosamente á la codicia de los bienes que no sentimos. Pues no usemos de los sentidos de nuestra carne en solos sus bajos oficios, sirvannos ordenadamente para ambas vidas. Y de tal manera nos aprovechen en la vida temporal, que no nos sea impedimento; antes si, ayuda para la que esperamos, que es eterna.

Y si nos lleva para sí el amor y deleite de las criaturas (porque en la verdad es muy poderoso para alterar los corazones humanos) el bien eterno y soberano, clarísimo y deleitabilísimo, ese es el que tiene no solo razon para ser amado, mas causa sufficientísima para que solo sea amado. Este es nuestro Dios, á quien no podemos tanto amar, que mas no debemos. Y

asi se hace, lo que arriba dije, las honras, que en lugar de los deleites mundanos suceden á los buenos mas entrañables y mas justas delectaciones. Por tanto si te aficionaba la grandeza del mundo, ninguna cosa hay mas magnífica que Dios, si alguna cosa en el siglo te parecia digna de gloria, ninguna es mas gloriosa; si te ibas en pos del resplandor de las cosas claras, ninguna hay mas resplandeciente: si te enamoraban las cosas bellas, ninguna hay tan hermosa: si en algo creias hallar verdad, ninguna cosa hay mas fiel ni mas verdadera: si en alguno esp. rabas hallar liberalidad, ninguno hay mas magnífico: te maravillabas de lo que es puro y sencillo, ninguna cosa hay mas pura ni mas sincera que su bondad: codiciabas abundancia de bienes, ninguno tiene riquezas mas copiosas: amabas á quien tenias por fiel, ninguno mas leal y guardador de su palabra: buscabas lo que te es provechoso, ninguna cosa es mas útil que su amor: alguno te contentaba porque veías en él gravedad con llaneza, ninguno hay mas severo ni mas blando: en las adyersidades

querias hallar benignidad en tus amigos, y en las prosperidades placer, de él solo puedes tener único consuelo en las tribulaciones, y gozo en la sanidad. Ahora dime si es justo que aquel, en quien tienes todas las cosas le ames sobre todas ellas, y que sobre todos los bienes estimes aquel en quien están todos los bienes, no solamente los soberanos y divinos, mas aun estos temporales de que los hombres usan mal, del mismo modo los tienes.

Pues si así es, el amor que hasta aquí ha sido mal repartido, todo junto le entrega al servicio de Dios. Y la casta caridad, que en pos de las sensuales aficiones erraba, de aquí adelante se ocupe en solo los ejercicios sagrados; y el corazón que devaneaba con diversas opiniones, sea castigado con el freno de la verdadera sabiduría; mayormente pues cuanto amas, y cuanto sabes todo es de Dios. Suyo es aunque tú no le ames. Porque él es tan grande y tan universal Señor, que los que no le aman, aunque no quieran, han de amar lo que es suyo. Pero considere quien tiene juicio sano, si es cosa razonable, que

despreciando al Hacedor de las cosas, se amen sus hechuras, y que corra el hombre á diestro y á siniestro á todas partes en pos de las criaturas contra la voluntad de quien las crió, habiéndolas criado para que por el uso de ellas camine para él nuestro corazón. Mas el hombre de trastornado entendimiento convierte sus amores y deseos de las criaturas viles, y desordenando su misma inclinacion, engrandece el arte menospreciando el artífice, y ama la imágen hermosa, y deja á su pintor, de cuya universal bondad arriba dijimos, ¿mas qué dijimos? ¿O qué se puede decir de tan gran tesoro de bondad? ¿O cuánta podrá algun hombre ó ángel igualar con palabras la alteza de tan profundo misterio?

De donde ya no te quiero decir que amar á Dios es deleitable, mas que es necesario; pues ademas de las obligaciones que tenemos de amarle por quien él es, necesariamente amamos sus cosas; y así como no podemos amarle cuanto él es digno, así tampoco basta nuestro amor para recompensar los bienes que de él

recibimos por lo cual asi mismo es grande injusticia no amar siquiera á quien aun amándole no le podemos satisfacer. Injustísima cosa es no querer servir lo poco que puedes á quien no puedes servir cuanto eres obligado. ¿Qué volveré al Señor, dice David, por tantos bienes que me ha dado? ¿Qué le pagaremos siquiera por esto solo, que en tan fáciles cosas puso el principio de nuestra salvacion, y abrió puertas á todos los moradores de la tierra para darles la heredad del cielo, sin despreciar ó desechar alguna nacion, ó tierra, ó isla apartada? ¿Por qué piensas tu que por otra razon la posesion de toda la tierra, las naciones y reinos de la tierra vinieron á la sugesion de los romanos, y la mayor parte del mundo se hizo un pueblo, sino para que mas fácilmente por todo el mundo penetrase la fé, y para que como el mantenimiento ó la medicina se derrama por todo el cuerpo, asi la fé, infundida en la cabeza de las gentes, se comunicase por todos los miembros? Porque de otra manera no corriera tan diligentemente por tan apartadas gen-

tes y provincias, diferentes en costumbres y lenguas, ni pasará tan adelante y con tanta presteza, si á cada lugar tuviera nuevo tropiezo y contradiccion.

Por esto el Apóstol san Pablo dice que la fé de los romanos se anunciaba por el universo mundo: y por la misma razon tuvo libertad para discurrir predicando el evangelio desde Jerusalem hasta el Ilírico. Lo cual, ¿cómo pudiera, sino estuvieran juntas debajo de un señorío la multitud innumerable de regiones y ciudades, y se domesticára la fiereza de las bárbaras naciones? Así se cumplió lo que ahora vemos cumplido, que desde el Oriente hasta el Poniente, desde el Septentrion hasta el mediodia: por todos los lados del mundo suenan los loores de Cristo, aceptando su fé el tracense, el africano, el sirio, y el español. Lo cual misteriosamente se significó, y se comenzó á ejecutar cuando en tiempo de la república Romana, teniendo el cetro de todo el mando el emperador Octaviano, descendió Dios á la tierra. Para cuya venida, y próspera dilatacion de su nombre se proveyó, fun-

dó y acrecentó en diversos tiempos la policía de los romanos; así en tiempo del mando de los antiguos reyes, como en el de la gobernacion de los cónsules, según podrá claramente mostrar con mediano ingenio cualquiera que afirmarlo quisiere. Y tú mejor lo puedes conocer, pues te son familiares las historias de tu nacion. Por tanto, dejando esto vuelto al propósito que desde el principio pretendí. No querrias amar el mundo ni las cosas que en él están, dice el discípulo amado del Señor. Y con razon, porque todas las cosas mundanas engañan nuestros ojos con afeites y colores postizos. Pues si así es, la virtud de los ojos que se nos dió para gozar de la luz, no se debe aplicar al error y la que para el uso de la vida fué dada, no nos sea causa de muerte. Los deseos de la carne, dice el Apóstol san Pedro, pelean contra nuestra alma, y siempre están en frontera contra el espíritu. Y (como se acostumbra entre los reales de los enemigos) tanto mas la carne se esfuerza, cuanto el espíritu mas se enflaquece.

Mas hasta ahora, ilustre Valeriano, yo he tratado de los halagüeños deleites de las riquezas, y de las fingidas y falsamente estimadas honras, como si el mundo estuviese en su vigor y fuerza para engañarnos. Pues ¿cuánto mas se podrá argüir el embaimiento de los hombres, cuando ya el resplandor del mundo, que antes con sus relámpagos deslumbraba los mundanos, y con cara llena de risa, y adulterinos atavíos requería sus almas mostrando falsos amores, ya se ha obscurecido, y descubre claramente su fealdad y mentiras? Se ha vuelto en negrura aquel hermoso rostro con que trasportaba los sentidos de los hombres. Primero nos queria engañar con imágenes sofisticamente compuestas, y aun con quien tenia mejor seso no podia; ahora los tiempos están asi mudados, que todos cuantos quisieren conocerán sus embustes. Primero carecia de bienes ciertos; ahora carece aun de los aparentes: apenas tiene ya colores con que se afeite. Ya no está adornado de tiernas flores; ¿cuánto menos tendrá fruto que permanezca? Si nosotros no nos enre-

damos, ya el mundo no tiene lazos con que nos ate. ¿Y para qué tardamos de decir lo que es mas fuerte? Decimos que perecieron las prosperidades del mundo y que se envanecieron sus pompas. El mundo todo perece, y asi da los postremos alientos; ¿para qué trabajamos por mostrar que todo su valor y contentamiento se acaba, pues vemos claramente que él mismo se acaba? Pues no le faltan sus bienes y fuerzas antes de tiempo: porque su vejez trae consigo su flaqueza. La edad postrera del mundo está llena de males, como la del hombre es seguida de dolencias.

Hemos visto, y cada dia nos pasan delante de los ojos en estas cadenas del mundo, hambres, pestilencias, desventuras, guerras, temblores de tierra, desorden en los temporales, monstruosos partos de animales. Pues ¿qué es esto sino pronósticos del remate del siglo, que se cansa corriendo, y casi ya desfallece? Lo cual no afirman solo nuestras flacas palabras, mas la autoridad apostólica lo confirma donde leemos: nosotros somos en quien ya lle-

garon los postreros fines del siglo, Y pues ya ha muchos años que esto se dijo, nosotros qué confianza tenemos? Llégase de prisa el dia postrero, no digo el nuestro, mas el de todo el mundo. Cada hora nos amenaza la muerte, asi la de nuestro cuerpo, como la del todo el linage humano por los particulares peligros, y por los generales en que cada dia caemos. Carga sobre mi, hombre desventurado, el temor de la muerte del siglo, como si nos bastase para hacerme miserable el miedo de la mia. ¿Por qué disimulamos nuestros espantos? No podemos estar seguros, pues ni de nuestra singular muerte podemos escapar, ni de la comun.

Por lo cual ciertamente es mal afortunada la condicion de los hombres mundanos, y mas ahora en la despedida del mundo, y en el desfallecimiento de todas las cosas; pues de las presentes no pueden gozar, porque perecen: ni se recrean con la esperanza de las venideras, porque no las merecen. El deleite de la vida pasa como sombra, que no se puede detener pasando su cuerpo y la venidera, que es

perpetua, no tienen porque confien alcanzarla, ni se aprovechan de los bienes temporales, ni gozarán de los eternos. Aqui tienen poco de posesion, para lo celestial no tienen título. Por cierto es desventurado y mucho de doler tal estado, sino hace el hombre de esta cruel necesidad provechosa virtud, mudando la aficion, y enderezando sus caminos al bien soberano. Porque de otra manera los intereses de esta vida están asi destruidos, que quien no busca el bien eterno, ambos los pierde.

Y puesto que algo se pudiesen gozar en esta vida, y algo valiesen, como á sus seguidores parece mas es de estimar la esperanza cierta de los grandes bienes, que la posesion de los pequeños, como te mostraré por este ejemplo. Si á un hombre prometiese un gran Señor dar á su escogimiento, ó en este dia cinco monedas, ó mañana quinientas, ó este dia un vaso de cobre, ó mañana un joyel de oro, escogeria ciertamente este hombre lo mas precioso aunque fuese con pequeña tardanza. Pues de esta manera, considerando tú la brevedad de esta vida, no te

contentes con lo vil pudiendo esperar lo muy valeroso. Porque el mundo no tiene mas que dar que lo que vemos y recibimos, y por eso no se ha de esperar de él otra cosa de mayor precio, pues lo que poseemos ya no lo esperamos. A los bienes venideros se han de pasar todas las esperanzas del siglo, pues en lo temporal no hay mas que esperar, y (segun arriba mostré) vale mas la esperanza de las cosas celestiales, que la posesion de las terrenas. Y quien lo contrario siente no tiene sano juicio de los bienes del mundo, porque los trae tanto sobre los ojos que no los ve, como claramente experimentamos, cuando alguna cosa pagamos con la niña del ojo, que no la podemos ver, la cual apartada á distancia conveniente, vemos distintamente. Asi acaece en la estima de los bienes mundanos, que por traerlos tan dentro de nosotros, agravan nuestro entendimiento, y no los conocemos; y de los celestiales, que están apartados, juzgamos con mas clara vista.

Y la esperanza que te he dicho de los bienes venideros no es vana, pues nues-

tro Señor Jesucristo, abonado prometedor, nos la certificó, el cual prometió á los pobres renunciadores del mundo el reino de los Cielos, y copiosísimos premios de la eternidad. Y para entera seguridad en su persona, vino á tratar con nosotros por el inefable Sacramento de la humana naturaleza, que juntó con la suya divina, restituyéndonos á la amistad del Padre, haciéndose medianero entre Dios y los hombres, como particionero de ambas naturalezas; y libró á todo el mundo por el alto misterio, nunca enteramente conocido de su pasion, de la grande deuda, á que estaba obligado. Y (como el Apóstol dice) fué manifiesta su encarnacion por el Espíritu Santo, por cuya virtud fué concebido, descubrióse á los ángeles, predicóse á las gentes, creyóla el mundo, y asi fué colocado en su gloria. Donde tanto le ensalzó su eterno Padre, y le dió nombre sobre todo nombre, que todas las criaturas, cuantas hay en el cielo y en la tierra, en el mar y en los abismos confiesan que nuestro Señor Jesucristo es el Rey y Dios antes de todos los siglos.

Y si quieres de esto gozar; deja la doctrina de los filósofos en que empleas tus estudios y lección, y ocupa tus buenas horas y espíritu, en la doctrina de Cristo; en la cual tampoco le faltará campo para dilatar tu ingenio. Antes tengo por averiguado que en gustándola, conocerás cuanto se deba anteponer la ciencia de piedad y amor divino á los preceptos de los filósofos. Porque en las sentencias de aquellos se halla la virtud solamente contrahecha, y la sabiduría solamente dibujada; y en esta nuestra disciplina se enseña la perfecta justicia y maciza verdad: tanto que con razon afirmaré que ellos usurparon el nombre de filósofos, y nosotros abrazamos la vida. Dime, yo te ruego, ¿qué preceptos pueden dar de vivir los que no conocen al Autor de la vida? Los que á Dios ignoran, y tropiezan luego en el umbral de la justicia, ¿cómo llevarán á otros por la mano á la verdadera virtud? Porque necesariamente, errando en el principio, siempre irán descaminados, y en vano correran delante. Y así parece ello ser. Porque los que en-

tre ellos determinan las mas honestas reglas de costumbres, no pretenden sino vanidad y arrogancia, y por estas trabajan; de manera que en abstenerse de vicios, no carecen de vicio. Estos son de quien se escribe que saben las cosas terrenas, porque de la tierra, y de los gustos de ella tratan, y esta desean. Pues pretendiendo este fin, manifiesto es que no poseerán la verdadera sabiduria, ni la verdadera virtud. ¿Por ventura algun discípulo de Aristopo podrán enseñar la verdad, cuyo entendimiento no mira mas á lo alto que los ojos de los puercos, constituyendo la felicidad del hombre en los deleites del cuerpo, y haciendo su Dios á su vientre, y su gloria á sus miembros deshonestos? ¿Este tal juzgará alguna cosa justa y honesta, por cuya filosofía el gloton, el pródigo, el fornicario y el amontonador de dinero son beatificados? Pero contra los tales otro lugar habrá de disputar.

Vengamos á las sentencias de los mas justificados, y que á ti mas te contentan; porque deseo que dejes aun aquellas generales amonestaciones determinadas por

sola humana ciencia, y conviertas tus estudios á las escrituras de los nuestros, adornadas y fortalecidas del espíritu, en las cuales hallarás con que artes tu pecho de las razones y doctrina, con que ellos solamente te untan los lábios, de las cuales alguna referiré.

En las escrituras de los nuestros, para hacerte dar fé á los prometimientos divinos, hallarás lo que allá ves, aunque no por las mismas letras, mas la misma sentencia. Las palabras de Dios, quien no las cree, no las entiende. En ellas serás amonestado que si á Dios conoces por Padre, le has de amar. Allí aprenderás cuales sacrificios son agradables á Dios. Porque verdaderos sacrificios son justicia y misericordia. Allí te amonestarán: si te amas, ama á tu prógimo, porque en ninguna cosa hallarás mas tu provecho que en el bien á que tu prógimo hicieres; y entenderás que ninguna cosa hay tan justa que justifique dañar injuriosamente á otro hombre. Allí, contra la deshonestidad, hallarás este aviso: resiste á la lujuria, que despues que te venciere y hubiere

injurado tu carne, escarnecerá, de ti. Y para que no codicies, demasiadas riquezas hallarás: mas bienaventurado es el que no desea lo que no tiene, que el que tiene lo que desea. Y para que refrenes la ira, te dirán cuan importuna señora es. Porque quien por cualquiera ocasion se enoja, siempre se enojaria, si siempre se le ofreciese ocasion. Y para que ames á tus enemigos serás amonestado; ama á quien te desama, si quieres hacer mas que los malos; porque aquellos aman á quien les quiere bien. Y para ayudar con tus bienes á los pobres, hallarás: el que guarda bien su tesoro, y lo partió con los pobres, ya no le podrá perder, porque dándole le aseguró. Y para mas perfecta justicia hallarás que del fiel matrimonio el fruto es la continencia.

Allí entenderás la razon porque los desastres del mundo son comunes á los buenos y á los malos; y conocerás que mayor miseria es enfermar el alma con vicios, que la carne con dolencias. Y para amonestarte á paciencia leerás á los impacientes la semejanza de costumbres, que

suele ser causa de amistad, es ocasion de discordia, Y para que no remedies á los viciosos hallarás escrito: al hombre prudente avisan los buenos y los malos, los unos lo que han de abrazar, los otros lo que han de huir. Y para que consideres y agradezcas la bondad del Señor, que usa con los hombres, hallarás que muchos bienes recibimos sin que los conozcamos. Donde parece que no nos ama mas en público que en escondido, y que debes dar no menos gracias á Dios en la adversidad que en la prosperidad, y conocer que lo adverso te viene justamente, y lo próspero no lo mereces.

Allí conocerás como á todas las cosas se estiende la providencia divina, y que ninguna cosa hace el hombre por hado, sino por propia voluntad. Por lo qual aun las leyes humanas castigan á los delinquentes, y galardonan á los virtuosos. Lo qual mucho mas justamente hará Dios, sino ahora, á lo menos en su último juicio. Y por no conocer esto los ignorantes, tienen por injusta la providencia divina, que permite que los malos en esta

vida sean prosperados, y los buenos afligidos. Aparte Dios de nosotros tal pensamiento. Y para que perseveremos en el temor de Dios, te amonestarán: lo que no quieres que vean los hombres, no lo hagas; y lo que no quieres que vea Dios, no lo pienses. Y contra toda injusticia hallarás quien afirma: mayor miseria del hombre es engañar á otro, que ser engañado. Y contra la soberbia hallarás aviso: tanto mas huye la vanagloria, cuanto mas aprovechaes en virtud: porque todos los vicios crecen con otros vicios, sola la soberbia se cria con buenas obras.

Estas y otras sentencias filosóficas hallarás mucho mejor enseñadas por los maestros, ademas de su singular y provechosa doctrina, con otros mas perfectos grados de virtud. Y si despues llegáres á beber de la fuente de la Escritura divina, allí convendrá mas escudriñar, y maravillarte de lo interior, que de lo que suena de fuera. Porque la escritura sagrada de tal manera resplandece á los ojos, que con sus clarísimos rayos, como preciosísimo carbuncho, reverbera á la vista de los

que miran. A esta maravillosa luz debes hacer familiar tu ingenio, y con este saludable manjar mata la hambre de tu alma.

Lo cual por la misericordia del Señor, espero ver cumplido, y que despreciando tus acostumbrados ejercicios, y amando los nuestros, tengas aborrecimiento á la vanidad, y codicies el tuétano de la virtud. Porque imprudentísimo es el que por bien de su alma no se esfuerza á menos ejercicios, aunque le sean trabajosos, habiendo hecho el Señor por ella misma tantas obras; y mas el que procurando el Señor tan cuidadosamente los provechos del hombre, esté el holgazan y perezoso en lo que tanto importa. Y ciertamente lo que mas nos cumple es que nos restituyamos á nosotros mismos al servicio y honra de Dios, y pretendamos la verdadera bienaventuranza, despreciadas las que llaman buenas venturas del siglo, y que pisando las cosas terrenas, nos levantemos con ardientes deseos á las celestiales.

Ea, pues, de aquí adelante todas tus obras y palabras endereza á tu Dios, Haz que en todas tus obras sea siempre tu

compañera la inocencia, y ella será tu fiel guardadora. Y no temas las redes de la mala costumbre pasada; presto, con la ayuda de Dios, y con buenos ejercicios te desenvolverás de tus lazos: entrégate á tal médico que te cure, que juntamente puede dar la complexion, y disposicion para alcanzar la salud que has menester. Y lo que es suma misericordia, te ha de dar despues el mismo Señor el galardón de lo que por su virtud hubieres obrado.

Digo el galardón de la vida eterna, cuya escelencia no puede ahora el ánima comprender, ni el juicio humano puede estimar la grandeza de los bienes que nos están aparejados. Porque si la divina magnificencia concedió en esta vida á todos los hombres el uso de la luz tan amable: si al bueno y al malo es lícito mirar al Sol, y á todos indiferentemente sirven las criaturas; y de los justos y de los injustos es comun la posesion de este mundo; finalmente, y tan escelentes dones dá Dios á los virtuosos, consideremos quien tan graciosamente dió tan grandes tesoros sin deberlos, ¿cuántos mayores pagará á

que los hubiere merecido? Quien tan liberal es en las mercedes, ¿cuánto mas lo serán en pagar las deudas? Si tan estimable es la largueza del que da, ¿cuánta será la magnificencia del que restituye?

No se puede decir los bienes que tiene Dios aparejados por los que le aman, ni comprehender la gloria que dará á los bien agradecidos; pues tales cosas dió aun á los ingratos; Pues ya levanta los ojos, y del piélago de los negocios en que estás engolfado, mira á la playa de nuestra profesion, y endereza á ella la proa. Solo este puerto hay á que te acojas de las peligrosas ondas del siglo, y donde descanses de las continuas tormentas del mundo. Á este conviene que se dirijan los que son fatigados de las tempestades del brabomar. Aqui no se oyen los espantosos bramidos del agua, ni sus olas levantadas llegan á este seno; mas siempre se halla en él tiempo sereno y quieta bonanza. Cuando á esta puerta llegares despues de los muchos trabajos pasados, echa el áncora de la esperanza, coje la vela en la antena puesta en la figura de la cruz del

Señor, y respira seguro. Pero ya la justa medida de epístola demanda el fin de esta carta. Rerecibe esta suma de celestiales preceptos, y manajo de mandamientos divinos, apretados en breve doctrina á gloria del mismo Señor: y de lo que hubiere errado perdóname.

Oracion para pedir perdon de los pecados.

¿Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré dia y noche mis pecados, y el desagradecimiento mio contra Dios, mi criador? Muchas cosas hay, Señor, muy poderosas para compungir los corazones de los hombres, y traerlos al conocimiento de su pecado: mas ninguna tanto, como considerar la grandeza de vuestra bondad, y la muchedumbre de vuestros beneficios, aun para con los mismos pecadores. Pues porque la miserable de mi ánima de esta manera se confunda, comenzaré, Señor, á contar alguno de vuestros bienes y de mis males; para que por aquí se vea mas claro quien sois Vos, y quien soy yo: y

quien habeis sido Vos para mí, y quien he sido yo para Vos.

Tiempo hubo, Señor mio, cuando yo no era: dísteme ser, y levantásteme del polvo de la tierra, é hicísteme á vuestra imágen y semejanza. Desde el vientre de mi madre Vos sois mi Dios: porque desde el primer principio de mi ser hasta hoy, Vos habeis sido mi padre, mi salvador, mi defensor y todo mi bien. Vos allí formasteis mi cuerpo con todos mis sentidos, y criaste mi ánima con todas sus potencias, y hasta ahora habeis conservado mi vida con los beneficios y regalos de vuestra providencia. Todo esto era poco para vuestra grandeza; porque aunque ello en sí era mucho, porque era todo, mas como todo ello no os costaba nada, quisiste darme algo que os costase mucho, para tenerme mas obligado. Descendiste del cielo á la tierra para buscarme por todos los caminos por donde yo me habia perdido. Ennobleciste mi naturaleza con vuestra humanidad, librásteme del cautiverio con vuestras prisiones, sacásteme del poder del demonio poniéndoos en manos de pe-

cadores, y destruiste mi pecado tomando imagen del pecador. Quisiste obligarme con esta gracia, enamorarame con este beneficio, fortalecer mi esperanza con estos merecimientos, y hacerme aborrecer el pecado, mostrándome lo que hiciste contra él. Echaste brasas de fuego sobre los carbones muertos de mi corazon; para que con tanta muchedumbre de beneficios como se encierran en este beneficio amase yo á quien tanto hizo por mí, y tanto amor me descubrió.

Veisme aqui, Señor, redimido. ¿Qué me aprovechará ser redimido, sino fuera bautizado? Entre tanta muchedumbre de infieles como están derramados por todo el mundo, quisiste que yo fuese del número de los fieles, y de aquellos á quien cupo tan dichosa suerte, como es ser hijos vuestros, reengendrados por el agua del santo bautism. Allí fui recibido por vuestro, y allí se celebró y asentó aquel maravilloso concierto, que vos fueseis mi Dios y yo vuestro siervo: Vos mi padre, yo vuestro hijo: así contendiésemos á porfia, Vos á hacerme obras de padre, y yo

¿haceros servicio de hijo. ¿Qué diré de los otros sacramentos que ordenaste para mi remedio, haciendo medicina para mis llagas con la sangre de las vuestras?

Con todas estas maneras de socorros fué tan grande mi malicia, que perdí esta primera gracia de inocencia; y ha sido tan grande vuestra misericordia, que me habeis sufrido hasta ahora. ¡O esperanza mia, y remedio! ¿cómo puedo yo, sin lágrimas acordarme de cuantas veces me pudiera haber llevado la muerte en todos aquellos tiempos tan mal gastados, y no me llevó? ¿Cuántos millares de ánimas, por ventura, arden ahora en el infierno por menores culpas, que las que yo entonces cometí, y no ardo yo? ¿qué fuera de mí si me hubierais llevado en aquel tiempo, como llevasteis á otros? ¿qué juicio se me apareja tan recio, si me tomára la muerte con el hurto en las manos? ¿si me hallára la justicia en fragante delito? ¿Pues quién ató las manos á vuestra justicia en aquella hora? ¿quién os rogó por mí cuando yo dormía? ¿quién detuvo el castigo de vuestro furor al tiempo que yo con mis

males lo provocaba? Qué viste en mí? ¿por qué quisiste que yo fuese de mejor condicion que aquellos, á quien arrebató la muerte en medio de los fuegos y peligros de la mocedad? Mis pecados daban voces contra mí; y Vos os haciais sordo para ellos. Mi malicia se alargaba cada dia contra Vos, y alargábase el plazo de vuestra misericordia para conmigo. Yo á pecar y Vos á esperarme; yo á huir y Vos á buscarme; yo cansado de ofenderos, y Vos no cansado de aguardarme. Y como si mis pecados fueran servicios, y no ofensas: asi aun en medio de ellos recibia de Vos muchas buenas inspiraciones, y muchas piadosas sofrenadas, que reprendian y condenaban mis solturas. ¿Cuántas veces me llamasteis y disteis voces dentro de mí diciendo: *Tu has fornicado con quantos amadores has querido: mas vuélvete á mí, que yo te recibiré.* ¿Cuántas veces con estas y otras palabras amorosas me llamabais, y otras con temores y amenazas me espantabais, trayéndome á la memoria el peligro de la muerte y el rigor de vuestra justicia? ¿Cuántas maneras

de confesores y predicadores ordenasteis, para que con sus palabras y consejos me avisasen y despertasen? ¿Cuántas veces no ya con palabras, sino con obras me seguiais convidándome con sus beneficios, y castigándome con azotes, tomándome todos los caminos, (como hacen los cazadores cuando siguen la caza) para que no pudiese huir de Vos?

¿Pues qué os podré yo, Señor mio, dar por todos estos beneficios? Porque me criasteis os debo todo lo que soy; pues todo lo hicisteis. Porque me conservais, os debo todo lo que soy, y vivo; pues todo lo sustentais: pues porque Vos mismo me disteis en precio, ¿qué me queda para daros? Si todas las vidas de los ángeles y de los hombres fuesen mias, y todas os las ofreciesen en sacrificio, ¿qué era todo esto para una de las gotas de sangre que derramasteis por mí?

¿Pues quién dará ahora lágrimas á mis ojos, para que pueda yo llorar la mala paga de tantos beneficios? Ayudadme, Señor, en esta hora, y dadme gracia para que sepa yo confesar mis injusticias con-

tra mí. Yo soy aquel malaventurado, que aunque no lo parezco, soy criatura vuestra hecha á vuestra imágen y semejanza. Reconoced, Señor, esta figura, que vuestra es. Quitad delante lo que hice; y hallareis lo que Vos hicisteis con vuestra mano piadosa. Yo empleé todas mis fuerzas en vuestras injurias, y con las mismas obras de vuestras manos os ofendí. Mis pies corrieron á la maldad: mis manos se estendieron á la avaricia, mis ojos se soltaron por toda la vanidad; mis oídos estuvieron siempre atentos á la mentira. Aquella novilísima parte de mi alma, que tenia ojos para veros, quitólos de vuestra hermosura, y púsolos en la flor de esta vida miserable. La que habia de escudriñar vuestros mandamientos, escudriñaba noche y dia cómo quebrantarlos á su salvo. Pues estando tal mi entendimiento, qué tal habia de estar la voluntad? Ofrecíaisle Vos, Dios mio, los deleites del cielo, y ella trocó el cielo por la tierra, y abrió los brazos que Vos habiais consagrado para Vos, al amor de las criaturas. Esta es, Señor, la paga de vues-

tros beneficios; y este es el fruto que llevaron los sentidos que criasteis. ¿Pues qué os podré yo responder cuando entreis en juicio conmigo y me digais: *Yo te planté como á una viña escogida de muy buenas plantas; ¿cómo te me has pervertido y hecho tan extraña?*

Y si á esta primera pregunta no podré responder, ¿qué responderé á la segunda sobre el beneficio de la conservacion? Conservabais Vos, Señor, con vuestra providencia al que entendia en quebrantar vuestra ley, y en perseguir vuestros siervos, en escandalizar vuestra Iglesia y en fortalecer el reino del pecado contra Vos. Moviais la lengua que os blasfemaba: regiais los miembros que os ofendian; y dabais de comer á quien servia á vuestros enemigos á costa vuestra. De manera, que no solo fuí ingrato á vuestros beneficios; sino aun de esos mismos beneficios hice armas contra Vos. Disputasteis todas las criaturas para mi servicio, y enamoréme de todas ellas, y con todas adulteré; pues tantas veces por ellas os ofendí. Quise mas á los dones que al dador; y de donde

habia de tomar ocasion para conocer vuestra hermosura, ceguéme con lo que ví, y no alcé los ojos á ver quanto mas hermoso seria el hacedor que su hechura. Todas las cosas me disteis, porque yo me diese á Vos; y aprovechéme de todas ellas, y nunca os dí, ni la gloria, ni el tributo que os debia. Ellas os fueron obedientes en servirme siempre; porque Vos se lo mandasteis; y yo entendí en ofender siempre á aquel por quien todo me servia. Vos me dabais salud, y el demonio se llevaba el fruto de ella: Vos me dabais las fuerzas, yo las empleaba en servicio de vuestro enemigo. ¿Qué diré? ¿Cómo no bastaron tantas maneras de trabajos y miserias como vi en los otros hombres, para entender que todos aquellos males agenos eran beneficios míos, pues de todos ellos me librasteis? A Vos solo es lícito no agradecer el beneficio recibido. ¿Quién, á quién no debe el agradecimiento por el beneficio recibido? Si la fuerza de los leones y serpientes se doman con beneficios, ¿cómo no bastaron los vuestros para domarme? para que, alguna vez siquiera, dijese con el pro-

feta, (Hierem, 5): *Temamos al Señor que nos envia agua del cielo la temprana y la tardia en sus tiempos, y nos da hartura de todos los bienes de cada un año.* Bastaba por cierto, Señor, para argumento de quien Vos sois, haber sufrido lo que yo soy, sin que hubiera otras muestras y testimonios de vuestra bondad. Y si tan rigorosa ha de ser la cuenta que me habeis de pedir de estas cosas que os costaron tan poco, ¿cuál será la que me pedireis de las que os costaron vuestra sangre? ¿Cómo pervertí todos vuestros consejos? ¿Cómo cuanto fué de mi parte, deshice todo el misterio de vuestra encarnacion? Hicisteos hombre para hacerme Dios; y yo, amigo de mi vileza, híceme bestia é hijo de Satanás, Bajasteis á la tierra, por llevarme al cielo; y yo indigno de tal llamamiento, como no lo merecia, no lo conocí, y quedéme sumido en el cieno de mis vilezas. Librásteisme, y tornéme á mi cautiverio: resucitásteisme, y volví á abrazar la muerte: incorporásteisme con Vos, y torné otra vez á juntarme con el demonio. Ni bastaron tales beneficios para

conoceros, ni tal muestra de amor para
 amaros, ni tales merecimientos para es-
 perar en Vos, ni tal justicia como en Vos
 fué ejecutada para teneros temor. Vos os
 humillasteis hasta el polvo de la tierra; y
 yo me quedé levantado en mi soberbia:
 Vos estuvisteis en la cruz desnudo y á
 mi avaricia no basta el mundo: á Vos os-
 dieron de bofetadas, siendo Dios; y á mí
 no han de tocar en la ropa, siendo un
 vilísimo gusano,
 ¿Qué diré, Salvador mio, sino que fué
 tan grande la misericordia y amor que
 conmigo usasteis, que os pusisteis á morir
 por matar mi pecado; y yo confiando en
 esa misma bondad y amor, me atrevia á
 pecar contra Vos? ¿Pues, qué mayor blas-
 femia que ésta? Tomé ocasion de vuestra
 bondad para perseverar en mi maldad:
 tomé motivo para pecar del mismo medio
 que Vos tomasteis para matar el pecado.
 De esta manera pervertí vuestros consejos
 é hice invenciones de mi malicia, las in-
 venciones de vuestra misericordia. Por ser
 Vos tan bueno, hallé yo que podia ser
 malo; y por haberme hecho tan grandes

beneficios, concluí yo que podía hacerlos tan grandes ofensas. De manera que la misma medicina que Vos ordenasteis contra el pecado, hice yo incentivo de pecar; y la espada que Vos me disteis para hacerle guerra, la puse yo en las manos para que me quitase la vida. Finalmente, Vos tomasteis por medio el morir, para enseñorearos de vivos y muertos; para que, como dice el Apóstol, los que viven, ya no viven por sí, sino para Vos que moristeis por ellos; mas yo como hijo de Jezabel, tomé por medio vuestra misma muerte para despojaros de vuestra hacienda, hurtándome de vuestro servicio, y haciéndome esclavo del enemigo. ¿Pues qué merece quien tal hizo? Si los perros comieron las carnes de Jezabel por este pecado, ¿cómo están enteras las mias, pues hice lo mismo? Y si el Apóstol tanto encarece la malicia del corazón humano, por haber tomado ocasion de la misma ley para quebrantar la ley, ¿cuánta mayor malicia será tomar ocasion de la gracia para afrentar la misma gracia? ¡O pacientísimo Señor para sufrir bofetadas

por los pecadores, y mucho mas para sufrir pecadores! ¿Mas, por ventura durará mucho esta paciencia? Veo que decís por vuestro profeta: *callé: tuve siempre silencio, y sufrí mucho: mas ahora hablaré como quien tenia dolores de parto.* Veo que la tierra que despues de llovida no dá fruto, es descomulgada y maldita; y que la viña que despues de labrada y cultivada, en lugar de uvas dá agraces, es por vuestro mandamiento destruida y desamparada. Pues ¡ó sarmiento seco é infructuoso, cómo no temiste la voz de aquel tan sábio podador, que corta de la vid el sarmiento estéril, y lo echa en el fuego! ¿Dónde tenia el juicio quien tales juicios no temia? ¿qué tanto habia ensordecido quien á tales voces no acudia? ¿qué tan profundo sueño dormia quien ni despertaba con el trueno de tan grandes amenazas? Contentábame esta morada terrena, tan indigna de mi ánima, y tenia por deleite estar entre las espinas. Quemábame el fuego de mis pasiones: compungíanme las espinas de mis codicias: despedazábame el distraimiento de mis cui-

dados: remordíame el gusano de mi conciencia; y todo esto soñaba yo que era libertad y descanso; y tales y tan grandes males llamaba paz. ¡O tan engañado para conocerme, cuán revelde para serviros!

¿Pues qué haré, Dios mio, qué haré? Conozco verdaderamente que no merezco parecer delante de Vos, ni alzar los ojos á miraros. ¿Mas, adónde iré, adónde me esconderé de Vos? ¿Por ventura no sois Vos mi padre, y padre de misericordias, las cuales no tienen tasa ni medida? Porque aunque yo he dejado de ser hijo, Vos no habeis dejado hasta ahora de ser padre; y aunque yo he hecho por donde me podais condenar, Vos no habeis perdido por donde me podeis salvar. ¿Pues, qué otra cosa puedo hacer sino echarme á vuestros pies y pedir os misericordia? A quién llamaré, á quién me socorreré sino á Vos? ¿Por ventura no sois mi criador, mi hacedor, mi gobernador, mi redentor, mi librador, mi rey, mi pastor, mi sacerdote, y mi sacrificio? ¿Pues á quién iré, ó dónde huiré sino á Vos? Si Vos me desechais, quién me recibirá? Si Vos me

desamparais ¿quién me amparará? Reconoced, Señor mio, esta oveja descarriada que se vuelve á Vos. Si vengo llagado, Vos me podeis sanar; si ciego, Vos me podeis alumbrar: si muerto, Vos me podeis resucitar: si sucio, Vos me podeis limpiar. *Me rociareis, Señor, con hisopo, y seré limpio: me lavareis, y me pararé mas blanco que la nieve.* Mayor es vuestra misericordia, que mi culpa; mayor vuestra piedad, que mi maldad: y mas podeis Vos perdonar, que yo pecar. Pues no me desprecieis, Señor, ni mireis á la muchedumbre de mis pecados, sino á la de vuestras misericordias. Vos que vivis y reinais en los siglos de los siglos. Amen.

Meditacion muy devota para exercitarse en ella el dia de la sagrada Comunión.

Si todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra se hiciesen lenguas, y todas ellas me ayudasen á daros, Señor, gracias por el beneficio que hoy me habeis hecho, es cierto que no os las podria dignamente dar. ¡O Dios mio y salvador

mio! ¿cómo os alabaré yo porque me habeis querido en este dia visitar y consolar y honrar con vuestra presencia? Aquella santa madre de vuestro Precursor llena del Espíritu Santo, cuando vió entrar por sus puertas á la Virgen, que dentro de sus entrañas os traia, espantada de tan grande maravilla exclamó diciendo: *De dónde á mi tanto bien, que la Madre de mi Señor venga á mi?* ¿Pues qué haré yo vilísimo gusano, viendo que se me ha entrado hoy por las puertas una hostia consagrada, en la cual está encerrado el mismo Dios que allí venia? Con cuánta mayor razon podre esclamar: ¿de dónde á mí tan grande bien, que no la madre de mi Dios, sino el mismo Dios y Señor de todo lo criado haya querido venir á mí? ¿A mí que tanto tiempo fuí morada de Satanás? ¿A mí que tantas veces le ofendí? ¿A mí que tantas veces le cerré las puertas y despedí de mí, por donde merecia nunca mas recibir á quien así deseché? ¿Pues, de dónde á mí, Señor, que Vos Rey de los reyes y Señor de los señores, cuya silla es el cielo, cuyo estrado

real en la tierra, cuyos ministros son los ángeles, á quien alaban las estrellas de la mañana, en cuyas manos están todos los fines de la tierra, hayais querido venir á un lugar de tan estraña bajeza? Otra vez, Señor mio, quereis descender al infierno? Otra vez quereis ser entregado en manos de pecadores? Otra vez quereis nacer en un establo de bestias? Bien parece, Dios mio, que el mismo corazon que teniais entonces teneis ahora: pues lo que hicisteis una vez por los pecadores, eso haceis cada dia por ellos.

Y si de otra manera alguna me visitarais, todavia fuera esta grande misericordia; mas que Vos, Señor, hayais querido no solo visitarme, sino entrar en mí, y morar en mí, y transformarme en Vos, y hacerme una cosa con Vos por una union tan admirable, que vino á ser comparada, como Vos la comparasteis, con aquella altísima union, que Vos teneis con vuestro soberano Padre, ¡qué cosa mas admirable! Maravíllase el rey David de que Vos, Señor, quisieseis acordaros del hombre, y poner en él vuestro corazon. ¡Pues

cuán mayor maravilla es que Dios quiera no solo acordarse del hombre, sino hacerse hombre por el hombre! ¡y morar con el hombre! ¡morir por el hombre! ¡y darse en mantenimiento al hombre! ¡y hacerse una misma cosa con el hombre! Maravíllase el rey Salomon que quisiese Dios morar en aquel templo en que tantos años habia edificado; ¡Pues, cuanta mayor maravilla es que ese mismo Señor de los cielos, por otra mas excelente manera quiera morar en una tan pobre ánima, que apenas trabajó un día en aparejarle la posada! Maravíllase toda la naturaleza criada de ver á Dios hecho hombre, de verle bajar del cielo á la tierra, y andar nueve meses encerrado en las entrañas de una doncella, y es razon que se maraville; pues esta fué tan grande maravilla. Mas aquellas entrañas virginales estaban llenas del Espíritu Santo, estaban mas limpias que las estrellas del cielo; y así aparejaron morada digna para Dios. Mas que este mismo Señor quiera morar en las mias, que son mas impuras que el cieno, mas oscuras que la noche, ¿cómo no ser,

esta, grande maravilla? O bendigan os, Señor, los ángeles por tan alta gracia y por tan grande misericordia. Bien parece que sois sumamente bueno; pues sois sumamente comunicativo de Vos mismo, pues tal y tan admirable medio buscasteis para hacernos buenos.

¿Pues qué será si con todo esto se junta el beneficio que en nosotros obra y significa este divino sacramento? ¡O cuan alegres nuevas me dá de Vos, Señor, este venerable misterio! Traeme firmado de vuestro nombre, que sois mi padre, y no solamente padre sino tambien esposo dulcísimo de mi ánima. Porque oigo decir que el efecto principal de este Sacramento, es mantener y deleitar las ánimas con espirituales deleites, y hacerlas una cosa con Vos. Pues si esto es asi, y por las obras se ha de juzgar el corazon; ¿de cuál corazon salió tal obra como esa? Porque regalo no suele ser de señor á siervo, sino de padre á hijo, y aun hijo chiquito y tiernamente amado. Porque á tal padre pertenece no solo proveer á su hijo de lo necesario para la vida, sino tambien de cosas que sirven

para su recreacion. Pues tal efecto de amor como éste quedaba, Señor, por descubrir al mundo, y éste se guardaba para el tiempo de vuestra venida y para la buena nueva del Evangelio. De suerte que en la otra manera de sacramentos y beneficios me dais á entender, que sois mi rey, y mi salvador, y mi pastor y mi médico. Mas en éste, donde por una tan alta manera os quisisteis ayuntar con mi ánima y regalarla con tan maravillosos deleites, claramente dais á entender que sois esposo de mi ánima, que sois mi padre, padre que tiernamente ama á su hijo. Esto me da á entender el efecto de este Sacramento: estas nuevas me dá de Vos. No hay doblez, Señor, en vuestras obras; lo que muestran por de fuera, eso mismo tienen de dentro. Pues por este efecto conozco la causa: por esta obra juzgo vuestro corazón de este tratamiento y regalo que me haceis, tomo informacion para conocer el corazón, que para conmigo teneis. Porque si aquel maná que tenia en sí todo género de sabor y suavidad, declaraba la suavidad y dulzura de vuestro co-

razon para con vuestros hijos: ¿cuánto
 con mayor razon se dirá lo mismo de este
 divinísimo maná, pues tiene tanto mayor
 suavidad? ¡O manjar del cielo, pan de
 vida, fuente de deleites, veneno de virtu-
 des, muerte de vicios, fuego de amor,
 medicina de salud, refeccion de las ani-
 mas, salud de los espíritus, convite real
 de Dios, y gusto de la felicidad eterna!
 ¿Pues qué diré, Dios mio? ¿Qué gracias
 os daré? ¿Con qué amor os amaré por es-
 te tan grande beneficio? Si Vos, siendo el
 que sois, asi amais á mi vilísimo y mise-
 rable gusano, ¿cómo no amaré yo á Vos,
 esposo altísimo y novilísimo de mi ánima?
 Ameos yo, pues, Señor; codíceos yo: có-
 maos yo, y bébaos yo, ¡O dulcedumbre
 de amor! ¡O amor de inestimable dulce-
 dumbre! Cómaos mi ánima, y del licor
 suavísimo de vuestra dulcedumbre sean
 llenas mis entrañas. ¡O caridad, Dios mio!
 ¡Miel dulce, leche muy suave, manjar de-
 leitable y manjar de grandes! Hacedme
 creer en Vos, para que pueda yo gozar
 dignamente de Vos. Hijos de Adan, lina-
 ge de hombres ciegos y engañados, ¿qué

haceis? en qué andáis? qué buscáis? Si amor buscáis, este es el mas noble y mas dulce que hay. Si deleites buscáis, estos son los mas suaves, mas fuertes y mas castos que pueden ser. Si riquezas buscáis, aquí está el tesoro del cielo, y el precio del mundo y piélago de todos los bienes. Si honras quereis, aquí está toda la magestad de Dios, que os viene á honrar.

Admitido, pues, yo ya á esta compañía, asentado á esta mesa, recibido en estos brazos, regalado con tales deleites, obligado con tantos beneficios, y sobre todo preso con tan fuertes lazos de amor, desde aqui, Señor, renuncio todos los otros amores por este amor. Ya no haya mas mundo para mí, Yo no mas pompa del siglo para mí. Vayan, vayan fuera de mí todos estos falsos y lisongeros bienes, que solo este es verdadero y sumo bien. El que come pan de ángeles no es razon que se cebe de deleite de bestias; el que ha recebido á Dios en su morada, no es razon que admita en ella cosa vana. Si una muger de baja suerte viniese á casar con un rey, luego despreciaría el sayal y to-

das las bajezas pasadas, y en todo se trataria como muger de quien es. Pues si á esta dignidad ha llegado mi ánima, por medio de este Sacramento, ¿cómo se bajará ya á la vileza del trage viejo de las costumbres pasadas? ¿Cómo abrirá la puerta de su corazon á pensamientos de mundo, quien dentro de si recibió al Señor del mundo? ¿Cómo dará lugar en su ánima á cosa profana, habiendo ya sido consagrada y santificada con la presencia divina? No consintió Salomon que la hija del rey Faraon, su muger, morase en su casa por haber estado en ella un poco de tiempo el Arca del Testamento, aunque ya no estaba. Pues si éste tan sábio Rey no quiso que su propia muger, y muger tan principal, pusiese los pies en el lugar donde habia estado el Arca de Dios por ser de linage de gentiles, ¿cómo consentiré yo que cosa gentil y profana entre en el corazon donde estuvo el mismo Dios? ¿Cómo recibirá pensamientos y deseos de gentiles el pecho donde Dios moró? ¿Cómo hablará palabras torpes y vanas la lengua por donde Dios pasó? Si por haber

ofrecido el mismo rey Salomon sacrificio en el portal del templo, dejó aquel lugar santificado para que no pudiese ya servir de cosa profana, ¿cuánto mas razon será que lo sea mi ánima, pues dentro de ella se recibió aquel á quien todos los sacrificios y sacramentos de la ley significaban? Y pues tan honrado me dejais, Señor, con esta visitacion, dadme gracia para que pueda yo suplir esta honra que Vos me disteis. Nunca jamás disteis á nadie honra, sin darle gracia para mantenerla; y pues aquí me habeis honrado tanto con vuestra presencia, santificadme con vuestra virtud, para que asi pueda yo cumplir con este cargo. Asi lo hicisteis siempre en todos los lugares en que entrasteis. Entrasteis en las entrañas virginales de vuestra Sacratísima Madre: y asi como la levantasteis á inestimable gloria, asi le disteis inestimable gracia para mantenerla. Entrasteis, estando aun en esas mismas entrañas encerrado, en casa de santa Isabel, y alli con vuestra presencia santificasteis, y alegrasteis su hijo y enchisteis su madre del Espíritu Santo. Entrasteis en el

mundo á conversar con los hombres; y asi como los ennoblecisteis con vuestra venida, así lo reparasteis, y santificasteis con vuestra gracia. Entrasteis despues en el infierno, y del mismo infierno hicisteis paraíso, beatificando con vuestra presencia á los que honrasteis con vuestra visitacion. Y no solo Vos, Señor, mas el arca del testamento que no era mas que sombra de este misterio, entró en casa de Obededon, y luego echasteis vuestra bendicion sobre ella, y sobre todas sus cosas, pagando con tan rica mano la hospederia que allí se os hacia. Y pues habeis querido, Señor, tambien entrar en esta pobre morada, y ser hospedado en ella, comenzad ya á bendecir á la casa de vuestro siervo, y á darme con que yo pueda responder á esta honra, haciéndome digna morada vuestra. Quisiste que yo fuese como aquel santo sepulcro, en que vuestro sagrado cuerpo fué depositado: dadme las condiciones que tenia este sepulcro, para que pueda yo ser aquello para que Vos me eligisteis. Dadme aquella firmeza de piedra, y aquel sudario de humildad; y

aquella mira de mortificacion con que muera á todos mis apetitos y propias voluntades, y viva á Vos. Quisisteis que yo fuese como una arca del testamento en que Vos moraseis; dadme gracia para que asi como en aquella arca no habia otra cosa mas principal que las tablas de la ley, asi dentro de mi corazon no haya otro pensamiento, ni deseo, sino de vuestra santísima ley. Quisiste darme á entender, en este sacramento, que erais mi padre, pues asi me tratabais como á hijo, é hijo tiernamente amado; dadme gracia para que pueda yo responder á este beneficio, amandoos no solo con amor fuerte: sino con amor tan tierno, que todas mis entrañas se derritan en vuestro amor, y la memoria sola de vuestro dulce nombre baste para enternecer y derretir mi corazon. Dadme tambien para con Vos espíritu y corazon de hijo, que es espíritu de obediencia, y de reverencia y de amor y de confianza; para que en todos mis trabajos acuda luego á Vos con tanta seguridad y esperanza, como acude el hijo fiel á un padre que mucho ama. Quisis-

teis, sobre todo esto descubrir á mi ánima en este sacramento; amor de esposo á esposa, y tratarme como á tal; dadme pues ese mismo corazon para con Vos, para que así os ame yo con amor fiel, con amor casto, con amor entrañable, y con amor tan fuerte, que ninguna cosa me pueda apartar de Vos. Esposo castísimo de las ánimas, estended esos dulces y amorosos brazos, y abrazad mi ánima de tal manera con Vos, que ni en vida, ni en muerte se aparte jamás de Vos. Para esta union ordenasteis este sacramento, porque sabiais cuanto mejor estaba la criatura en Vos, que en sí: pues en Vos estaba como en Dios, y en sí estaba como en una flaca criatura. La gota de agua que está por sí al primer aire se seca; mas echada en la mar, y juntada con su principio, permanece para siempre. Sacadme, pues, Señor, de mí, y recibidme en Vos, porque en Vos vivo, y en mí muero; en Vos permanezco y en mí desfallezco; en Vos soy estable, en mí transitorio y corruptible. No os vais, ó buen Jesus, no os vais. Quedaos, Señor, con nosotros, por-

que viene la tarde y se cierra ya el día.

Y pues me ha cabido tan dichosa suerte como es teneros hoy en mi casa, donde tanta oportunidad tengo para negociar con vos á solas mis negocios, no será razon perder esta buena coyuntura. No os soltaré Señor mio, de los brazos; con Vos lucharé toda la noche hasta que me deis vuestra bendicion. Mudadme, Señor, el nombre viejo, y dadme otro nuevo, que es otro nuevo ser y otra nueva manera de vivir. Encojadme el un pié, y dejadme al otro sano, para que desfallezca en mí el amor del mundo, y quede sano y entero vuestro amor; porque desterrados ya, y muertos todos los otros amores y deseos mundanos, á Vos, Señor ame, á Vos solo desee, en Vos solo piense, con Vos solo more, á Vos solo viva, en Vos estén todos mis cuidados y pensamientos, á Vos acuda en todos mis trabajos, y de Vos reciba todos los socorros. Que vivís y reináis en las siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION.

*Para ejercitarse antes de la sagrada
Comunion.*

¿Quién sois Vos y quien soy yo, Señor mio, para que me ose llegar á Vos? ¿Qué cosa es el hombre para que pueda recibir en sí á Dios su hacedor? ¿Qué es de si el hombre sino un vaso de corrupcion, hijo del demonio, heredero del infierno, obrador de pecados, menospreciador de Dios, y una criatura inhábil para todo lo bueno, y poderosa para todo lo malo? ¿Quién es el hombre sino un animal en todo miserable, en sus consejos ciego, en sus obras vano, en sus apetitos sucio, en sus deseos desvariado, y finalmente en todas las cosas pequeño, y en sola su estima grande? ¿Pues cómo una tan vil y sucia criatura se osará llegar á un Dios de tan grande magestad? Las estrellas no estan limpias ante vuestro acatamiento: las columnas del cielo tiemblan delante de

Vos: lo mas alto de los serafines encogen las álas, y se tienen por unos viles gusanillos en vuestra presencia; pues ¿cómo os osará recibir dentro de sí una tan vil y baja criatura? El santo Bautista, desde las entrañas de su madre santificado, no osa tocar vuestra cabeza, ni se halla digno de desatar la correa de vuestro zapato: el Príncipe de los Apóstoles dá voces y dice: *Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecador*: ¿y osaré yo de llegar me á Vos, tan cargado de pecados? Si aquellos panes que estaban sobre la mesa del templo que no eran mas que una sombra de este misterio, no podia comer sino quien estuviese limpio y santificado, ¿cómo me atreveré yo á comer del pan de los ángeles estando tan pobre de santidad! Aquel cordero pascual, que no era mas que figura de este sacramento, mandaba Dios que se comiese con pan cenceño, y con lechugas amargas, calzados de zapatos y ceñidas las renes; pues ¿cómo osaré yo llegar me al verdadero cordero pascual sin tener nada de este aparejo? ¿Qué es de la pureza del pan cen-

ceño sin levadura de malicia? ¿Qué es de
 las lechugas amargas de la verdadera con-
 tricion? ¿Dónde está la pureza de las re-
 nes, y la limpieza de los pies, que son
 los buenos deseos? Temo, y mucho temo,
 como seré recibido en esta mesa, si me
 falta este aparejo. De esta mesa fué des-
 echado aquel que no se halló con ropa de
 bodas, que es la caridad, y atado de pies
 y manos fue mandado echar en las tinie-
 blas exteriores. Pues, ¿qué otra cosa es-
 pero yo, si de esta manera me hallase en
 este convite? ¡O divinos ojos, á los cua-
 les están abiertos y desnudos todos los
 rincones de nuestras ánimas! ¿qué será de
 la mia, si ante ellos paraciere sin esta
 vestidura. Tocar el arca del Testamento
 cuando se queria caer, fué cosa tan grave,
 que el sacerdote que la tocó fué luego cas-
 tigo con arrebatada muerte; pues ¿có-
 mo no temeré yo el mismo castigo, si re-
 cibiere indignamente al que por aquella
 arca era figurado? No hicieron los Bethsa-
 mitas mas que mirar curiosamente esta
 misma arca, cuando pasaba por sus tier-
 ras, y por solo este atrevimiento dice la

escritura que mató Dios cincuenta mil hombres del pueblo. Pues, ¡ó misericordioso y terrible Dios! ¡cuanto mayor cosa es vuestro sacramento que aquel arca! ¡y cuanto mayor cosa es recibirlo que mirarlo! Pues, ¿cómo no temblaré yo cuando me llegare á recibir un Dios de tan grande majestad y justicia?

Y si tanta razon tengo para temer considerando vuestra grandeza, ¿cuánto mas debo temer considerando mis pecados y mi malicia? Tiempo hubo, y plega á vuestra misericordia no lo sea tambien ahora, cuando la cosa mas olvidada y menos amada de mi corazon érades Vos, hermosura infinita; y cuando el polvo de las criaturas tenia yo en mas que el tesoro de vuestra gracia, y la esperanza de vuestra gloria. La ley de mi vida eran mis deseos la obediencia tenia dada á mis apetitos: y no tenia mas cuenta con Vos, que si nunca os conociera. Yo soy aquel necio que dijo en su corazon; no hay Dios; porque de tal manera viví un tiempo, como si creyera que no lo habia. Nunca por vuestro amor trabajé: nunca por vuestra jus-

ticia temí; nunca por vuestras leyes me aparté de lo malo: nunca por vuestros beneficios os dí las gracias que debía: nunca por saber que Vos estabais en todo lugar presente, dejé de pecar delante de Vos: todo lo que mis ojos desearon les concedí; y no fuí á la mano á mi corazon; para estorbarle alguno de sus deleites. ¿Qué género de maldades hay por donde no haya pasado mi malicia? ¿Qué otra cosa fué mi vida, sino una contradiccion y guerra contra Vos, y una renovacion de todos los martirios que pasasteis por mí? ¿Qué hice las otras veces que comulgué y acabando de comulgar os ofendí, sino escarneceros con los soldados, que por una parte hincadas las rodillas os adoraban, y por otra con la caña os herian? Pues, ¡ó Salvador, y Juez mio! ¿cómo os osaré recibir en una tan vil y sucia morada? ¿Cómo depositaré vuestro sagrado cuerpo en la cama de los dragones, y en el nido de las serpientes? ¿Qué cosa es el ánima llena de pecados, sino una casa de demonios, un establo de bestias, un cenagal de puercos, y un muladar de todas las inmundi-

cias? Pues, ¿cómo estareis Vos, pureza
 singular, y fuente de hermosura, en lu-
 gar tan abominable? ¿Qué tiene que ver
 la luz con las tinieblas? ¿y la compañía
 de Dios con la de Belial? ¡O flor del cam-
 po y azucena de los valles! ¿cómo quereis
 Vos ahora ser hecho manjar de bestias?
 ¿Cómo se ha de dar este divino manjar á
 los perros, y esta tan preciosa margarita
 á los puercos? ¡O amador de las ánimas
 limpias que os apacentais entre los lirios
 mientras dura el dia y se inclinan las som-
 bras! ¿Qué pasto os podré yo dar en este
 corazon, donde no nacen estas flores, sino
 zarzas y espinas? Vuestro lecho es de ma-
 dera de líbano, las columnas tiene de
 plata, el reclinatorio de oro, y la subida
 de púrpura. No hay en esta casa ninguno
 de estos colores: pues qué silla os daré
 yo cuando entreis en ella? Vuestro sa-
 grado cuerpo fué envuelto en una sábana
 limpia, y sepultado en un sepulcro nuevo,
 donde nadie habia sido sepultado; pues
 ¿qué parte hay en mi ánima que sea lim-
 pia y nueva, donde os pueda yo sepultar?
 ¿Qué ha sido mi hoca, sino sepultura

abierta por donde salia el hedor y corrupcion de mis pecados? ¿qué mi corazon, sino fuente de malos deseos? ¿qué mi voluntad sino casa y cama del enemigo? Pues ¿cómo osaré yo llegarme con estos lábios sucios, y con este aparejo á recibirlos y daros paz? ¡O redentor mio! confundome de verte tal. Avergüénzome de ver cual voy á los brazos del esposo del cielo, que de nuevo me quiere recibir. Conozco, Señor Dios mio, mi indignidad, y conozco vuestra gran misericordia. Esta es la que me dá atrevimiento para llegarme á Vos, tal cual estoy. Porque mientras mas indigno fuere yo, mas glorificado quedais Vos en no desechar y tener asco de tan sucia criatura. No desechais, Señor, los pecadores: ántes los llamais y atraeis á Vos. Vos sois el que dijisteis: *Venid á mi todos los que estais trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio.* Vos dijisteis: *No tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos; y no viene á buscar á los justos, sino á los pecadores.* De Vos públicamente se decia que recibiais los pecadores, y comiais con

ellos. No habeis mudado, Señor, la condicion que teniais entonces; y por eso creo que ahora tambien llamais desde el cielo á los que entonces llamabais en la tierra. Pues yo, movido por este piadoso llamamiento, vengo á Vos cargado de pecados, para que me descargueis; y trabajado con mis propias miserias y tentaciones, para que me deis refrigerio. Vengo como enfermo al médico para que me sane, y como pecador al justo, fuente de la justicia, para que me justifique. Dicen que recibis los pecadores y comeis con ellos, y que vuestro manjar es la conversacion de los tales. Si tanto os deleita ese convite, veis aqui un pecador con quien podeis comer de ese manjar. Bien creo, Señor, que os deleitaron mas las lágrimas de aquella pública pecadora, que el convite soberbio del Fariseo; pues no menospreciasteis sus lágrimas, ni la desechasteis por pecadora: sino antes la recibisteis, y la perdonasteis; y la defendisteis, y por unas pocas de lágrimas la perdonasteis muchos pecados. Aqui se os pone, Señor, otra nueva ocasion de mayor gloria, que

es un pecador con mas pecados y menos lágrimas. No fué aquella la última de vuestras misericordias, ni la primera. Otras muchas tales tenias hechas, y otras muchas os quedan por hacer. Entre ahora esta en la cuenta de ellas, y perdonad á quien mas os ha ofendido y menos llora porque os ofendió. No tiene tantas lágrimas que basten para lavar vuestros pies; mas Vos teneis derramada tanta sangre, que basta para labar todos los pecados del mundo. No os indignéis, Dios mio, porque estando tal, cual me veis, me oso llegar á Vos. Acordaos que no os indignasteis cuando aquella pobre muger, que padecia flujo de sangre, se llegó á recibir el remedio de su enfermedad, tocando el hilo de vuestra vestidura: antes la consolasteis y esforzasteis diciendo: *Confía hija, que tu fe te hizo salva.* Pues como yo padezca otro flujo de sangre mas peligroso y mas incurable que este, ¿qué puedo hacer, sino llegarme á Vos para recibir el beneficio de mi salud? No habeis mudado, Señor mio, la condicion, ni el oficio que teniais en la tierra, aunque os

subisteis al cielo. Porque si así fuera, otro evangelio hubieramos menester, que nos declarará la condición que teneis allá, si fuera diferente de la de acá. Leo, pues, en vuestros evangelios, que todos los enfermos y miserables se llegaban á tocaros; porque de Vos salia virtud que sanaba á todos. Á Vos se llegaban los leprosos, y Vos estendiais vuestra bendita mano y los limpiabais. A Vos venian los ciegos, á Vos los sordos, y á Vos los paralíticos: á Vos los mismos endemoniados: á Vos finalmente acudian todos los monstruos del mundo, y á ninguno de ellos os negasteis. En Vos solo está la salud, en Vos la vida, en Vos el remedio de todos los males. Tan piadosos sois para querer dar salud, cuan poderoso para darla. Pues ¿á dónde iremos los necesitados sino á Vos?

Conozco, Señor, verdaderamente que este divino Sacramento no es solo manjar de sanos, sino tambien medicina de enfermos; no solo es fortaleza de vivos, sino resurrección de muertos: no solo enamora y deleita los justos, sino tambien sana y purifica los pecadores. Cada uno

se llegue segun pudiere, y tome de ahí la parte que le partenece. Téguense los justos á comer y gozar en esta mesa, y suene la voz de confesion y alabanza en este convite: yo me llegaré como pecador y enfermo á recibir este cáliz de mi salud. Por ninguna via puedo pasar sin este misterio, y por ninguna parte me puedo de él escusar. Si estuviere enfermo, aqui me curarán; y si sano, aqui me conservarán. Si estuviere vivo aqui me esforzarán: y si muerto, aqui me resucitarán. Si ardiere en el amor divino, aqui me abrasarán; y si estuviere tivo, aqui me calentarán. No desmayaré por verme ciego: porque el Señor alumbra los ciegos: no por verme caido; porque el Señor levanta los caidos. No huiré de él, como hizo Adan por verse desnudo; porque él es poderoso para cubrir mi desnudéz; no por verme sucio y lleno de pecados; porque él es fuente de misericordia: no por verme con tanta pobreza; porque él es Señor de todo lo criado. No pienso que le hago en esto injuria, antes le doy ocasion, mientras mas miserable, fuere, para que

resplandezca mas su misericordia en mi remedio. Las tinieblas del ciego desde su nacimiento sirvieron para que resplandeciese mas en él la gloria de Dios; y la hajeza de mi condicion servirá para que se vea cuan bueno es aquel que, siendo tan alto, no desdeña cosas tan bajas. Especialmente que no se tiene aqui respeco á mi sino á los méritos de mi Señor Jesucristo, por los cuales el Eterno Padre ha por bien de tomarme por hijo, y tratarme como á tal. Pues por esto, os suplico, clementísimo Padre, nuestro Salvador, que pues el santo Rey David asentaba á su mesa un hombre tullido y lisiado, porque era hijo de aquel grande y muy preciado amigo suyo Jonatás, queriendo en esto honrar al hijo, no por sí, sino por los méritos de su Padre: asi Vos, eterno Padre, tengais por bien asentar á este pobre y disforme pecador á vuestra sagrada mesa: no por sí, sino por los merecimientos de aquel tan grande amigo vuestro Jesucristo, nuestro segundo Adán y verdadero Padre. El cual con Vos vive y reina en los siglos de los siglos Amen.

EL HOMBRE PUEDE SER FELIZ EN LAS DIVER-
SAS SITUACIONES DE LA VIDA.

CAPITULO PRIMERO.

De la felicidad en la adversidad.

Cuanto mas acostumbrado está el hombre á recibir los favores de la fortuna, tanto mas difícil, lo es tolerar sus reveses fatales. En la adversidad siempre se queja de tres cosas que le son igualmente sensibles. La primera es la de verse privado de los bienes que habia adquirido con tantas fatigas, y conservado con tantos desvelos. La segunda la de que la pérdida de estos bienes, le quita el goce de los placeres. Y la tercera la de verse desposeido repentinamente de los honores, á que le habia elevado la fortuna.

En punto á la pérdida de los bienes, digo, que el hombre sábio jamas debe tener sentimiento alguno, que sea opuesto á la razon, ó á la naturaleza; porque toda

fatalidad que le suceda en cosas que no puede llamarse un mal realmente; corrija su opinion, y se consolará bien pronto, hallando toda su felicidad dentro de si mismo.

Las riquezas poséen mucho mas al hombre, que el hombre á las riquezas. Aun cuando tuviese á su disposicion todas las minas de oro, nunca seria por esto mas feliz, porque siempre tendria que dejarlas con la vida; esta es la razon porque antes que la necesidad le obligue, debe desprenderse de ellas voluntariamente: no quiero decir que aquel á quien la Providencia haya dado riquezas, no haya de disfrutar las ventajas que puedan ofrecerle: le prohibo solo que sienta tan amargamente su pérdida, cuando por algun accidente imprevisto se le escapen de las manos. Consiento, desde luego, en que ocupen su casa si le pertenecen legítimamente; pero no su corazon, porque no es verdaderamente feliz aquel á quien causan envidia las riquezas: asi, pues, no debe esperar á que se las arrebathe la muerte, ni otro accidente de cualquiera, sino que debe, por

de cirlo de esta suerte ocultarlas asi mismo,

El que se vea perseguido por una suerte adversa, no debe mirar el esplendor de los que sean favorecidos de la fortuna sino la miseria de los que se hallen en mayor desgracia que la suya; debe preferir las delicias del alma á los placeres sensuales del cuerpo; y convertir la pobreza en riquezas, contentándose con una vida frugal, porque para aplacar el hambre no se necesita comer en una mesa de treinta cubiertos. ¿No se puede apagar la sed por ventura, sino bebiendo en una copa guarnecida de diamantes? ¿Es caso indispensable que las casas sean construidas de mármol para habitarlas? ¿Hay necesidad de que un vestido esté bordado de oro para defendernos de las injurias del tiempo?

Es mucho mas ventajoso buscar las riquezas de la virtud, de que no pueden privarnos las desgracias, ni la muerte misma. ¿Por qué quejarse de la pobreza, teniendo en nuestro corazon el reino de Dios? El sumo bien ecsiste en aquel que embebe en sí los demas bienes; y para

despreciar los de la fortuna es preciso pensar con frecuencia en la muerte,

El hombre que ama con pasión los placeres queda inconsolable, apenas la adversidad los separa de su casa. ¡O insensato! ¿Tu que á cada paso te compadeces de los jóvenes, porque se desviven por este veneno agradable, que tienen por el verdadero bien, te quieres parecer á ellos? ¿No es ya tiempo de que reconozcas que, por entregarte todo á tus deseos impuros, has abandonado las cosas mas preciosas? Vuelve en ti mismo, y si tienes una sed an grande de placeres, considera que Dios te los tiene preparados en el cielo, que durarán eternidades. ¿Quisieras privarte por un gusto momentaneo de una felicidad tan sin límites? ¿Dónde está tu corazón? Mira al cielo, y considera la bienaventuranza de sus habitantes: cuando estos vivian en la tierra humedecian el pan que comian con sus lágrimas, sufrían compaciencia su pobreza, dormían á la intemperie, pasaban la noche toda en oracion, se privaban de todas las diversiones, y se abrian el camino del cielo, sufriendo la

llana y el cuchillo de los tiranos y de los verdugos. Mira al infierno, y verás la multitud desesperada de los condenados, sepultados en estos abismos para siempre, que habiendo abrazado los vanos placeres recorocen ahora el error que cometieron: contempla con horror estos objetos horribles y forma tu felicidad de su desgracia.

No se debe sentir mas la pérdida de los honores que la de las riquezas y los placeres. El título mismo de Emperador no es nada en comparacion de la cualidad de hijo de Dios. Remóntate á tu origen, cristiano y sabe conservar las ventajas de tu nobleza, mirando con desprecio las vanidades de la tierra. Si la miseria que está aneja á la dignidad de los monarcas fuese bien conocida de los hombres, no combatirán con tanto ardor por la gloria de reinar, y habria mas coronas que reyes. ¿De qué te servirán para tu salud los honores quiméricos de la tierra, cuando hayas de comparecer en el tribunal de la justicia de Dios? Piensa en vivir santamente, para que puedas lograr los efectos de su misericordia, porque el que es humilla-

do entre los hombres, será ensalzado entre los ángeles.

CAPITULO II.

De la felicidad en la opresion.

La paciencia es la virtud que nos es mas necesaria, porque es la de que necesitamos usar con mas frecuencia. *Melior est vir patiens viro forti, &c.* Ella es la que nos enseña á sufrir con mucha firmeza y superioridad de espíritu, la pérdida de nuestros bienes, la persecucion, las enfermedades y todas las demas desgracias.

La vida del hombre es una guerra perpetua, porque no pasa dia ninguno sin que tenga que sostener algun combate: si se ve libre de enemigos por defuera, tiene por dentro de las pasiones que le tiranizan. Nuestra vida principia siempre con lágrimas, *suspiramus gementes, flentes in hac lacrimarum valle.* Se han visto muchos hombres que no se han reido nunca: pero no se ha visto todavia ninguno

que no haya llorado alguna vez. Para aumentar nuestro valor contra el poder de nuestro enemigo, debemos llamar á Dios en nuestro socorro, y de esta suerte no nos será difícil conseguir la victoria, si quiere abrazar nuestra defensa. *Quia tu es Deus fortitudo mea.* Todo el poder de los hombres reunidos tienen menos fuerza contra Dios, que una caña tierna contra la impetuosidad de los vientos. La muerte misma no tiene nada de horrible para el que está en su gracia, respecto á que para los justos no es sino un tránsito para la bienaventuranza eterna; y si es verdad que el hombre justo habla á Dios con esta confianza; yo no temeré nada, Señor, aun cuando camine entre las sombras de la muerte, en cuanto Vos esteis conmigo. El teme mucho menos á los demonios, llevando en su seno á aquel en cuya presencia tiemblan, pues que la sagrada escritura nos dice en muchos lugares que el corazon del justo es el templo del Señor.

○ Desgraciado aquel que jamás haya experimentado las adversidades de la fortuna; porque los médicos mismos dicen, que

no hay una cosa tan peligrosa, como el haber gozado una salud muy robusta, y aun los marineros desconfian tambien mucho de una grande calma. Si nuestros enemigos nos persiguen es preciso combatirlos con las armas de la paciencia y del desprecio; porque no hay victoria sin combate, ni triunfo sin victoria: si ha sido necesario que el Salvador del mundo haya sufrido para que entremos en el reino de su gloria. ¿podremos nosotros pretender tener parte en este reino, sino procuramos imitarle en sus penas y sufrimientos? La virtud consiste en hacer el bien y en sufrir con paciencia el mal: las señales, pues, de la virtud son la resignacion con la voluntad de Dios, la paciencia en la opresion y la caridad con nuestros enemigos. El sábio sufre lo que no puede evitar que le suceda, y si alguno ataca á su honor ó á su fortuna, le perdona á imitacion del Padre eterno, que hace lucir al Sol lo mismo para los justos que para los pecadores. Nunca se admira de que un pérfido ejecute acciones malas, porque sabe muy bien que donde hay hombre es

preciso que haya malos, y que Dios se sirva muchas veces de la malicia y perversidad de estos, para experimentar la virtud de los buenos.

Cuando un cristiano se vea perseguido, no debe pensar en el mal que sufre, sino en el que él haya causado á otros, y si quiere hacer justicia imparcialmente, reconocerá que sus faltas merecen un castigo todavia mas riguroso. Cuando Dios castiga al pecador, lo hace solo para corregirlo; porque cuando suspende el castigarlo, es señal de que lo reserva para hacerle sufrir mayores males. ¿Cómo puede conocer su virtud el que se deja abatir en la opresion? El cristiano que con tanta frecuencia consuela en su afliccion á sus amigos, ¿se recusará á sí mismo los remedios, con que procura aliviar á los demas? Si nos manifestamos tan reconocidos al cirujano, que cauteriza nuestra llaga por salvarnos la vida; si le pagamos con tanta generosidad sus visitas, no debemos dar gracias á Dios y creernos bienaventurados, cuando nos hace una herida para curarnos? ¿No es un error el creer un mal lo que real-

mente es un remedio? La perseverancia es la perfeccion de todas las virtudes. Se prometen laureles á los que entran en la carrera; pero solo se conceden á los victoriosos. Perdonemos generosamente á nuestros enemigos; abandonemos al Señor la venganza, y escuchemos para suavizar nuestras penas lo que dice la sagrada Escritura á los que lloran oprimidos con el peso de sus aflicciones: *bienaventurados los que sufren con paciencia las persecuciones por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Vosotros sois felices cuando los hombres os aborrecen, os persiguen y os calumnian por mi causa.*

Complaceos en ser perseguidos, porque es muy grande la recompensa que os está preparada en el cielo.

CAPITULO III.

De la felicidad en el cautiverio.

La libertad es una ventaja tan preciosa y natural al hombre, que desde el mo-

mento en que la pierde, de cualquier modo que sea, cree haber caído en el precipicio mas horrendo. Sin embargo, luego que vuelve del aturdimiento en que le dejó su caída, percibe la falsa idea que se habia formado de su mal, y acostumbrándose insensiblemente á su estado, halla recursos en sí mismo de que no se hubiera creído capaz nunca.

Se puede decir que nunca sucede una desgracia real y efectiva á un alma dotada de fortaleza, no porque su constancia la dé un carácter de insensibilidad; sino porque supera con mas facilidad que otra los males inevitables. Como sabe que todo esto proviene de la mano de Dios, bien para probar su virtud, ó bien para castigarla alguna falta, lo sufre con resignacion, y le dá gracias por la suavidad con que la castiga.

El cautivo debe mirar sus cadenas como un instrumento de que Dios se quiere servir para sacarle de la esclavitud del pecado, y consolarse con el ejemplo de Jesucristo mismo, que se vió atar las manos, y conducir al suplicio mas

infame, á pesar de su inocencia.

La magestad misma de los reyes no ha estado exenta del cautiverio; y aun ha habido muchos que no han salido de él, sino por una muerte todavía mas ignominiosa.

Esta, es pues, una desgracia que puede suceder á toda clase de hombres; y nadie ignora la corta distancia que hay entre la elevacion y la caida, entre la abundancia y la pobreza, la alegría y la tristeza, la vida y la muerte.

La virtud se divilita en la prosperidad; pero brilla por la paciencia en la adversidad.

Un cautivo que consagra á Dios su libertad y su vida, forma un espectáculo digno de la presencia de este Ser supremo. ¿Con qué alegría ve triunfar á esta alma fuerte de sí misma y de sus aflicciones? *Spectaculum*, dice el Apóstol, *facti sumus mundo, et angelis, et hominibus*. 1. ad. Cor.

Todos creen, por lo comun, digno de compasion al que está reducido al cautiverio. Sus amigos se conduelen de su

suerte, y sus parientes se desesperan; ¿pero qué hace él durante este tiempo? Se estima feliz, y se complace en haber hallado una ocasion de ejercitar su valor y manifestar su paciencia.

Nadie debe acobardarse en el cautiverio, ni en ninguno otro infortunio de la vida; porque si desde luego hacemos una vigorosa resistencia, y vencemos el primer esfuerzo de la tempestad, podemos decir que la victoria es nuestra; y despues que la hemos conseguido, advertimos que nada habia de terrible en nuestra desgracia, sino la opinion que habiamos formado de ella.

Respecto á que hay una multitud de hombres, que sufren con resignacion y entereza la ignominia, la pobreza, la calumnia, y otras calamidades de la vida, no podemos decir que es una cosa natural el afligirse estraordinariamente en la desgracia. No hay accidente alguno, que no se pueda tolerar con la constancia, ni dolor que no se calme con el auxilio de la razon; pues, es preciso procurar no hacer los males mayores, que lo que son con la

impaciencia; porque en tanto es el hombre desgraciado, en cuanto se imagina serlo.

Si el cautiverio pudiese minorarse por medio de un dolor continuo, yo aconsejaria á un esclavo que llorase continuamente noche y dia, que se hiriese fuertemente el pecho, y se arrancase los cabellos: pero respecto á que todo esto es inútil, debe armarse de constancia, y sufrir con paciencia su desgracia. El piloto que abandona su timon á la menor ráfaga de viento, ó la impetuosidad de la primera ola, merece que se le reprenda; pero al contrario el que muere con el timon en la mano, sepultado gloriosamente en las aguas, es digno de que se admire su valor.

Es, pues constante, que si el cautivo quiere resignarse con la voluntad de Dios en todos sus trabajos, hará muy feliz su yugo, y romperá sus cadenas con el esfuerzo de su amor; y libre en su mismo cautiverio, alabará al Señor diciendo: *Dirupisti vincula mea, Domine tibi, sacrificabo hostiam laudis.*

CAPITULO IV.

De la felicidad en el destierro.

El amor que naturalmente tienen á su pais todos los hombres, les hace mirar las provincias distantes como una region desagradable, y á sus habitantes como á unos pueblos enemigos de la sociedad. Esta es la causa de que el que ha sido desterrado, por haber cometido alguna accion perjudicial al honor ó interés del estado, siente en extremo dejar su pais nativo, y separarse de sus antiguos hábitos; sin embargo, esta desgracia puede repararse igualmente que todas, si se la quiere aplicar remedio.

Para sacar utilidad del destierro, es preciso resolverse á hacer una abdicacion voluntaria de todas las pasiones afectuosas; y si apartado el desterrado de la compañía de los que fueron la causa, ó los cómplices de su falta, quiere consagrarse únicamente á Dios, nada le impedirá que

sea feliz verdaderamente. No teniendo ya á la vista estos objetos que sedujeron su inocencia, y olvidado de las cosas que le movieron á violar las leyes, recobrará fácilmente su libertad natural, y gustará las dulzuras de un verdadero reposo, oculto en su soledad, y en un profundo recogimiento.

Nada es mas funesto para las costumbres, que el trato y comercio con estos voluptuosos, de que está el mundo lleno: jamas se sale de su compañía con unos sentimientos puros; al contrario, siempre se deja corromper nuestra alma facilmente por el mal ejemplo, y pasa de una falta ligera á otra de mas consecuencia. Un amigo solo que veamos favorecido de la fortuna, despierta nuestra ambicion, y nos inspira inmediatamente el amor á las riquezas: la vista de la avaricia entibia los sentimientos caritativos, que teniamos para con nuestros semejantes: todo conspira á hacernos abandonar la senda de la virtud, tendiéndonos por todas partes las redes del deleite. Si un hombre se retira, por algun tiempo, á su casa para vivir so-

lo, vive sin inquietud, y sin temer las borrascas ni las tempestades; pero si por casualidad algun negocio le obliga á salir de ella, al punto se acompaña con gentes abandonadas á los placeres, y se le presentan las mugeres: toma por diversion el hablarlas y sentarse con ellas á la mesa, y asi se enciende la disolucion insensiblemente: de manera, que habiendo salido este hombre retirado, muy inocente de su casa, vuelve á ella lleno de vicios, y sin percibir su falta, hasta que se encuentra en la soledad de nuevo.

Si en el destierro quiere consolarse fácilmente de verse separado del comercio de su prision, él contemple desde lo alto de su prision el estado triste de los negocios del mundo, y verá los montes inundados de ladrones, el mar cubierto de piratas, la guerra encendida entre todas las potencias de la tierra, los campos sembrados de cadáveres, los rios teñidos de sangre, el vicio triunfante de la virtud, y la inocencia oprimida, á la vista misma de la justicia: entonces esclamará: ¡el mundo es para mi una cárcel, y la soledad un paraiso!

Nos cuentan las historias que un grande número de personajes ilustres se han desterrado voluntariamente de su patria, para ir á buscar en los desiertos los dulces consuelos de la gracia, y entregarse enteramente al amor de Dios, renunciando al mundo y todas sus vanidades, para prepararse mas fácilmente á la muerte. Si estas almas santas han obrado de esta suerte, ¿qué debe hacer un delincuente, que se ha atraído á si mismo la pena del destierro por sus delitos? No debe mirarla como un mal, sino como un remedio, de que se ha querido valer la Providencia para curarle sus inclinaciones criminales, y hacerle entrar en el seno de su verdadera patria, que es el reino de los cielos.

CAPITULO V.

De la felicidad en las enfermedades.

La adhesion que tiene el hombre naturalmente á la vida, es causa de que luego que se ve atacado del menor acceso

de fiebre comience á temer la muerte. Si su enfermedad es peligrosa se aumentan sus inquietudes proporcionalmente: si llega á estar enteramente desauiciado, la incertidumbre de su suerte, la pérdida de la vida, de los honores y de los placeres ponen á su alma inconsolable. *Circuderunt me dolores mortis, et pericula inferni invenerunt me.* Es difícil persuadirse que un hombre acometido de una enfermedad mortal, cercado de una multitud de médicos, asustado con sus pronósticos, aturdido con los lamentos de una familia afligida, enternecido con la vista de estos objetos tan amables, que se ve precisado á dejar para siempre, no es fácil persuadirse, digo, que un hombre en un estado tan lastimoso pueda ser perfectamente feliz; pero para comprehender como puede verificarse esto, es preciso distinguir el alma del cuerpo. Este á la verdad puede estar oprimido con los dolores crueles de una enfermedad aguda; pero en estas aflicciones es en donde mas se manifiesta la alegría del alma, porque aunque está todavía unida á esta carne

mortal, como es de una naturaleza mas fuerte, sabe en algun modo transformarla en sí misma, con especialidad si la gracia ayuda á sus esfuerzos. Esta es la causa de que veamos á los hombres verdaderamente piadosos, recibir la muerte con mas alegria, que la que otros manifiestan en un festin suntuoso.

Dios ha hecho la muerte espantosa á los hombres, para que no se quiten á sí mismos la vida á cada momento; porque si á pesar de esto vemos con tanta frecuencia desgraciados, que se privan voluntariamente de la vida, ¿qué seria si la muerte no tuviese un semblante tan horrible? Siempre que un esclavo fuese castigado por su amo, ó un hijo por su padre; siempre que una muger se viese maltratada por su marido, ó un hombre hubiese perdido sus bienes, les veriamos á todos correr en busca de una cuerda, de un puñal, ó de un veneno para matarse; pero el horror de la muerte nos hace la vida tanto mas amable, cuanto los médicos no tienen remedio para evitar sus golpes.

*Contra vim mortis non est medicamen
in hortis.*

Para temer menos la muerte, necesita un cristiano estar siempre preparado á recibirla, purificando con frecuencia su conciencia del pecado, que es toda la causa del miedo; porque no es tiempo ya de aprender á morir, cuando hay precision de cesar de vivir. Si conserva su alma en este estado de pureza y de inocencia, lejos de parecerle la muerte tan horrible, la mirará solo como un paso para la eternidad, aunque nos parece incesorable: lo cierto es que consuela á los justos del mismo modo que espanta á los pecadores: así pues es preciso considerarla como nuestra libertadora, que sacando á nuestras almas de las prisiones de la carne, las hace gozar de un bien que no puede poseer, ni aun comprehender, mientras que permanezcan cautivas en ella. Se han visto entre los antiguos hombres escelentes, que han deseado mas la muerte que la vida. Desde Jesucristo, ¿cuántos mártires han

cantando alabanzas al Señor entre los brazos de la muerte? Su recuerdo es tan saludable y propio para preservar á nuestras almas del vicio, como la sal para preservar á nuestros cuerpos de la corrupcion en el sepulcro. *Optima philosophia mortis meditatio.* Dios ha querido que la hora de la muerte haya sido incierta, para que cada uno estuviese preparado y dispuesto á salir de este mundo cuando le llegase su hora; es decir, cuando estuviese en estado de comparecer en el tribunal de su justicia, para darle cuenta ecsacta de todas sus acciones.

Velad, porque no sabeis el dia ni la hora en que llegará el dueño de la casa: no sabeis si vendrá al anochecer, á la media noche, ó cuando cante el gallo; guardaos de que os encuentre dormidos cuando venga repentinamente á sorprenderos.

Esta es la razon porque san Agustin exhorta al pecador á que haga inmediatamente penitencia, y á que no diga: *mañana principiaré á vivir bien.* Dios os ha prometido, dice, perdonar; pero

nadie os ha asegurado que vivireis mañana, así, si habeis vivido mal, principiad á vivir bien desde hoy. ¡Insensato! esta noche se os va á quitar la vida; no pregunto qué será de los bienes que teneis; pero si, ¿qué será de vos mismo segun la vida que habeis tenido?

En otra parte dice para consolar al cristiano; el que se ve acometido de una enfermedad, ó de otra afliccion cualquiera, no puede hacer mejor cosa que entrar en lo interior de su corazon, y llamar á Dios á su socorro en este lugar oculto, en donde nadie ve al que llora; ni al que le consuela, y cerrar la puerta de este lugar á la tristeza que pudiera acometerle, humillándose por la confesion de sus culpas: y en fin alabar y glorificar al Señor.

Si el enfermo está penetrado de estos sentimientos, y sufre con paciencia los dolores por el amor de Jesucristo y por espiar sus faltas, no se debe dudar que es feliz en su enfermedad, y aun en la hora de la muerte.

CAPITULO VI.

De la felicidad de la muerte.

Habiendo Dios criado al hombre inocente, le destinó á ser inmortal, y solo le condenó á morir por un justo castigo de su pecado y desobediencia. Siendo pues el pecado quien ha traído la muerte al mundo, debe concebirle un horror extremo el cristiano, y pedir á Dios diariamente que le preserve de morir en él, porque es el colmo de los males. Es preciso que tenga siempre presente la idea tan amarga de la muerte para que este pensamiento pueda separarle de los vanos placeres de esta vida, y hacerle humilde y moderado en la prosperidad, paciente y sufrido en la aflicción, y vigilante y aplicado para hacer buenas obras. ¡O muerte, cuan amarga es tu memoria!

Como el tiempo de la muerte es desconocido al hombre, y está advertido de que le sorprenderá en el momento que menos piense, debe estar preparado á recibirla á todas horas, y vivir cada dia

como si fuese el último de su vida, previniendo por una abdicacion voluntaria de sus inclinaciones el golpe fatal, por el que le separará la muerte de todas las cosas de este mundo.

El hombre que vive tan atento y vigilante sobre sí mismo, muere, por lo comun tranquilo y felizmente en el Señor y á esto se llama gozar de la muerte de los justos.

Las ceremonias de la muerte son mas terribles que la muerte misma. Si pudiésemos apartar de la imaginacion la idea y el horror natural con que la miramos, evitaríamos sin duda la parte principal del mal y nos seria menos horrible. A fin, pues, de separar con paciencia lo que tiene de mas riguroso, es preciso resignarse desde luego con la voluntad de Dios, porque por lo que hace al sentimiento de la muerte como el alma está separada en algun modo del cuerpo, es creible que este no siente ya nada, y que habiendo ya adormecido la naturaleza todas las partes sensibles, y habiéndolas hecho incapaces de sufrimiento quede el hombre como estúpido

El enfermo condenado á muerte, debe pedir á Dios el don de la perseverancia final, sin el que todos los demas dones son inútiles para la salud: mas debe hacerlo lleno de temor, aunque siempre con una firme esperanza de que Dios no privará de los bienes eternos, á los que caminan por el camino de la inocencia, y que despues de haberlos salvado por su misericordia, los hará partícipes de su gloria. Se pondrá á su presencia sometido á su voluntad, y resuelto á morir, le pedirá la gracia de una santa muerte por la muerte preciosa de nuestro Señor Jesucristo, y no en la confianza de sus propios méritos, es decir, que le conceda morir penitente, humilde y con el pensamiento apartado de este mundo, y reconciliado con sus enemigos, fortalecido con su gracia, purificado por medio de sus sacramentos, penetrado de reconocimiento por todas sus beneficencias, y lleno de fé y de un amor ardiente: de esta suerte, feliz en medio de sus sufrimientos, no temerá la muerte, antes bien la deseará, y mirará al cielo con una impaciencia santa por lograrlo.

Este barco tanto tiempo agitado por las olas aspirará en fin á entrar en el cuerpo; esta alma fatigada con las penas de su prision exclamará ardientemente: Dios mio ¿cuándo gozaré de Vos? ¿cuándo lograré veros cara á cara? ¿cuándo estaré en aquel lugar, en que se os ama y bendice por toda una eternidad? ¡Ay de mi! ¡cuan largo es mi destierro! ¿quién me libraré de este cuerpo mortal? ¿quién me dará á las como de paloma, para poder volar al lugar de mi descanso eterno?

Si los Sócrates, los Sénecas y otros muchos paganos han mirado la muerte con un semblante alegre, ¿qué debe hacer el cristiano, cuyo destino es diverso? No debe exclamar en este estado en alta voz: *Señor, tened piedad de mi, segun la estension de vuestra misericordia.* Dios borraré todas las manchas de su iniquidad, le llenará de consuelo y alegría, y abatidas y humilladas por la contricion todas las potencias de su alma, saltarán de gozo, digámoslo asi, despues del perdón de sus culpas. *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

DIÁLOGO

SOBRE LA URBANIDAD Y BUENA CRIANZA.

INTERLOCUTORES

*Don Prudencio, y sus dos hijos pequeños
Cándido y Serafin.*

DON PRUDENCIO.

Muy tarde habeis dado la vuelta; ¿en qué ha consistido vuestra tardanza?

CANDIDO.

Papá, sabe Vd. que salimos á nuestro acostumbrado paseo y desahogo, pero el Ayo Don Inocencio quiso que nos pasáramos por un establecimiento de educacion pública: parece que él mismo aprendió en éste cuando era jovencito, y como se cobra amor naturalmente hasta las mismas paredes del sitio, en que se nos hace bien, y se nos enseñan nuestras obligaciones, le pareció oportuna esta visita: ademas que aun ecsisten alli algunos de los maestros, que cultivaron su ingenio, y nos dijo que era una cosa muy justa verlos y saludarlos.

DON PRUDENCIO.

Y en esto tuvo mucha razon, porque despues de los padres naturales, no se yo á quien deba conservarse mas amor y mas respeto que á los maestros; y aun en cierto modo estoy por decir,

que se debe á estos un poquito mas de parte de algunos discipulos.

SERAFIN.

Mas, Papá.. ¿pues qué tiene que ver un maestro para con un padre, y mas siendo tam amable como Vd.?

DON PRUDENCIO.

Dices bien, hijo mio, cuando el padre junta á la sagrada relacion de padre la de maestro de sus hijos; pero hay padres tan descuidados en esto, que... mas vale callar.

CANDIDO.

No, no. Papá, no calle Vd. lo que pueda conducir á nuestra instruccion, de la que somos apasionados, porque con sus acertadas máximas y consejos ha hecho que concibamos esta pasion.

DON PRUDENCIO.

Pues bien: supuesto que por la misericordia de Dios me parece no hallarme comprehendido en ese escesivo número, nada os ocultaré de lo que pueda conducir á vuestro aprovechamiento: con eso mañana ú otro dia, cuando seais grandes, sabreis evitar el escollo, en que se estrellan y naufragan muchos padres de familia. Decia, pues, que algunos discipulos son obligados á tributar un poco respeto mas á sus maestros, que á aquellos á quienes despues de Dios recibieron el ser; porque con los sanos consejos que oyeron á lo primeros, formaron y arreglaron mejor sus costumbres (punto capital de la buena educacion) que con los ningunos que aprendieron de sus padres: ¿y qué diremos si á su silencio y omision añadieron el veneno del mal ejemplo?

SERAFIN.

No, pues Vd. no será motejado ni por callado, ni por escandaloso: aunque sus ocupaciones no le permiten estar á nuestro lado tanto tiempo como á los maestros, bien se desquita Vd. en pedirnos cuenta de lo que hacemos en los ratos que tiene desocupados.

DON PRUDENCIO.

¿Y sabeis por qué lo hago asi? porque tengo estudiadas, y menudamente entendidas las obligaciones de un padre y deseo cumplir con ellas. Aunque este entregue sus hijos, y los someta á la direccion del mas hábil maestro, no por eso debe descuidarse de la obligacion, que por todas las leyes, divinas y humanas tiene de dirigir su educacion.

CANDIDO.

¿Y no puede suceder que el padre no sepa tanto como el maestro?

DON PRUDENCIO.

¡Sucede tantas veces!... pero aun en ese caso debe un buen padre no descuidarse, ya valiéndose de los dictámenes de hombres ilustrados, ya cuidando mucho de estar satisfecho de la conducta y suficiencia del preceptor, con el recto fin de que no pierdan, en vez de ganar, las prendas queridas de su corazon, y ya por fin, leyendo en el libro de la esperiencia, y trato que tenga con esta, si sus costumbres, su porte, sus inclinaciones, que comienzan á traslucirse y su manera de espresarse y producirse corresponden al fin, á que endereza sus instrucciones.

SERAFIN.

¿Y por qué decia Vd., Padrecito mio, que algunos añaden á la indiferencia con que miran la educacion y adelantamiento de sus hijos el veneno del mal egemplo? ¿Qué quiso Vd. significar con eso? que yo no lo entiendo.

DON PRUDENCIO.

Quise daros á entender que hay muchos padres, que con las obras contradicen lo que desean que otros enseñen (porque ellos, ó no saben, ó no quieren) á sus hijos, y esto puede llamarse tambien edificar con una mano y derribar con otra.

SERAFIN.

Pues todavia no entiendo lo que V. nos quiere decir.

DON PRUDENCIO.

Ahora lo acabarás de entender. Quiere, por ejemplo un padre, que su hijo aprenda á tener paciencia, virtud, á todos harto necesaria en las diversas y amargas situaciones de la vida. En el trato doméstico y ocurrencias cotidianas sucede que un criado, ó alguno de sus hijos falten alguna vez á su obligacion: aunque no deba el padre disimular señaladamente aquellas faltas que puedan tener alguna trascendencia, sino corregirlas, para que se enmienden; esta correccion debe hacerla con mucha madurez y prudencia, y si el negocio lo ecsige, con otra tanta suavidad y dulzura; ¿pero qué sucede muchas veces? ¿que ha de suceder! que olvidado de todo esto, monta en cólera. se enciende el rostro, los ojos centellean, grita, pateo, alborota la casa (y quiera Dios que no sea solo la suya) pror-

rumpiendo á las veces en espresiones, hijas de su pasion desenfrenada, que ni el pobre criado ni los hijos merecian, ni era del caso que las aprendieran unas criaturas inocentes, que si se malean es mas por imitacion que por naturaleza,
SERAFIN.

¡Ah! ya lo entiendo; y á fé que el otro dia cuando fuimos un ratito á jugar con los amigos Paquito y Lorenzo, su madre dijo valientes cosas á una de las doncellas, que tuvo la desgracia ó inadvertencia, de que se la cayese de la mano una jaula en que habia un hermoso canario, que era el idolillo de la tal señora. Picarona, embustera, villana y atronada era lo menos malo que la decia tan encolerizada, y otras cosas que nosotros no entendiamos; pero debieron ser bastante fuertes y picantes, porque la pobre criada se puso mas encarnada que una escarlata; de manera que si nosotros hubiéramos de haber sentenciado aquella pendencia hubiéramos absuelto y dado la razon á la infeliz doncella.

DON PRUDENCIO.

¿Pero qué decia la criada?

SERAFIN.

La criada no despegó sus lábios: se contentó solo con bajar los ojos y ponerse como he dicho colorada.

DON PRUDENCIO.

Pues no la llames pendencia, que este titulo tiene la alteracion de dos ó mas personas, y alli una sola era la que.... la que.... lo diré claro, la que os dió ese mal ejemplo; pero no nos desviemos del asunto principal.

¿Acertareis á decirme lo que habeis visto en esa casa de educacion, de la que venis tan prendados, y en la que tanto os habeis detenido?

CANDIDO

Hemos visto tantas cosas, que casi nos confunden. Yo no sé como aquellos profesores encargados de la educacion de tantos niños (y algunos habia ya algo grandecitos) tienen cabeza para lidiar con ellos

DON PRUDENCIO

Tienes mucha razon; pero has de saber, que como tienen sus personas consagradas á Dios en un objeto tan loable, atienden á lo que deben por su vocacion y voluntario ofrecimiento, dándoles Dios (sin el que no podemos hacer cosa buena) una paciencia á toda prueba para la empresa, y.... pero dime, ¿qué te pareció la vida de aquellos educandos?

CANDIDO.

A entrambos nos pareció muy bien, aunque la sujecion que tienen es bastante; ellos tienen horas determinadas, segun nos dijeron para levantarse, oir indefectiblemente misa todos los dias, estudiar, desayunarse, ir á sus clases respectivas, comer, desahogarse un rato en una honesta recreacion, para acostarse; y asi para todo lo demas.

DON PRUDENCIO

Por eso lejos de ser malo, es lo mejor que puede tener. La naturaleza misma apetece el orden en todo. Cada dia sabemos cuando ha de salir el Sol, y cuando se ha de poner: sabemos tambien cuando la luna es nueva, y cuando llena y cuando vá otra vez caminando á la conjuncion;

en una palabra, al invierno sucede la primavera, el estío, que comunmente llamamos el verano, á éste el otoño, el cual abre otra vez la puerta al invierno; y todos los dias indispensablemente tenemos noche para reposar y dia para trabajar, aunque muchos por un abuso truequen los frenos, y hagan de la noche dia y del dia noche.

SERAFIN.

Es vernad, Papá, es mucha verdad: todo eso estamos viendo de continuo, y no habiamos hecho alto de ello.

DON PRUDENCIO.

Pues es menester que lo hagais en este, y semejantes asuntos para este y semejantes objetos; y sin salirnos del que tenemos entre manos, observad de paso en los hombres que tienen arreglado su tiempo, y procuran hacer un dia lo mismo que otro, y á las mismas horas, en cuanto pueden, como abunda la madurez, la prudencia y una conducta muy arreglada de vida.

CANDIDO.

No hay duda en eso, y no es menos verdad, que el que no observa ese plan es poco constante: hoy obra de una manera y mañana de otra: hoy se estarán leyendo todo el dia, y despues no volverá á tomar un libro en la mano en un mes entero: cultivará en esta semana algunos egercicios de devocion, y en las otras restantes de todo el año no volverá á acordarse de Dios, ni de santa Maria, como decirse suele.

DON PRUDENCIO

¡Y si eso solo fuera!... pero no es tiempo aun de que sepais todos los escollos en que se estre-

llan los hombres inconstantes; tiempo nos queda para que tanto la educacion, como vuestra misma esperiencia os lo manifiesten, para que podais evitarlos, con que el arreglo, y buen órden que decis observan en ese establecimiento de educacion y buena crianza, aunque tenga en sujecion á los alumnos, es una sujecion provechosa, y si quieren disfrutar los bienes que les acarreará para toda la vida deben hacer de ella mucho aprecio: sino lo hacen es porque su edad tierna no les dejará conocerlos; mas no por eso desmayarán ni los padres ni los profesores, sino que trabajarán los unos y los otros, asidos de la mácsima: á Dios rogando, y con el mazo dando, que dice un adagio de nuestra lengua... ¿Y qué mas observasteis en esa visita de que tan enamorados venis?

CANDIDO.

Entramos en varias clases en que están distribuidos segun sus adelantamientos, porque aun estaban en el ejercicio de ellas. Aquel arreglo y método nos encantó: algunos á quienes el maestro lo ordenaba, hacían su ejercicio, pero siempre con el émulo ó competidor al frente, que ellos llamaban el contrario; de manera que cuando erraba el que decia, corregia el otro, ¿mas con qué prontitud y desembarazo? Y cuando ocurría alguna cosa que era sobre el alcance de entrambos, el maestro tomaba la mano, y los sacaba de su dificultad con una claridad incomparable.

DON PRUDENCIO.

Por esa y otras causas semejantes á esa, la instruccion pública lleva muchas ventajas á la pri-

vada ó particular: es verdad, no lo niego, que en la concurrencia de muchos hay sus inconvenientes, como en todas las cosas del mundo; pero contra pesados estos (que no son difíciles de evitar, habiendo la debida vijilancia en los padres y maestros) con las utilidades que resultan y mayores adelantamientos que se experimentan, debe darse la preferencia á la educacion pública y comun, como ya se la dió Quintiliano con el pulso que acostumbraba.

CANDIDO.

¿Pues por qué pensando Vd. así ha escogido lo menos útil para nosotros, disponiendo que seamos instruidos en particular ó privadamente?

DON PRUDENCIO.

Dáme un abrazo, ¡hijo de mi alma! me gusta tu viveza y buen modo de pensar. Como sois todavía algo tiernos: tomé esta determinacion para que no perdieis el tiempo; pero siempre con las miras é intencion de tomar otra distinta, inmediatamente que lo permita vuestra edad.

CANDIDO.

¡Cuanto me alegro, Papá! Entonces... verá V. entonces lo que adelantamos, y el placer que damos á Vd.: yo desde ahora prometo no dejarme ganar de nadie.

SERAFIN.

No, pues, yo no me he de quedar atras. ¿Es verdad que servirá de mucha satisfaccion ganar uno á su contrario?

DON PRUDENCIO.

Sirve de tanto que para la gente aplicada no la hay mayor: con eso se contenta tambien

al maestro, que naturalmente desea que luzca su trabajo y sus desvelos: se ahorra uno de reprehensiones, de enfados, de penitencias, que regularmente se usarán tambien alli.

SERAFIN.

¡Caramba si se usan! á algunos vimos que estaban sentenciados á permanecer de planton estudiando la leccion, que no habian sabido, mientras jugasen los demas; pero cáspita, ¡cómo lo sentian! ¡válgame Dios!

DON PRUDENCIO.

Contempla tu si lo sentirian... ¿no ves que les daban en lo vivo? ¿no sabeis, por lo que pasa por vosotros, que el juego es idolillo de los niños?

CANDIDO.

¡Y tanto como lo sabemos! Cuando el Ayo ha hecho esta prueba con nosotros, aseguro á Vd. que hubieramos escogido antes quedarnos sin comer.

SERAFIN.

Yo asi lo suplicaba; pero erre que erre habia de ser, y no habia remedio.

DON PRUDENCIO.

¡Y qué bien hacia! porque os quebraba la voluntad, al mismo tiempo que aplicaba la medicina.

CANDIDO.

¿Y haciamos mal, Papá en hacerle esta propuesta?

DON PRUDENCIO.

No, hijos mios, mal no haciais; pero mejor hacia el Ayo en llevar adelante su penitencia; para que escarmentaseis de esta manera, y obraseis mejor en lo sucesivo.

A fé mia que desde entonces no habrá tenido queja de nosotros, y sino que diga cuantas despues hemos faltado á nuestra obligacion.

DON PRUDENCIO.

¡Dichosa medicina que ha curado el mal; y os ha preservado de incurrir en otro nuevo! ¡Quiera Dios preservarnos para siempre! Pero ya nos desviamos mucho de nuestro propósito. Decidme algo mas de lo que observasteis en esa casa de educacion.

CANDIDO

Lo que mas á mi me gustó fueron las máximas de urbanidad y cortesia, que uno de los maestros estaba enseñando á sus discípulos.

DON PRUDENCIO.

Me alegro, porque con eso se desmiente la opinion en que están algunos, de que en ese establecimiento no se enseña, ó se enseña poco la urbanidad. Dicen que en cuanto á los ramos de doctrina cristiana, historia sagrada, calografia, gramática castellana y latina, retórica y poesia, y demás que se proponen enseñar lo hacen á las mil maravillas; pero que en ese otro flaquean. No ha muchos dias que oí decir á un sugeto (bien que ya le dije lo que hacia al caso) que alli no se enseñaba mas que á rezar. ¿Podrá tolerarse semejante bachilleria? Es verdad, que el norte principal á que se endereza tan útil instituto es la piedad; porque ¿de que le sirve al hombre ser dueño del mundo, y tener tantos conocimientos como el mismo Salomon, si pierde su alma? Pero por otra parte, jamás se han

descuidado los profesores de formar hábiles alumnos, que les han dado mucho crédito en las mas famosas universidades de nuestra España; y habiendo virtud y literatura ¿cómo podrá dejar de hermanarse con ella la buena crianza y urbanidad? Y sabreis decirme alguna de las máximas que oisteis sobre tan interesante materia?

CANDIDO.

Oimos tantas, que no sé si acertaremos á decir las todas: yo por mi parte diré las que pueda, y ayudándome mi hermanito se nos quedarán pocas por decir

DON PRUDENCIO.

Muy bien: me conformo con tu propuesta, y yo tambien os prometo ayudaros; porque aunque no haya asistido como vosotros, no obstante he leído algo en esa materia tan importante, ó por decirlo mejor, necesaria en la sociedad, y podré por lo menos hacer mi papel en conversacion tan interesante, ademas, que me dieron cuando era de vuestra edad escelentes instrucciones, y parte con ellas, parte con el trato que he tenido con personas bien corteses, y observaciones, que tengo hechas en el particular, he procurado no desdecir de mi nacimiento.

CANDIDO.

Quando nosotros entramos en una de las clases (creo que era la de retórica) pasados los primeros cumplimientos, y pedida la vénia por el maestro, con la mayor urbanidad y cortesia, continuó tratando el asunto que entre manos tenia, que era segun nos advirtió, acerca del mo-

do de portarse en la mesa, y en verdad que lo que decia era en sustancia lo mismo que así V. como don Inocencio, nuestro Ayo, nos han repetido algunas veces; ¿pero si viera Vd., Papá, con qué gracia se esplicaba? Me hubiera yo estado oyendo un año entero.

DON PRUDENCIO.

Esa es una felicidad que no la tienen todos: yo comparo (aunque sea la comparacion de cosas bajas) los maestros á los cocineros: con los mismos materiales hacen algunos de ellos guisados que apenas se pueden probar, insulsos insípidos, desabridos, cuando otros los aderezan tan bien que se chupa uno los dedos, como decirse suele. ¿Y tienes presentes las reglas, que sobre el asunto daba?

CANDIDO.

¡Vaya si las tengo; ¿no ve Vd. que las practico y veo practicar todos los dias?

DON PRUDENCIO.

Pues ese es el fin que se propone un maestro en las instrucciones que dá, y en las reglas que prescribe; que se reduzcan á la práctica: de lo contrario, obrariamos como el soldado, que despues de saber perfectamente el manejo del sable, por ejemplo, jamas lo desembainára, aunque fuese acometido por el enemigo. Señálame algunas de las reglas que proponia.

CANDIDO.

Antes de hacer lo que Vd. me manda, le diré una mácsima que sentó como base fundamental decia que para ser uno cortés y urbano, la regla jeneral era observar atentamente á las personas

bien criadas, atentas y corteses sin afectacion; y practicar en la mesa, visitas y concurrencias, limpieza y aseo, modo de estar en pie, sentarse y pasearse lo que viésemos que practicaban; porque añadía que ellas eran la cortesía en concreto, y que si la urbanidad se perdiese, en estas se encontraría.

DON PRUDENCIO.

-Esta mácsima me gusta mucho, mucho, porque ella solo abraza cuanto se puede enseñar y aprender acerca de la buena crianza. Con ella sola he conocido á muchos sugetos que no lograron en la primera edad, la educacion que me he propuesto daros, y con todo se portaban con el mayor comedimiento, y la mas fina y delicada cortesía. No la olvideis y vereis como siempre sois urbanos y corteses, pero no nos salgamos del intento. Todas cosas tienen su principio, medio y fin; naturalmente hablaria, si enseñaba con método, segun esta division.

SERAFIN.

Todo lo sabe V.; Papá, nada se le escapa, eso puntualmente dijo; y con arreglo á ello continuaba su explicacion.

CANDIDO.

-Decia que no debiamos ser los primeros en sentarnos, cuando tuviésemos que asistir algun convite, ni que ocupásemos el puesto principal, ó mas digno, cosa que hasta el evangelio mismo de Jesucristo encarga, pues añadió que decia: *Cuando fueres convidado á bodas no te sientes en el primer lugar, no sea que haya alli otro convidado mas honrado que tú, y que venga*

aquel que te convidó á ti y á él, y te diga: Da lugar á este: y que entonces tengas que tomar el último lugar con vergüenza. Mas cuando fueres llamado, ve y siéntate en el último puesto; para que cuando venga el que te convidó te diga: Amigo, sube mas arriba. Entonces serás honrado delante de los que estuvieron contigo á la mesa; porque aquel que se ensalza humillado será, y el que se humilla será ensalzado. (Luc. cap. 14, v. 8, y sig.) En orden al asiento prevenia que ni estuviese muy arrimado á la mesa, ni muy desviado de ella: que asi se evitaban dos inconvenientes, el primero en que incurren los que arriman mucho el pecho, y apoyan los codos sobre la mesa, ó tienden sobre ella los brazos; y el segundo en que caen aquellos otros que se balancean hacia atras con la espalda y travesean con los pies, á pique de desnivelar el cuerpo y caer de espaldas, esponiéndose á hacerse la risa y el ludibrio de los comensales, dando alguna costalada

SERAFIN.

Tambien observaba que el pan debiamos colocarle á nuestra izquierda y partido, no con la mano, sino con el cuchillo, segun se fuese necesitando: en una palabra, que era descortesía desmigarlo dejando solo la corteza, antes por el contrario, añadia que miga y corteza debian comerse sin separarse: que se tomase el cubierto con la derecha, y con él se pusiese en la boca la comida, porque tomar con los dedos el manjar, era mas propio de pastores y semejante gente rústica, que de la gente bien criada. Ahora, observaba que las cosas secas se podian tomar

con los dedos, pues para lo líquido estaba allí la cuchara, y para lo demás el tenedor. Si mal no me acuerdo decía también, que no es de buena crianza tomar cualquiera cosa con la punta del cuchillo. ¡Y que observaciones tan saladas no hacía sobre lamerse los dedos, fregando con ellos el plato, ó limpiándolos en el pan, comérselo después, y cosas semejantes!

CÁNDIDO.

Pues no digo nada sobre el comer de algunos, ó con lentitud y pausa demasiada, ó con notoria precipitación: á los primeros comparaba con la lentitud de los galápagos en el andar, y con los lobos á los segundos en el engullir; porque los que comen del último modo, no se detienen á pasar primero un bocado y después otro, como debe hacerse, sino que á fuerza de emborrar, llenan enteramente la boca, mastican tan de prisa como rueda la piedra del molino, y con los ojos, boca, frente, manos, á manera de quien se está abanicando manifiestan una ánsia y unos modales tan groseros, que los hacen enteramente ridículos.

DON PRUDENCIO.

¿Y no dijo nada acerca de comer á dos carrillos?

SERAFIN.

¡Ahí es un grano de anís lo que decía á sus discípulos! y bien clarito que lo decía para que lo entendiésemos también nosotros, y los evitásemos todos. ¿Pues y sobre beber con el bocado en la boca? Vaya que estaba precioso el bueno del maestro: tachaba de impolíticos y descorteses, á los que no se limpiaban los labios antes

y despues de beber, y esto, añadia, con la servilleta, porque hacerlo con el mantel era ceremonia de los adocenados: lo mismo que limpiarse los ojos y la cara con la servilleta, pues para el efecto debe llevarse el pañuelo en el bolsillo. Por fin, concluida con mucha socarrería, que sorber el caldo ó salsas con el mismo plato en que se contienen, debia ser ceremonia de los hotentotes, ó de los indios bravos de América, como tambien rascarse la cabeza, escupir, toser y sonarse las narices: bien que cuando una pura necesidad obligase á esto último, no queria que el pañuelo tocase ni á la servilleta, ni á los manteles. Yo no tengo presentes todas las nimiedades á que descendia: ahora lo que tengo bien en la memoria son unas advertencias, que hizo respecto de los que convidaban y de los convidados.

DON PRUDENCIO.

¿Y qué advertencias eran esas?

SERAFIN.

Para los que convidaban advertia que instasen enhorabuena (pero sin importunar) á los convidados á que comiesen y bebiesen con libertad, porque siendo como se supone, gente de carácter franco y cultivado con la buena crianza, deben tener toda la satisfaccion, que para comer ó dejar de comer se requiere: tambien para los que convidan, que se guardasen de alabar manjar alguno, por esquisito que fuese, de los que presentasen en su mesa.

DON PRUDENCIO.

¿Y para las convidados qué advertencia hacia?

SERAFIN.

Que se guardasen de pedir ni comida, ni bebida antes que las personas de mayor autoridad ó dignidad que fuesen sus comensales; advertia del mismo modo, que no hiciesen asco de ningún manjar, por mas que les repugnase, porque con no comerlo ellos, estaba la cosa remediada, y nadie sin autoridad tiene licencia para reprehender á otros, aunque sea indirectamente.

DON PRUDENCIO.

¿Y no dijo nada acerca de las conversaciones que ocurren en la mesa?

CANDIDO.

Vaya si dijo: ahí es una friolera: en primer lugar advirtió de una mesa de gente cristiana y circunspecta, debia absolutamente desterrarse la murmuración; y aun dijo mas, que si estuviera en su mano mandaria grabar con letras de oro en las piezas destinadas para comer, un par de versos latinos que allí alegó, y dijo, que en la suya los tenia escritos el gran san Agustín, para que se recatasen de murmurar los que fuesen sus comensales: como no entiendo latin no se me quedaron en la memoria los versos.

DON PRUDENCIO.

Yo te los repetiré, que hace tiempo que los aprendí, dicen así:

*Quisquis amat dictis absentum rodere vitam,
Hac mensam vetitam noverit esse sibi.*

Y para que percibais el sentido de ellos hasta que poscais la lengua latina, aprended estos castellanos, que en la sustancia les espresan.

Nadie murmure aqui de los ausentes
 Y quien en esto se deslice acaso
 Váyase de la mesa mas que á paso.

CANDIDO.

Si que se le escaparia al maestro hacernos esa
 advertencia: en español los dijo tambien, y en
 la misma sustancia que Vd., bien que con otras
 palabras.

DON PRUDENCIO.

¿Y te acuerdas de esas palabras en que las
 tradujo?

CANDIDO.

A ver... ¿si me acordaré?... ¿cómo dijo, Se-
 ñor?... ah! ya me acuerdo, ya me acuerdo.

Ninguno del ausente aqui murmure:

Antes quien piense en eso desmandarse

Procure de la mesa levantarse.

DON PRUDENCIO.

Es verdad que la sustancia es la misma; pero
 no las palabras: en un mismo idéntico asunto
 cada uno se explica con diversos términos, y tan
 diversos como los semblantes; y si es tan difícil
 hallarse dos personas enteramente parecidas, no
 menos lo es referir la misma cosa con unas mis-
 mas palabras. Dios que tan admirable se osten-
 tó en lo uno, no se manifiesta menos en lo otro.
 Os hago de paso y gustosamente esta adverten-
 cia y reflexion, para que admireis la infinita
 sabiduria de Dios. Prosigue ahora, Cándido.

CANDIDO.

Voy á obedecer á V; pero antes quiero decir-
 le lo que añadió el maestro haber acaecido en
 cierta ocasion en la mesa del santo Doctor, cu-

yos versos acabamos de recitar entrambos, traducidos.

DON PRUDENCIO.

¿Qué sucedió?

CANDIDO.

Que comiendo en su compañía algunos amigos del Santo, y muy distinguidos por su dignidad; sacaron una conversacion, en que se robaba la fama del prógimo, y se faltaba cuando no á la justicia, á lo menos á la caridad; y sin embargo de ser san Agustin la misma suavidad y dulzura en sus costumbres y genio angelical, les dijo con la mayor entereza y resolucion: amigos mios, vamos claros, ó bórrense aquellos versos, ó acábese esta conversacion.

DON PRUDENCIO.

¡Buen golpe! ¡ojalá y se repitiera ahora muchas veces en algunos de nuestros banquetes, y se lograra con esto la enmienda! Menos frecuentes serian las conversaciones, que arruinan el buen nombre del prógimo. Sino tienes mas que añadir, prosigamos nuestro intento. Ya que ni en la mesa, (ni fuera de ella tampoco) puede murmurarse, á lo menos permitiria alguna conversacion.

SERAFIN.

Si que la permitia ¿y por qué no? pero queria que no fuese de cosas tristes ni melancólicas ni de materias que provocasen á náusea, porque las tales vendrian tan bien alli, como la vihuela en un entierro, que suele decirse. Dijo tambien, Papa, que se holgaria mucho de ver introducida la costumbre de que se sazonase la comida con la lec-

tura de alguna historia ó suceso agradable, de algunas máximas útiles para el arreglo de la vida y práctica de las buenas costumbres, ó cosas semejantes, como lo practicaba Tito, Pomponio Atico, sin embargo de ser gentil, por lo que le alaba mucho Cornelio Nepote, diciendo: que jamas se sentó á la mesa, ni comió con él persona alguna, sin oír esta tan agradable lección. Las disputas acaloradas, y alteraciones escaltadas y enfadosas, añadía tambien, que se debian desterrar de la mesa, pues para eso estaban las academias: en una palabra, tildaba de descortesés á los que hablaban en ella con la boca llena. Y concluyó este asunto con prevenir que no fuésemos los últimos en acabar de comer porque nos espondriamos á incurrir en la nota de glotones; y alabó tambien la costumbre de lavarse las manos antes y despues de la comida, como muy recomendable y usada de la gente culta que tiene amor á la limpieza.

DON PRUDENCIO.

Pues habeis de saber, que dijo sumariamente cuantas reglas prescriben los que tratan de urbanidad, y que practican con puntualidad las personas bien educadas. Tambien hablaria de la urbanidad en las visitas y concurrencias, ¿no es verdad, mi Serafin?

SÉRAFIN.

Tambien habló, pero no fué de propósito, porque hubiera alargado mucho su esplicacion, que segun el método con que procedia, tocaba esta tarde de lo que ahora acabamos de platicar: habló solo por incidencia. ¡Ojalá y nos llevara don

Inocencio en las tardes siguientes, en que dijo
continuaría de intento sobre este asunto!

DON PRUDENCIO.

No fuera malo: yo se lo insinuaré para que
no perdáis tan favorable coyuntura de instrui-
ros, pues aunque el mismo Ayo vuestro os ten-
ga instruidos en ese importante asunto, no per-
dereis el tiempo en oír de la boca de varios las
mismas lecciones: ya porque se fijan mejor en la
memoria, y ya porque, como dicen, nunca por
mucho trigo es mal año. ¿Y teneis presente eso
poquito que dijo por incidencia?

SERAFIN.

Y mucho que lo tenemos. Si á un banquete
debe asistirse por urbanidad, ó por una condes-
cendencia nacida de la caridad y no por glo-
tonería; lo mismo observaba, que debe hacerse
(y no por otro motivo) con las visitas y concur-
rencias; porque si por otro motivo se hace, se
pierde, cuando menos, el tiempo, que es muy
precioso para malgastarlo.

DON PRUDENCIO.

Todavía, hijos míos, no conocéis la importan-
cia de ese gran principio: cuando tengais más
edad, acabareis de conocerla; pero cuenta con
que se fijan bien en vuestros corazones máximas
tan interesantes, para que obreis con arreglo á
ellas; porque sabidas y no practicadas, nos ase-
mejan á los avarientos, que por no gastar el
dinero que tienen encerrado bajo de cien llaves
vienen á morir de hambre; pero no está bien
interrumpir vuestra conversacion para mí tan
deliciosa.

CANDIDO.

En lo poco que habló de las visitas y concurrencias, observó que muchos se hacen ridículos, y.... ¿cómo decía? y.... válgate Dios.... ¿te acuerdas tú, Serafin?

SERAFIN.

Pedantes, ¿no dices eso?

CANDIDO.

Eso, eso es, pedantes, ¿qué quiere decir pedantes, Papa? que yo no entiendo ese término.

DON PRUDENCIO.

Seria muy larga la descripción de los pedantes si de propósito me detuviera á hacerla: por ahora basta que sepais, que llamamos pedante en nuestra lengua á una persona que sin ton ni son á tontas y á locas, sin pararse á ver si viene ó no al caso, haciendo mil paréntesis y digresiones, quiere hacer ostentacion ó de sábio sin serlo, ó de entendido sin entendimiento, de bien criado sin conocer siquiera los principios de la buena crianza, de político, de guerrero, ó de otra cualquier cosa, sin saber mas que los nombres de las facultades, de que quiere hacer alarde, y aun dado caso que lo sepa, usa de esas trápalas y ceremonias sin oportunidad; porque se debe atender mucho en todo á las circunstancias de tiempos, lugares y personas, ¿lo entendéis ahora?

CANDIDO.

Vaya si lo entendemos, y entendemos tambien que seria un valiente pedante cierto jovencito, que acaba de llegar de Paris, y hacia mil ascos en una visita, porque segun él decía, los españoles, ni saludaban, ni hacian cortesias, ni aque-

llos visages y meneos de cabeza, que se usan allá en Francia. ¿Si viera Vd. que manera de hablar y que movimientos usaba el tal? Se hubiera Vd. reído seguramente; nosotros, que no entendemos tanto como Vd., estuvimos tentados de disparar á carcajadas, y eso que casi no lo entendíamos, porque segun llegamos á comprender, hablaba un chapurrado, que ni era castellano ni francés.

DON PRUDENCIO.

La lástima es que harto se va introduciendo ese estilo y lenguaje por acá: bien que la gravedad española es mas circunspecta, y siempre estará por la mayor parte en oposicion con semejantes modales, mas propios de las monas que de los racionales. Ahora bien, supuesto que no hubo mas tiempo para que el maestro esplicase las reglitas, que se señalan en particular para las visitas y concurrencias, si volveis allá cuidareis de decirmelas por menor, porque aunque yo no las ignoro, no se que placer, ni que gracia percibo cuando las escucho de vuestros lábios.

SERAFIN.

Pues bien, yo quiero complacer á Vd. un poquito mas, puesto que tanto gusto le dá nuestra conversacion, en decirle lo que oimos en otra clase acerca del aseo y limpieza: habian acabado ya el principal objeto de su instituto, y se entretenian en esto por via de ilustracion, echando en aquellos ánimos inocentes, como se explicaba el maestro, las semillas de la buena crianza.

DON PRUDENCIO.

¡Si supieras Serafincito mio, el placer que

acrecientas con esa gracia en el ánimo de tu padre!

SERAFIN.

— Pues quizá no lo tendrá Vd. tanto cuanto sepa sobre esto mi modo de pensar.

DON PRUDENCIO.

¿Pues qué? ¿piensas tú lo contrario de lo que el maestro decía?

SERAFIN.

— En todo no, Papa; pero en parte sí.

DON PRUDENCIO.

— Esplicáte que me tienes un poco impaciente con tu réplica no esperada.

SERAFIN.

— ¿No le decía yo?... mire Vd. si le decía con razon, que no le causaria tanto placer: ni tal vez me atreveria á decirlo, si Vd. Papá, no nos hubiera dado libertad para que le propongamos lo bueno y lo malo que por nosotros pasa; lo bueno para aumentarlo y perfeccionarlo; y lo malo para corregirlo y enmendarlo. Siguiendo, pues, mi intento, decía aquel maestro tales cosas á sus discípulos, acerca de la limpieza y aseo que debian usar en sus personas, que si tomaban sus consejos, cada uno de ellos deberia ser un Adonis, ó un Narciso, personajes de la fábula tan pulcros y aliñados, segun nos tiene indicado el Ayo don Inocencio, que mejor se les figura la fantasia acalorada de un poeta, que aparecen entre los hombres; cuando un niño, lejos de pensar en eso, tiene sus cinco sentidos en el juego, haciendo poco caso de ir con la cara sucia ó lavada, las manos limpias ó manchadas de tinta, las uñas crecidas ó cortadas, la dentadura blanca ó asquerosa,

caidas las medias y con puntos, y rotos ó no rotos los pantalones, hecho un Adán, como dicen ó un presumido petrimetre y perfilado currutaco: ni es bien, á mi parecer, que pongamos en eso todo nuestro conato.

DON PRUDENCIO.

De manera es que el maestro discurría bien; el que da reglas para cualquier cosa, se debe con ellos arrimar á la perfeccion, en cuanto esté de su parte; ni por eso pretendería que todo el cuidado lo pusiesen sus discípulos en solo el aliño de sus personas, sino que no se cuidasen, en esto tanto como suele suceder en su edad: ademas que los niños no han de ser siempre niños; y si cuando pequeños no aprenden á ser aseados, tampoco lo sabrán ser cuando grandes. Es mácsima, y nada menos que propuesta por el Espíritusanto con arreglo á las costumbres y trascendentalá todo lo demas, que el jóven en la vejez no se apartará del camino que emprendió en su juventud: ¿y no es tambien cosa sabida, que la limpieza exterior suele ser una muestra, nada equívoca de la interior del alma?

Si aprecias Fabio, la limpieza interna,

Su belleza te hará apreciar la esterna,

decía un amigo mio, que se picaba de poeta; y yo os lo digo para que la rima grave en vuestra memoria la mácsima apreciable.

SERAFIN.

¡ Ah! siendo asi, ya no estoy tan disgustado. Esto lo decía, Papá, porque un muchacho que no cuida de otra cosa mas que de aliñarse, componerse, y aun de mirarse al espejo, para ver si

va bien aliñado y compuesto, creo yo que tiene tanto seso como los pájaros.

DON PRUDENCIO

En un buen medio consiste la virtud: los extremos siempre son viciosos; por eso la negligencia en el particular arguye una alma indolente. y la demasiada pulcritud afeminada.

CANDIDO.

¿Y cómo habemos de observar las otras reglas, que daba acerca del aseo y limpieza de la ropa blanca, de las medias y calcetas, de que el vestido no esté roto, ni con manchas y mugre, y sobre mudarnos á menudo? ¿Depende esto de nosotros, de los que tienen ese cuidado? ¿A no ser que quisiese que nos metiésemos á coser, lavar y planchar y cosas semejantes, propias de las mugeres.

DON PRUDENCIO.

No queria eso; eso yo lo aseguro sobre mi palabra: lo que pretendia era, que fuese el niño cuidadoso, y cuando tuviese necesidad de repararse en cualquiera de esas cosas, cuidase de avisar para que se ponga el oportuno remedio, asi como acostumbran á hacerlo los jovencitos mirados y cuidadosos, pidiendo ellos mismos todos los utensilios de la limpieza; y aun hacen mas; que les miren frecuentemente la cabeza, que es otro punto de los que pertenecen al aseo porque ademas de que se repara con peinarse el desaliño, se cuida tambien de esa manera de que no se crien aquellos viles insectos, que causan mucha incomodidad á los que los tienen, y no menos náuseas y asquerosidad á los que lo advierten.

CANDIDO.

Muy bien: quedo enterado y satisfecho, y en el semblante veo que sucede lo mismo á Serafin: ambos procuramos ser limpios y aseados, y aunque con los repetidos de Mamá no se descuidan las doncellas de casa de prevenirnos todo lo que conduce á nuestra limpieza y comodidad, prometemos tambien avisar cuando para el efecto nos hiciere alguna cosa falta. Tambien añadia el maestro á lo que llevamos dicho algunas observaciones sobre el modo de estar de pie, sentarse y pasearse, encargando mucho que en cualquiera de estas actitudes debiamos tener el cuerpo recto, y sobre todo derecha la cabeza.

DON PRUDENCIO.

Y en eso hablaba como un santo... Ahora que digo como un santo, me ocurre haber leído en la vida de san Francisco de Sales, que los que observaron de cerca al Santo jamas le vieron, aun cuando estuviese solo, con un pie sobre otro y mucho menos en una postura irregular.

SERAFIN.

¡Toma! pues tambien se paraba en eso el maestro: queria que cuando anduviesemos, fuese con gran compostura y sosiego: sin correr ni saltar, sin levantar en demasia los pies, ni tampoco arrastrarlos y sin pisar muy fuerte, que era propio de gayanes: el ir cojeando, ó empujando á los otros era de niños soeces y groseros: el...

DON PRUDENCIO.

¡Calle! ¿con que tambien se paraba en eso? ¡y que bien que hacia! pero no he hecho tan bien

cuando he interrumpido tu narracion prosigue.

SERAFIN.

En breve acabo: que cuando acompañásemos á una persona superior á nosotros, le diésemos la derecha, y si era por la poblacion la acera: que la llevásemos en medio, si éramos mas á acompañarla: que si se detenía á hablar con otra persona, nos desviásemos algun tanto para no oír la conversacion: que resaludásemos con cortesía al que nos saludase, y siendo persona superior, nos adelantásemos á hacerlo nosotros: en una palabra encargaba este maestro, como el primero, con todo encarecimiento la constante observacion de personas urbanas y corteses, para portarnos en todo como se portan los sugetos bien educados.

DON PRUDENCIO.

Hace mucho tiempo, hijos míos, que no me habeis dado un rato tan divertido y gustoso para mi: un soplo se me ha hecho vuestra utilísima conversacion.

CANDIDO.

Pues, Papá, la de esta materia ya se va á concluir.

DON PRUDENCIO.

¿Por qué?

CANDIDO.

Porque cuando llegábamos aqui tocaron una campanilla que está puesta en un lugar elevado y era la señal de salir de la clase, porque entran y salen de ellas á son de campana: dieron gracias á Dios: rezaron la letania de la Virgen, y en seguida fueron á merendar los alumnos todos: nos convidaron los maestros con tantas instancias y

con tanta cortesía, que hubiéramos pasado plaza de groseros y mal criados, sino hubiéramos disfrutado de su favor.

DON PRUDENCIO.

Hicisteis muy bien: y repararíais en eso que los apreciables profesores no solo de palabra, sino con las obras (que es en todas las cosas lo principal) enseñan la cortesía. Yo me alegraré que repitais visitas tan agradables y provechosas, hasta que vayais de hecho a instruiros allá.

CANDIDO Y SERAFIN.

¡Quiera Dios que sea antes hoy que mañana!

FABULAS

del señor Don Felix Maria de Samaniego.

LA AGUILA, LA GATA Y LA JABALINA.

Una águila anidó sobre una encina;
 Al pie criaba cierta jabalina;
 Y era un hueco del tronco corpulento
 De una gata y sus crias aposento.
 Esta gran marrullera
 Sube al nido del águila altanera
 Y con fingidas lágrimas la dice:
 Ay misera de mí; ay infelice!
 Este sí que es trabajo:
 La vecina que habita el cuarto bajo,
 Como tu misma ves, el día pasa
 Hozando los cimientos de la casa.

La arruinará; y en viendo la traidora
 Por tierra á nuestros hijos los devora:
 Despues que dejó el águila asustada,
 A la cueva se baja de callada,
 Y dice á la cerdosa: buena amiga,
 Has de saber que el águila enemiga,
 Cuando saques tus crias hácia el monte,
 Las ha de devorar; así disponte.
 La gata aparentando que temia,
 Se retiró á su cuarto, y no salia
 Sino de noche que con maña astuta
 Abastecia su pequeña gruta.
 La jabalina con tan triste nueva
 No salió de su cueva.
 La aguila en el ramage temerosa
 Haciendo centinela no reposa,
 En fin, á ambas familias la hambre mata,
 Y de ellas hizo víveres la gata.
 Jóvenes: ojo alerta, gran cuidado;
 Que un chismoso en amigo disfrazado,
 Con capa de amistad cubre sus trazas,
 Y así causan el mal sus añagazas.

LOS DOS MACHOS.

Dos machos caminaban: el primero,
 Cargado de dinero,
 Mostrando su penacho envanecido,
 Iba marchando erguido
 Al son de los redondos cascabeles.
 El segundo desnudo de orepelas,
 Con un pobre aparejo solamente,
 Alargando el pescuezo eternamente,

Seguía de reata su jornada
 Cargado de costales de cebada.
 Salen unos ladrones y al instante
 Asieron de la rienda al arrogante:
 El se defiende, ellos le maltratan;
 Y despues que el dinero le arrebatan,
 Huyen, y dice entonces el segundo:
 Si á estos riesgos esponen en el mundo
 Las riquezas, no quiero á fé de macho,
 Dinero, cascabeles, ni penacho.

EL TORRENTE Y EL RIO.

Despeñado un torrente
 De un encumbrado cerro
 Caía en una peña,
 Y atronaba el recinto con su estruendo;
 Seguido de ladrones,
 Un triste pasajero,
 Despreciando el ruido
 Atravesó el raudal sin desaliento;
 Que es comun en los hombres
 Poseidos del miedo,
 Para salvar la vida
 Esponerla, tal vez, á mayor riesgo.
 Llegaron los vandidos,
 Practicaron lo mismo
 Que antes el caminante,
 Y fueron en su alcance y seguimiento.
 Encontró el miserable
 De allí á poco trecho
 Un rio caudaloso,
 Que corria apacible y con silencio.

Con tan buenas señales,
 Y el próspero suceso
 Del raudal bullicioso,
 Determinó vadearle sin recelo;
 Mas apenas dió un paso
 Pagó su desacuerdo,
 Quedando sepultado
 En las alevés aguas sin remedio.
 Temamos los peligros
 De designios secretos:
 Que el ruidoso aparato,
 Si no se desvanece, anuncia el riesgo.

LAS DOS RANAS.

Tenian dos ranas
 Sus pastos vecinos
 Una en un estanque,
 Otra en un camino:
 Cierta día á esta
 Aquella le dijo:
 ¡Es creible, amiga,
 De tu mucho juicio
 Que vivas contenta
 Entre los peligros,
 Donde te amenaza,
 Al paso preciso,
 Los pies y las ruedas
 Riesgos infinitos!
 Deja tal vivienda,
 Muda de destino,
 Sigue mi dictámen,
 Y vente conmigo.

En tono de mofa,
 Haciendo mil mimos,
 Respondió á su amiga:
 ¡Escelente aviso!
 ¡A mi novedades!
 Vaya: ¡que delirio!
 Eso si que fuera
 Darme el diablo ruido.
 ¡Yo dejar la casa,
 Que fué domicilio
 De padres, abuelos,
 Y todos los mios,
 Sin que haya memoria
 De haber sucedido
 La menor desgracia
 Desde luengos siglos!
 Allá te compongas;
 Mas ten entendido
 Que tal vez sucede
 Lo que no se ha visto.
 Llegó una carreta
 A este tiempo mismo,
 Y á la triste rana
 Tortilla la hizo.
 Por hombres de seso
 Muchos hay tenidos,
 Que á nuevas razones
 Cierran los oidos.
 Recibir consejos
 Es un desvario,
 La rancia costumbre
 Suele ser su libro.

DE UN AUTOR MODERNO.

FABULA PRIMERA.

LA MONA, EL ASNO Y EL TOPO.

Quejábase cierto dia

La mona que le faltaba
La cola, y el asno á un tiempo

Echaba menos las astas.

Oyólo el topo, y les dijo:

Poco á poco, camaradas

¿Viéndome ciego, podeis

Quejaros de la desgracia?

¿Por qué gastamos la vida

En lloros y quejas vanas?

Si el mal ageno es mayor,

¿No debe acaso callarlas?

FABULA II.

EL MILANO Y EL RUSTICO.

Mientras á una paloma

El milano persigue,

Cayó en el lazo oculto,

Que un rústico apercibe:

Quiere darle la muerte,

Y el milano dice:

Si yo no te he dañado

¿Por qué vas á afligirme?

Tampoco la paloma,

El rústico repite,
 Te dañó, y sin embargo
 Aleve le embestiste.
 Quien busca á un inocente
 Para que muera, ardides,
 Si él muere, no se queje
 Que la vida le quiten.

FABULA III.

EL NIÑO SOBERBIO.

Sobre un escaño elevado:
 De pie estaba un rapazuelo,
 Y á la caterva de abajo
 Menospreciaba soberbio:
 El simplecillo creia,
 Por verse alzado del suelo,
 Ser uno de aquellos hombres,
 Que gigantes llama el pueblo,
 ¡Que pequeñas me parecen
 Esas gentes, dice el necio!
 ¡Que cuerpecillos! ¿no son
 Todos, menos yo, pigmeos?
 Uno que lo oyó responde:
 Pues baje usted, compañero,
 Y abajo verá que es
 De todos el mas pequeño.
 El que á otros desprecia,
 Por verse en mas alto puesto,
 De esta humilde fabulita
 Que se mire en el espejo.

FABULA IV.**EL CAMINANTE Y EL FUEGO FATUO.**

Por lagos corrompidos
 De un retirado valle,
 Vagaba por la noche
 Perdido un caminante;
 Divisa allá á lo lejos
 Una luz, ¡qué agradable!
 Pero era el fuego fatuo,
 Y como fatuo, errante,
 Consuela sus temores,
 Alegra sus pesares.
 Y del pavor y espanto
 Piensa por fin que sale;
 Porque su fantasia
 Turbada le persuade
 Que es de casa vecina,
 Donde podrá hospedarse;
 Sigue veloz su norte,
 Y cuando va á alcanzarle
 Con él se precipita
 En cenagoso estanque.

Del ilustrado siglo
 ¡Que de luces fugaces
 En el cieno han sumido
 A cuantos caminantes!

FABULA V.**LA ABEJA Y LA MOJCA**

Sobre una flor que hermosa se reia,

La mosca cierto día
 Paróse bien contenta,
 Y su desmayo á reparar atenta
 El jugo le chupaba:
 Del manjar satisfecha aun no se hallaba
 Cuando voló (qué horror!) á un basurero:
 La abeja el derrotero
 Que advertida miró, cuando volviera
 Le dice: ¡compañera,
 No distingues el cebo diferente?
 Cuando la tripa siente,
 Le responde, de la hambre los horrores,
 No me paro en primores.
 El estómago ensancho
 Y de cualquier manjar lleno mi pancho,
 Y aun aquel mas me place,
 Que en su abundancia la hambre satisface.
 Nuestra prudente abeja
 Sórdido el paladar de aquel moteja,
 Que en su vil egercicio
 Poco distingue la virtud del vicio;
 Y en letras los ramplones
 Mevios suele igualar con los Marones.

FABULA VI.

LA BOCINA Y EL ECO.

Dijo una vez la bocina
 Al eco repetidor,
 ¿Por qué su merced, señor,
 A remedarme se inclina?
 Pero cuando el cielo trina,

Y al orbe airado estremece,
 A buena fé que enmudece;
 Y el eco la respondió:
 ¿Pues, qué el suelo mereció
 Lo que el cielo se merece?

FABULA VII.

EL RUISEÑOR Y LA LUCIERNAGA.

En un laurel posado
 El rruiseñor ensaya dulcemente
 Su trino no imitado
 Cierta noche: lo siente
 Una humilde luciérnaga presente.
 Y su luz al instante
 Comienza á difundir, alarde haciendo
 Del brillo radiante,
 Entre tanto diciendo
 Que estrella de la tierra está luciendo.
 La dulce filomena
 Seguramente brillas; ¿pero en dónde?
 En la noche serena,
 Prudente le responde
 Mientras que el sol sus rayos nos esconde.

Mas luego que la Aurora
 Auyente las tinieblas, anunciando
 La llama encantadora
 ¿No estarás demostrando
 Que eres insecto vil de reptil bando?
 ¿A cuantos escritores
 De sus luces prendamos el suceso
 Moteja de impostores!

A los que tienen seso
Otra luz les encanta, otro embeleso!

FABULA VIII.

EFECTOS DE LA EDUCACION.

A un alazan jerezano
Otro de carga encontró,
Y á los dos bien jovenzuelos
La palestra ejercitó:
Despues que versó entre ambos
Urbana salutation,
(Porque la buena crianza
Siempre muy bien pareció.)
Y el que yugo conocia,
Los arneses admiró
De oro y plata variados,
Que en el compañero vió,
Que realizaba su brío,
Su ligereza y valor,
Entre tierno y admirado
En este tono le habló.
¿No me dirás, compañero,
Porque nuestra condicion
Tan diversa es, cuando era
Igual la disposicion?
Yo tiro de un carro un dia,
Otro de un arado, y son
Bien pocos los que mis lomos
Grave carga no oprimió:
Yá ves cuan desmejorado
¿Y cómo he de estar, si el Sol

Me tuesta, y el hielo y nieve
Marchitaron mi verdor?

Mide á las veces las ancas
La vara, y otras al son
Del látigo correoso,
Soy sin ganas bailador.

Tu estas robusto: lozano
Lucido, que es un primor,
Eugalanado..... bieu puedes
Echar plantas..... pero yo.....

Iba á continuar sus duelos
El triste, mas le atajó
El alazan generoso,
Diciéndole: vive Dios,

Que á mi me compadeciera:
Esa suerte! pero no,
Que es toda la culpa toda
de tu triste condicion:

Cuando allá en el picadero
Nos daban educacion,
¿Fuiste dócil á la espuela?
¿El freno te sugetó?

Yo á fuerza de mil desvelos
Supe el arte con primor,
Y tanto, que he sido siempre
Delicias de mi señor:

Por eso galas me visten,
Por eso me distinguió,
Entre otros cien de regalo,
Siempre que en mi cabalgó.

¿Qué maravilla que sufra
La mas negra confusion,
Y los ministerios viles

Componga la ocupación,
 De quien no tomó por buenas
 Ni por mala la instrucción,
 Que aprovecha tanto á todos,
 Para evitar el rubor?

Esta es la ingenua respuesta,
 Que el de la carga escuchó,
 Y yo respeto altamente,
 Aunque un animal la dió.

Los jóveues generosos,
 Que se educan, la lección
 Tomen, que dá un aplicado
 Al que huyó la aplicación.

*Con el trabajo á que está el hombre justamente
 condenado, se vence todo, y se consigue la
 perfeccion en las artes y ciencias.*

OCTAVAS DE UN AUTOR MODERNO.

En la dorada edad saturna, cuando
 La amable paz abajo dominaba,
 Alegres todos iban disfrutando
 Los dulces frutos que risueña daba:
 Quien en el verde prado do soplando
 Zéfiro manso de su don gozaba,
 Quien á la márgen del sonante rio,
 Quien en el bosque pavoroso, umbrío.

Unos las cuerdas de la ebúrnea lira
 Pulsan acordes; y en el aire puro
 Otros sus voces que la selva admira
 Depositán, y no en acento oscuro;
 Este por danzas ágiles suspira,

Y aquel se afana por coger maduro
Fruto, que el leño rústico colgando,
A gozar su dulzor está incitando.

Pero el mortal de todo fastidiado
Ya no aplice la cítara canora,
Ni el claro río, ni el ameno prado,
Ni zan doña, ni selva encantadora!
El ocio jocio fatal y mal hadado:
Degrada la razon, su luz desdora,
Y con fecundo parto al orbe entero
Llena de horror y llanto lastimero.

Ve de su sόlio el Padre omnipotente
La paz interrumpida, y con clemencia
La medicina aplica diligente
Para sanar benigno la dolencia:
Siente el hombre inflamada la alta mente,
É intrépido abrazó la diligencia,
Que le estimula acá en el orbe bajo
Al decoroso y pródigo trabajo.

Vieras al punto de la madre tierra,
Su seno abierto con el corbo arado,
La abundancia nacer: de la árdua sierra
El bien robusto abeto derrocado
Trazar quilla tajante, que destierra
A su autor de la mar al otro lado,
Do la abundancia lleva, y a su suelo
Traslada la de allá con grande anhelo.

Las humildes cabañas son trocadas
En espantosos moles, cuyo peso
El suelo oprime: sientenlo elevadas
Nubes que arrolla el Aquilon travieso:
Ya la fábrica ostenta en sus fachadas
Bien en el mármol duro, ó dócil yeso,

O de la alta corinto la hermosura,
O dórica ó toscana arquitectura.

¡Ah! y ¡con qué gentileza los Apéles
En los delgados egercitan

Con acertadas líneas sus pinceles,
Con que á feraz natural imitan!

¡Grecia inmortal! ya miro tus cinceles,
Que á los bronce y mármoles incitan,

A ingreirse en vivientes transformados,
Y en membrudos Leocontes animados.

Ciencias brillar á par de sus hermanas
Artes nobles se ven acordemente;

Las historia muestra veneradas canas
Con el pincel conciso y elocuente:

De Tulio las palabras soberanas
Mueven el corazon mas indolente.

Y el eco del clarin Mantuano
Oye el rio suspenso, el bosque ufano.

Y á las sublimes causas, con que entiende
Númen regir la gran naturaleza

En trino reino ya el mortal atiende;
Y á su ser, y de Dios á la grandeza:

Con las eertezas líneas que él estiende
Lo largo y ancho mide, con la alteza

De masa natural, y en verdaderos
Cálculos cuenta el giro á los luceros.

De calasancios profesores sábios
Vosotros respondiendó á los desvelos,

Abandonando inútiles resabios,
Siempre habeis de emular bellos modelos:

Si tomajs los consejos de mis lábios,
¡O jóvenes! serán vuestros anhelos

En la ciencia creer con recto modo;

Que el ímprobo trabajo vence á todo.

Obstinado trabajo, á que el viviente
Fuera en provecho suyo condenado
Por el supremo númen justamente,
Cuando cayó del venturoso estado:
Imitad á Diana, que creciente
Gira á ver su emisferio iluminado,
Opuesta en el azul y claro polo
A su risueño hermano el rubio Apolo.

Y cual pomposa vid en fuerte abrazo
Del álamo crecido se sustenta,
Juntad vosotros con estrecho lazo
La virtud, que al saber su brillo aumenta:
De la terrena vida amargo el plazo
Solamente con esto se contenta;
Que aquestas sendas lucidas hollando,
Héroes fueron al cielo caminando.

HIMNO DEL ESPIRITU SANTO,

DE UN AUTOR MODERNO.

¡Espíritu divino!

De amor el lazo eterno,
Con que ama el Padre al Hijo,
Y el Hijo al Padre inmenso:
Que inflamas y enardeces
Apostólicos pechos,
Sin parar hasta hacerle
Brasa de ardiente fuego:
La timidéz disipas,
Y derrites el hielo,
Y la ignorancia trueca
En saber estupendo.

¡O amor! ¡ay! si bajáras
 A morar en mi seno,
 Que tu amor retornára
 Un horno vivo hecho!

 Mi corazon, que late,
 Por volar á su centro,
 Entonces traspasára
 El alto firmamento.

 Ni lazos que aprisionan
 Ni cárceles, ni hierros
 Embargarán sus álas
 Para estorvar el vuelo:

 Y el estiercol y escoria,
 (Grandezas de este suelo)
 Para siempre olvidára
 Con feliz escarmiento:

 Y en la region celeste,
 En aquel prado ameno,
 Donde al alma apacientan
 Verdad y amor sinceros;

 Tendiera yo mis brazos
 A mi dulce embeleso,
 Sin ánsias de buscarlo,
 Sin temor de perderlo.

 Pero en tanto que llega
 En venturoso tiempo
 Y vivo entre las sombras
 Y redes de este suelo;

 Tu viva luz, tu llama,
 Consolador supremo,
 Del alma dulce vida
 No me niegues, te ruego.

 Hierre tambien la roca

Tan dura de mi pecho:
 Para que se desate
 En perenal venero:
 Cuyos raudales laven
 ¡Ay sus borrones feos!
 Y émulo de la nieve
 Parezca cisne bello:
 Blanco cisne, que entone
 Con mas suave acento
 Allá en su ocaso, el himno
 Que el amor ha compuesto.

CANCION DE FRAY LUIS DE GRANADA
 A LA ASCENSION DEL SEÑOR.

¡Y dejas Pastor santo
 Tu grey en este valle hondo oscuro
 Con soledad y llanto?
 ¡Y tú, rompiendo el puro
 Aire, te vas al inmortal seguro?
 Los ántes bien hadados,
 Y los agora tristes y afligidos,
 A tus pechos criados,
 De ti desposeidos,
 A do convertirán ya sus sentidos?
 ¡Qué miran los ojos
 Que vieron de tu rostro la hermosura,
 Que no le sea enojos?
 Quien oyó tu dulzura,
 ¡Qué no tendrá por sordo y desventura?
 Aqueste mar turbado
 ¿Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
 Al viento fiero airado,

Estando tu encubierto?

¿Qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay! nube envidiosa,

Aun de este breve gozo, ¿qué te quejas?

¿Do velas presurosa?

¡Cuan rica tu te alejas!

¡Cuan pobres y cuan ciegos ¡ay! nos dejas!

FRUTO DEL ESTUDIO, DE UN AUTOR MODERNO.

Discurriendo brillante
Del Aries á los Peces
El Sol, padre del dia,
¡Que mudanzas se advierten!

La primavera ufana,
Con el semblante alegre,
Desplega sus ropages
De rosas y claveles:

La flor al árbol orna,
Que esperanzas promete
De sazonados frutos
Allá para setiembre:

El encalmado estío
Circunda sus dos sienes
(Por ricas son doradas)
De espigas y de mieses.

Con cuyas esperanzas
El labrador sostiene
Vientos, granizos, lluvias,
Que el cielo opaco vierte:

El padre otoño luego,
Ferah y ledó viene

Cargado de racimos,
Que dulce nectar tienen.

Y mil frutos, que acordes
Pomona y Palas siempre
En tributo retornan

El bien, que les ofrece:

Y tú, erizado invierno,
¿Qué bienes, di, qué bienes
Otorgas á los campos
Con lluvias, aire y nieves?

¿Qué' las plantas afirmas,
Que riquezas prometen,
Y reposo á los hombres
En que á su Dios contemplan.

¡O jóvenes gallardos,
Cuyos afanes vencen
El tedio del estudio,
Del ócio los placeres!

Vosotros que al desvelo,
Que Calasanz mantiene,
Creceis en las virtudes
Y letras, sus clientes;

De la dulce enseñanza,
Que la esfera escelente,
Y el globo proporciona,
Aprended estas leyes:

Si á estío se adelanta
La primavera alegre,
Y á opino otoño sigue
El invierno inclemente:

Si al dia en desiguales
Pasos la noche vence,
Y á veces son vencidas

Sus negras lobregueces:
 Si el sol iluminado
 Al polo está seis meses,
 Y al contrapuesto sombras
 Al mismo tiempo ofenden;
 En region inconstante
 Mortales somos siempre,
 Mientras dura el desierto
 Que dió la culpa a leve;
 ¿Qué consuelo? trepemos
 A la cumbre eminente
 Donde Dios á sus santos
 Muestra su faz alegre;
 Donde la paz abunda,
 En donde no anochece,
 Y en donde están los campos
 Cuan esmeraldas verdes;
 Donde zéfiros mansos
 Agitan mansamente
 Los bien poblados ramos,
 De avecillas alvergue;
 En donde opacas nubes
 El cielo no oscurecen,
 Ni los truenos retumban,
 Ni rayos estremecen:
 Donde del hondo rio,
 Suave y trasparente,
 Que del trono dimana
 Del cordero inocente,
 Dichosos moradores
 De la Sion celeste
 Sacian su sed, y vida:
 Perennemente beben;

¡O vida! ¡ó paz dichosa!
 ¡Felice yo, si vienes!
 O yo voy á tu esencia
 A gozar tus placeres.
 Entonces rebosando
 En júbilo perenne,
 Habré logrado el fruto
 Que el estudio promete.

OTRA DEL MISMO FRAY LUIS.

Cuando contemplo el cielo
 De innumerables luces adornado,
 Y miro hácia el suelo
 De noche rodeado,
 En sueño y en olvido sepultado,
 El amor y la pena
 Despiertan en mi pecho una ánsia ardiente:
 Despiden larga vena
 Los ojos hechos fuente,
 Oloarte, y digo al fin con voz doliente,
 Morada de grandeza,
 Templo de caridad y de hermosura,
 El alma que á tu alteza
 Nació, ¿qué desventura
 La tiene en esta cárcel baja oscura?
 ¿Qué mortal desatino
 De la verdad aleja así el sentido,
 Que de tu bien divino
 Olvidado, perdido
 Sigue la vana sombra, al bien fingido?
 El hombre está entregado
 Al sueño, de su suerte no cuidando,

Y con paso callado
 El cielo vueltas dando,
 Las horas del vivir le va hurtando.
 ¡Oh! despertad mortales,
 Mirad con atencion en vuestro daño.
 Las almas inmortales,
 Hechas á bien tamaño,
 ¿Podrán vivir de sombras y de engaño?
 ¡Ah! levantad los ojos
 A aquesta celestial eterna esfera,
 Burlareis los antojos
 De aquesta lisonjera
 Vida, con quanto teme y quanto espera.
 ¿Es mas que un breve punto
 El bajo y tope suelo, comparado
 Con ese gran trasunto
 Do vive mejorado
 Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
 Quien mira el gran concierto
 De aquestos re-plandores eternals,
 Su movimiento cierto,
 Sus pasos desiguales,
 Y en proporcion concorde tan iguales,
 La luna como mueve
 La plateada rueda, y va en pos de ella
 La luz do el saber llueve,
 Y la graciosa estrella
 De amor la sigue reluciente y bella,
 Y como otro camino
 Prosigue el sanguinoso Marte airado
 Y el Júpiter benigno,
 De bien es mil cercado,
 Serena el cielo con su rayo amado.

Rodéase en la cumbre
 Saturno, padre de los siglos de oro,
 Tras él la muchedumbre
 Del reduciendo coro
 Su luz vá repartiendo y su tesoro,

¿Quién es el que esto mira,
 Y precia la bajeza de la tierra,
 Y no gime y suspira
 Y rompe lo que encierra
 El alma: y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
 Aquí reina la paz, aquí asentado
 En rico y alto asiento
 Está el amor sagrado,
 De glorias y deleites rodeado.

Inmensa hermosura
 Aquí se muestra toda y resplandece
 Clarísima luz pura,
 Que jamás anochece,
 Eterna primavera aquí florece.

¡O campos verdaderos!
 ¡O prados con verdad frescos y amenos!
 ¡Riquísimos mineros!
 ¡Oh deleitosos senos,
 Repuestos valles de mil bienes llenos!

*En la circuncision del Señor. oda de un autor
 moderno.*

Que tu filo severo,
 Fiero cuchillo, cebes en la triste
 Carne del heredero
 De aquel, á quien sagaz la suerte embiste,

Y mancha la persona,
Que á su propia mácsima inficiona,

¡Ay! no es maravilla,
No es maravilla, no; mas de ese Niño
(Aunque tanto se humilla)

¿Por qué dime cruel, al niveo armiño
En su carne sagrada

Ha de bañar la sangre purpurada?
De Adan descende. ... es cierto;

Pero no de su culpa amancillado:
Que del cerrado hueito

De rosas y azucenas coronado,
De una casta doncella

Salió; mas sin abrir, su puerta sella.
Ea, no mas cuchillo,

¡Oh! ¡templa tu rigor! ¡mirar ay! baste
Tu reluciente brillo:

El cortador acero que afileste
En otro descendiente

De Adan ejercerás; vamos..... detente.....
Virgen y Madre junto

Del dulce Infante, á quien el hierro tira
Ya está de herirlo á punto,

Y al punto lo herirá, sino retira
Su brazo poderoso

Al Hijo el cuchillo riguroso:
Que tiempo será, cuando

Los duros clavos, y ásperos cordeles,
Y espinas agotando

Su noble sangre toda irán crueles;
Y su costado abierto

Testigo fiel será despues de muerto.
Pero entretanto aleja

El bárbaro instrumento de su pura
 Carne y ¡oh Madre! deja
 Que el Niño crezca: el tiempo se apresura
 Ni es, dejar por probarlo
 Mayor dolor despues, abandonarlo.

¡Mas ay de mi! la Madre
 Mis plegarias no oyó: cumplir desea
 El decreto del Padre,
 Y voluntad del Hijo; centellea
 Su corazon de fuego
 En verter por el hombre sangre luego.

Ablande quien taviere
 Pecho de bronce y mármol, que el acero
 Su tierna carne hiere;
 Y rojo humor corriendo del venero,
 Las lágrimas calientes
 Le saca de los ojos inocentes.

Por decreto del cielo
 JESUS le llaman, y es JESUS, ahora.
 Porque su ardiente celo,
 Y la sangre, y las lágrimas que llora
 Y el corazon que late
 A los mortales libran el rescate.

Pues mi JESUS divino;
 Amable Redentor, si tan temprano
 El precio peregrino
 Derramas de tu sangre, ¡ay! no sea en vano
 Para mi, vil cautivo,
 Que fui para verterla gran motivo.

OCTAVA DE UN POETA PECADOR
 ARREPENTIDO.

¿Yo para qué nací? Para salvarme.

Que tengo de morir, es infalable.

Dejar de ver á Dios y condenarme,

Triste cosa será pero posible.

¿Posible? ¿Y rio, y duermo, y quiero holgarme?

¿Posible? ¿Y tengo amor á lo visible?

¿Qué hago? ¿En qué me ocupo? ¿En qué me
encanto?

Loco debo de ser, pues no soy santo,

GLOSAS DE LA MISMA OCTAVA.

¿Yo cómo vine al mundo? Condenado.

¿Dios cómo me libró? Dando su vida.

¿Yo cómo la perdí? Por un bocado.

Que fué del mundo todo el homicida.

¿Dios qué me pide á mí? Lo que me ha dado.

¿Yo qué le pido á él? La eterna vida.

¿Dios para qué murió? Para librarme.

¿Yo para qué nací? Para salvarme.

De tierra soy, y tierra he de volverme;

Y siete pies de tierra reducido,

Y una pobre mortaja en que envolverme

Tendré del mundo el pago merecido.

No puedo de este paso defenderme;

Ni el César puede, ni el gayan temido.

¡Misericordia general! ¡Caso terrible!

Que tengo de morir es infalible.

Allí de los amigos mas amados,

Del alma tiernamente mas queridos,

Los últimos abrazos regalados;

Recibiré con llantos y gemidos.

Allí será el amor de mis cuidados

Los deleites y vicios cometidos;

Pues que puedo por ellos no salvarme,
 Dejar de ver á Dios y condenarme.
 ¡Pues cómo de la enmienda y penitencia
 Tan descuidado vivo en esta vida?
 ¡Cómo no limpio y curo la dolencia,
 Antes que llegue el fin de esta partida?
 Porque si llega, y falta diligencia,
 El dar en el infierno una caída
 Hasta el centro profundo mas horrible;
 Triste cosa será, pero posible.
 Dispuesto con cuidado, y prevenido
 Conviene estar al tránsito forzoso;
 Que si me coge desapercibido,
 Tendré el castigo como perezoso:
 ¡Oh loco, torpe, necio, endurecido,
 Falso, liviano, desleal, vicioso!
 ¡Qué pueda ser venir á condenarme
 Posible? ¡Y rio, y duermo, y quiero hol-
 garme?

En este caso mil exclamaciones
 Con lágrimas, sollozos y alaridos
 Harán (sin dar alivio á mis pasiones)
 Padres, hermanos, deudos, conocidos.
 ¡Que ansias, que congojas, que aflicciones
 Turbarán mis potencias y sentidos!
 ¿Esto tengo de ver? ¿Esto es posible?
 ¿Posible? ¡Y tengo amor á lo visible?

Agonizando para dar la vida
 El cuerpo flaco con la amarga muerte,
 El alma triste teme la partida,
 El divorcio preciso, y dura suerte.
 Amargo cáliz de mortal bebida,
 Pues tengo de pasarte y de beberte,

¿Cómo de la virtud me olvido tanto?
 ¿Qué hago? ¿En qué me ocupo! ¿En qué me
 encanto?

Allí me asombrará la cuenta larga,
 Las visiones horrendas infernales,
 La memoria terrible tan amarga
 Del falso que condena, y otros males.
 ¿Pues cómo ¡oh ciego! con tan grave carga
 De angustias y tormentos desiguales
 No tiemblo? ¿No me enmiendo?
 ¿No me espanto?
 Loco debo de ser, pues no soy santo.

De Don Esteban Manuel de Villegas ;

CANTINELA DE UN PAJARILLO.

Yo vi sobre un tomillo
 Quejarse un pajarillo,
 Viendo su nido amado,
 De quien era caudillo,
 De un labrador robado.
 Vile tan congojado
 Por tal atrevimiento,
 Dar mil quejas al viento.
 Para que al cielo santo
 Lleve su tierno llanto,
 Lleve su triste acento.
 Ya con triste armonia,
 Esforzando el intento,
 Mil quejas repetia:
 Ya cansado callaba,
 Y al nuevo sentimiento

Ya sonoro volvia,
 Ya circular volaba,
 Ya rastrero corria,
 Ya pues de rama en rama
 Al rústico seguia;
 Parece que decia:
 Dame rústico fiero,
 Mi dulce compañía:
 Y que le respondia
 El rústico: no quiero.

DESEOS DE LA FELICIDAD.

Señor, tu que pones ley
 Al mar, cuando se alborota,
 Y quiere anegar la tierra
 Con sus encrespadas olas.
 Tu, que á los furiosos vientos
 Que desenfrenados soplan,
 Solo con mirarlos luego
 De sus furoros reposas;
 Tu, que con fulgores vivos
 Las estrellas brilladoras,
 Que esmaltan el firmamento
 Las enciendes y coloras;
 Que á la aurora blanca vistes
 De jazmines y de rosas
 Para que á Febo prevenga
 La carrera luminosa;
 Que al rubio planeta das
 La viva luz con que dora
 En entrambos hemisferios
 La naturaleza toda;

Tú, en fin, que la grave tierra
Fundaste sobre ella sola,
Dó cumplimos el destierro
En la vida triste y corta;

Oye, Señor, los clamores
De la humana gente absorta,
Con que fatiga á la esfera
Do cierto el placer se aloja:

Enferma está que el bocado
De la sierpe ponzoñosa
Con negro y mortal veneno
La humana sangre inficiona:

Yace tambien en tinieblas,
Porque en noche tenebrosa
Puso á los mortales tristes
De Adan funesta la historia:

Como médico del alma,
Sana su dolencia: arrolla
Sus tinieblas, como Sol
Que de justicia te nombras:

Sabes que si no se ataja
El mal, nuevas fuerzas cobra,
Y la voladera muerte
Ya por llegar se acalora.

Si tú, Señor, no lo haces,
¿Quién lo ha de hacer? gime, llora
Por tí el linage mortal,
Ea: acalla sus congojas:

Cielos altos, enviad
Vuestras cristalinas gotas,
Abre, madre, tierra, el seno,
Y al dulce salvador brota.

Somos oidos; las nubes

Se sueltan en bien copiosa
Lluvia, y la tierra fecunda
Ve al sol salir á deshora:

El orbe le áplauda: el monte
La miel destila abundosa,
El rio cándido corre
Con la leche que rebosa.

Los celestes paraninfos
Cánticos dulces entonan,
La gente humilde se alegra,
Y los gentiles le adoran:

Todo es placer y embeleso:
Todo el orbe se alborozar,
Y en calma son anegadas
De su bien almas absortas;

No de otra suerte que el golfo
Que despues de ver sus olas
Convatir el firmamento
En montañas espumas;

Tranquilo se mira al fin,
Porque el Señor que lo doma,
Al huracan y á las nubes
En cadenas aprisiona.

Hijos de una Madre Santa,
Que en sucesion numerosa
Sois como fértil oliva
Que ramos mil enarbola;

Con ella el crecido gozo
Tomad, que nos proporciona
Y en las moradas celestes
Palma y eterna corona.

EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

Oda de un autor moderno.

¡Gran Dios del universo!
 Señor que en tu presencia
 El universo mundo
 Ni aun átomo es siquiera,
 Hasta aquí conocida
 Tu escelsa omnipotencia,
 Porque solo en quererlo
 Vió el orbe su existencia:
 También de tu gobierno
 Formé una imagen bella,
 Mirando cual le rige
 Tu sabia providencia:
 Tu justicia valiente,
 Esa justicia recta,
 Que acabó en un diluvio
 Con la manchada tierra:
 Y vibrando los rayos
 Con su invencible diestra
 A cenizas reduce
 Ciudades deshonestas,
 Me dió de sus furores
 Terribles una idea:
 Pero aun no conocia
 Bastante tu clemencia;
 Hasta que vi.... ¿te embargas
 Para decirlo? ¡oh lengua!
 Hasta que vi á tu Verbo
 Morar sobre la tierra.
 ¿Sobre la tierra dije?
 ¡Quién elocuente fuera
 Para hablar de un pesebre,

De un establo de bestias,
 De pajas, de pañales,
 De lágrimas, de penas!
 ¿En qué ¡oh gran Dios! ocultas
 Ah! toda tu grandeza?
 ¿Ora si que conoce
 Mi alma tu clemencia!
 ¿Y en su piélago inmenso
 Ora si que se anega?
 Pues, Dios niño, si eres
 Clemente por esencia,
 Y das desde el pesebre
 La mas patente muestra;
 Para que en vida y en muerte
 Feliz tu pascua sea,
 De tus benignos brillos
 Derrama la influencia:
 Derramala, y que arda
 En su luciente hoguera
 El corazon que todo
 Para tí se reserva.

LA TRANQUILIDAD.

Oda de un autor moderno.

Miré del mar tranquilo
 El apacible espejo,
 Rebosando de gozo,
 Saltando de contento.

Cuando Febo asomaba
 Por el oriente bello,
 Retratando en las aguas
 Sus luces y reflejos.

Si el agua se agitaba
 En manso movimiento,

Transparente formaba
Mil y mil espejuelos:

Los nadadores peces
Que encierra en su ancho seno
Apacibles mirando
El cristalino reino;

Sacaban la cabeza,
Y la ocultaban luego
O la escamosa espalda
Mostraban zambullendo.

O con su larga cola,
La clara linfa hiriendo
Arrojarla intentaban
Al sosegado cielo.

El Padre que maneja
De las aguas el cetro,
En su carroza andaba
La espalda al mar midiendo:

Y soltando las riendas
A sus delfines prestos,
Ligero se desliza
Y pasa el mar de un vuelo.

Esto miraba, cuando
Los voladores vientos,
A guisa de escuadrones,
Que van al campo fieros,

Del golfo se apoderan
A diestro y á siniestro,
Y le truecan crueles
De claro en turbulento.

Las naves que venian
En paz á vela y remo,
En ásperos peñascos
Las estrellan soberbios.

Ya combaten las olas
 Al alto firmamento,
 Y apagar solicitan
 Sus brillantes luceros:

Y ya como montañas,
 En el golfo cayendo,
 Descubren las arenas
 Que yacen en el centro.

Los peces monstruosos
 Y pececillos tiernos
 Asustados requieren
 Los mas ocultos senos:

Negras y espesas nubes
 Risueña faz cubrieron
 De los bóvedas altas
 Del azulado cielo.

Yo desde la ribera
 Lo que pasaba viendo,
 Huí, no me barrieran
 Las ólas allá dentro;

Y allí, donde es negado
 Al ponto turbulento
 Dilatar sus espumas
 Con su furor severo.

Me retiré y descanso
 De la paz en el seno,
 De la paz, que circunda
 De olivo su cabello:

Do el hecho me recibe
 En sosegado sueño,
 Y la risueña Aurora
 Me destierra del lecho;
 Do miro desengaños,
 Do verdades aprendo,

Que la docta experiencia

Enseña, y escarmientos:

Donde con dulce gusto

La antigüedad paseo,

Mirando las acciones

De malos y de buenos:

Donde miro y admiro

Leyes sábias, que ha puesto

El Padre omnipotente

Al orbe todo entero:

Donde tal vez cansado

Tomo la lira, y hiero

Las resonantes cuerdas

Con mis rústicos dedos:

Al fin en donde paso

El fugitivo tiempo

Sin envidiar á nadie,

Y yo envidiado menos.

Tu, Fabio que luchando

Estás de la mar en medio,

Con sus terribles olas

Agitadas del viento

Ven á gozar la calma

De mi tranquilo puerto,

Y que te siga ufano

Tu dulce compañero:

Y vuestras santas almas

Que para paz nacieron

Quedarán anegadas

En medio de su centro.

CANCION

de *Lupercio Leonardo Argensola.*

Alivia sus fatigas,

El labrador cansado
 Cuando su yerta barba escarcha cubre,
 Pensando en las espigas
 Deí Agosto abrasado,
 O en los lagares ricos del octubre:
 La hoz se le descubre
 Cuando el arado apaña,
 Y con dulces memorias le acompaña.

Carga de hierro duro
 Sus miembros y se obliga
 El jóven al trabajo de la guerra:
 Huye el ócio seguro
 Trueca por la enemiga
 Su dulce, natural y amiga tierra;
 Mas cuando se destierra,
 O al asalto acomete,
 Mil triunfos y mil glorias se promete.

La vida al mar confía,
 Y á dos tablas delgadas
 El otro que del oro está sediento,
 Escóndesele el dia,
 Y las ólas hinchadas
 Suben á combatir el firmamento:
 Él quita el pensamiento
 De la muerte vecina,
 Y en el oro le pone y en la mina.

Deja el lecho caliente
 Con la esposa dormida
 El cazador solícito y robusto
 Sufre el cierzo inclemente
 La nieve endurecida,
 Y tiene de su afan por premio justo
 Interrumpir el gusto
 Y la paz de las fieras,

En vano cautas, fuertes y ligeras.

Premio y cierto fin tiene
Cualquier trabajo humano,
Y el uno llama al otro sin mudanza:
El invierno entretiene
La opinion del verano,
Y un tiempo sirve á otro de templanza:
El bien de la esperanza
Solo quedó en el suelo,
Cuando todos huyeron para el cielo.

Si la esperanza quitas,
¿Qué le dejas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes,
Todo lo precipitas
En olvido profundo,
Y del fin natural, Flérida, huyes;
Si la cerviz rehuyes
De los brazos amados,
¿Qué premio piensas dar á los cuidados?

Á LA LIBERTAD DE ESPAÑA DE LA OPRESION
DE LOS FRANCESES, DE UN AUTOR MODERNO.

Cancion compuesta el año 1808 despues de la
redencion de Dupont, arreglada al modelo
del cántico de Moisés.

CANTEMUS DOMINO, &c.

*Cantemos al Señor, que el temerario
Arroja confundió del Corso horrible.
¡Gran Dios de los Ejércitos potente!
¡Salud nuestra escelente!
¡Loores á tu nombre en tono varío!
Tú del contrario vengador terrible*

*Exaltaste tu brazo poderoso,
Y el Galo huyó confuso y pavoroso,
Destrozadas sus águilas rapantes
Sus carros y caballos arrogantes.*

*El soberbió Behemoth ¡cruel tirano!
Confiado en sus huestes altaneras
Oprimir intentó la Iberia fuerte,
Al ver su estado inerte,
Y con cautela y seductora mano
Sus prendas le arrebatan placenteras,
Y entre ellas su Fernando idolatrado,
Que por tu ungido ¡oh Dios! le has otorgado,
Y á quien la hispana gente rinde en luto,
Y en lágrimas ardientes fiel tributo.*

*«Yo á quien el Arno y el tesin (esclama)
«Pecho me paga junto con el Sena,
«Haré que Ibero y Tajo vasallaje
«Me rinda ¡fiero ultraje!
«Y si resiste vengadora llama
«Su suelo abrasára, y en dura pena
«Cortára sus cervices mi cuchilla:
«Asi pague yo siempre á quien no humilla
«La cabeza postrado y pavoroso
«De mi arrogancia el másimo coloso.*

*«Brazo robusto de española gente
«Governado por mí, del Bóreas frio
«Hasta la ardiente Libia á las arenas
«Echará las cadenas,
«Que regirá mi mano omnipotente
«En largo irresistible señorío:
«Y do despunta la rosada aurora
«Hasta el lecho del Sol será Señora;
«Que mi ambicion de límites esenta
«Aun apenas con esto se contenta.*

«¿Quién podrá resistirme entonces?

«¿cuándo

«Miró el orbe Monarca mas pujante?

«A Roma, á Roma sacra, y su unguido

«Rebelde he resistido,

«Por si se opone á mi supremo mando:

«De mi lijero carro va delante

«El pálido terror, la muerte airada,

«Fiera, sañosa, atroz, ensangrentada,

«Si la perfidia y mascarado engaño

«Primero no triunfaren en su daño.»

Tú, Señor, que á la cumbre de la gloria

Ensalzas al humilde y al mendigo

De la basura sórdida sublimas

Sobre las altas cimas

Del Olimpo que publican su memoria;

Para el soberbio apresta ya el castigo,

Su orgullo abate, y de la escelsa roca

De su hinchazon al hárratro derroca:

Yaga á tu impulso su feroz denuedo

Envuelto en confusion y torpe miedo.

Ya fué Señor, tu diestra sublimada

En fotalenza, cuando á huestes fieras

Vió Bétis olvíferos rendidas,

Dispersas, abatidas,

Del Turia la corriente aljofarada,

Llevas de oprobio y rotas sus banderas:

Y donde el Ibero adora la columna,

De Hesperia apoyo, y su mejor fortuna.

Mil y mil veces su furor deshecho,

Por el escudo, y celtibero pecho.

«Mi furor (sigue el perfido tirano)

«El cóncabo metal de hórrido estruendo,

«Los pueblos aterrando y las ciudades

«*Adsorta en crueldades,*
 «*Y sus riquezas saciarán mi insano,*
 «*Mi pecho embaidor (¡placer horrendo!)*
 «*Mis armas y corazas aparentes*
 «*Que fueron el terror de tantas gentes.*
 «*Del Bátavo, y Latino, y la Alemaña*
 «*¿Por qué no lo será también de España?»*

Pero al soplo ¡oh Señor! de tus enojos
El pavor inundó sus corazones,
Que el español acero traspasára,
Y su orgullo humillára:

Abandonan huyendo los despojos,
Que robaron furiosas las legiones.
Sin perdonar tus templos, ni tus aras:
A tus esposas profanaron caras,
A tus sacros ministros ultrajaron,
Y al cuchillo tus niños entregaron.

Quebranta el tigre que las uñas lame
Ensangrentadas del furioso estrago;
Bajo la piel de oveja blasonaba,
Que á tu España honoraba

Para perderla ¡proceder infame!
Antes el golpe sienta que el amago:
A tus impulsos el leon dormido
Despierta, se espereza, y su rugido
Las citadas falanges amedrenta,
Y á los confines de su galia auyenta.

¡Galía infelice, un tiempo la delicia
De virtud y saber! Gimes ahora
Bajo el pesado yugo del tirano
Sin piedad inhumano:

No sientes, triste, la piedad propicia
De quien por ti nuestra region mejora
Al filo del acero y sugetaste

La rebelde cerviz ¡justo castigo!
 No á un defensor, á un perverso enemigo.
 ¿Esta es la libertad que requerias
 Cuando lozanas lises marchitabas?
 Tú buelaste, Señor, de los humanos
 Los pensamientos vanos:
 ¡Ay! ¡cómo enseñan los fugaces dias
 Qué tú distintas cosas ordenabas!
 ¿Y aun con esto el mortal, el presumido
 Mortal á tus designios se ha otrevido?
 El gusanillo aquí en la humilde tierra
 Quiere al cielo llevar audaz la guerra.
 Los ayes ¡ay! calmad con el consuelo,
 Parténope, y tu Roma sojuzgadas
 Por la perfidia y ambicion extrema;
 Que la mano suprema
 De quien calma la mar, y rige el cielo,
 Vuestras cadenas quebrará pesadas:
 Y á Vuestro ejemplo la infeliz Liguria,
 Y Holanda ajada vengarán la injuria;
 Y tú polonia que engañada lloras,
 ¿Abrazarás las máximas traidoras?
 Tomad por norma á la española gente,
 Que al santo de Israel siempre rendida,
 Y siempre en sus piedades confiada,
 Quebrantó la exaltada
 Cerviz y crestas de feroz serpiente.
 Que yerta apareciendo y fementida
 Buscó el asilo, y le encontró en su seno;
 Pero ingrata infundiérala el veneno,
 Si á sus roncas y silbos, y á su saña
 No le opusiera su leon España.
 Por tí, Señor, Iberia es vencedora
 De las perfidias que abortó el abismo

*Para turbar la paz, la paz sagrada
De olivo coronada*

*Vuelvenos ¡oh buen Dios! la prenda ahora
Del gran Fernando norma de heroismos*

A la prision, Señor, con él bajaste

Y en ella con tus rayos le ilustraste,

Y á los que lo mancharon confundiste,

Y su clara inocencia protegiste.

*¿Quién á tí se parece en fortaleza,
Señor de los egércitos potente?*

¿Y quién en santidad es semejante?

Mil portentos delante

Van de tu magestad y tu grandeza,

Que al cielo encantan, pasman á la gente:

Al obstinado Faraon turbaron,

Y á sus carros y egército anegaron

Mientras tu pueblo hollaba el mar enjuto,

En sacros himnos dándote el tributo

Y en tu pueblo escogido, el pueblo hispano

No acaba de admirar igual portento

De tu escelso poder? Voraz le llama

Su furor no derrama

Sobre la arista, cual al Galo ufano

Arrolla y desbarata en el momento:

Y el resto de su gente consternada

A la fuga se entrega arrebatada,

Imitando al caudillo no llamado

Que aleve quiso ser entronizado.

Ingeniosa Albion, que de los mares,

A pesar del tirano, el gran tridente

El árbitro del mundo te ha otorgado,

Tú siempre has penetrado

La torcida intencion, que mil pesares

Causó y desolacion al continente:

*Prosigue tus intentos: desbarata
Las siniestras empresas: hieres mata,
Con las nuestras uniendo tus banderas,
Las decantadas águilas ligeras.*

*Y di al caudillo que su imperio rige
Del Lapon yerto, hasta el Japon lejano
Ilustrando su suelo moscovita,
Que si sagaz no imita*

*Tu obrar con el tirano, no lo entiende
Con el audaz, el pérfido inhumano,*

*Y así como tu trono derribára,
Si del suyo la mar no la alejára:*

*El Ruso sin reparo arruinaría,
En pudiendo cruel alevosía.*

*Mas ya aparecen vanos sus intentos,
Desde que ¡oh gran Dios! pavor envias
A sus secuaces con terror medroso:*

Tu brazo poderoso,

*Obra por siempre de inclitos portentos,
Sigue, sigue ostentado en nuestros días:*

Huyan los enemigos de tu nombre

Con miedo y confusión, que al orbe asombre;

Cual humo que se esparce por la esfera

O cual al fuego fluye débil cera.

¡Loores á tu nombre! en hora suya

Suba á los aires oloroso incienso,

Y nuevos inciensos de arte peregrina.

¡Oh Magestad divina!

Tambien loamos á la madre tuya

So cuyo manto España con inmenso

Placer se vé por tí constituida,

Y siempre de su amparo protegida:

Y por medio ¡oh Jesus! de tal Señora

Acabe en fin su empresa vencedora.

INDICE.

De las materias contenidas en este libro.



<i>Prólogo.</i>	<i>pág.</i>	<i>3</i>
<i>Proverbios ó Parábolas de Salomon. . .</i>		<i>5</i>
<i>Introduccion á la sabiduria de Luis Vives. — De la Religion. — De la Caridad.</i>		<i>24</i>
<i>De Fray Luis de Granada:—El hombre tiene obligacion de amar á Dios solo por ser quien es.</i>		<i>49</i>
<i>De la necesidad que hay de saber la doctrina cristiana, y de los grandes frutos y provechos de ella</i>		<i>63</i>
<i>Cuán digno de sentimiento es la ignorancia que comunmente hay de la ley de Dios: y como la leccion de libros de católica y sana doctrina es uno de los principales remedios de esta ignorancia . .</i>		<i>72</i>
<i>De la deformidad y malicia del pecado. .</i>		<i>78</i>
<i>Carta de Euquerio, Obispo de Leon de Francia, á Valeriano su pariente. . .</i>		<i>81</i>
<i>Oracion del V. Fr. Luis de Granada para pedir á Dios el perdon de los pecados.</i>		<i>130</i>
<i>Meditacion muy devota para egercitarse en el dia de la sagrada Comunión. . .</i>		<i>144</i>
<i>Otra meditacion para antes de la sagrada Comunión.</i>		<i>158</i>
<i>Diversas situaciones de la vida, en que el hombre puede ser feliz.</i>		<i>170</i>
<i>Diálogo sobre la urbanidad y buena</i>		

<i>crianza.</i>	192
<i>Fábulas del Señor Don Felix Maria de Samaniego.</i>	226
<i>Fábulas de un autor moderno.</i>	231
<i>Octavas de un autor moderno.</i>	238
<i>Himno del Espiritusanto, de un autor moderno.</i>	241
<i>Cancion de Fr. Luis de Leon, á la Ascension del Señor.</i>	243
<i>Fruto del estudio, de un autor moderno.</i>	244
<i>Otra del mismo Fr. Luis.</i>	247
<i>En la Circuncision del Señor, oda de un autor moderno.</i>	249
<i>Octava de un poeta pecador arrepentido.</i>	251
<i>Glosa de la misma octava.</i>	252
<i>Del Señor Don Esteban Manuel de Villegas, cantinela de un pajarilló.</i>	254
<i>Deseos de la felicidad, de un autor moderno.</i>	255
<i>Al nacimiento de Jesucristo, oda de un autor moderno.</i>	258
<i>La tranquilidad, oda de un autor moderno.</i>	259
<i>Cancion de Lupercio Leonardo Argensola.</i>	262
<i>Cancion á la libertad de España de la opresion de los Franceses, de un autor moderno.</i>	264

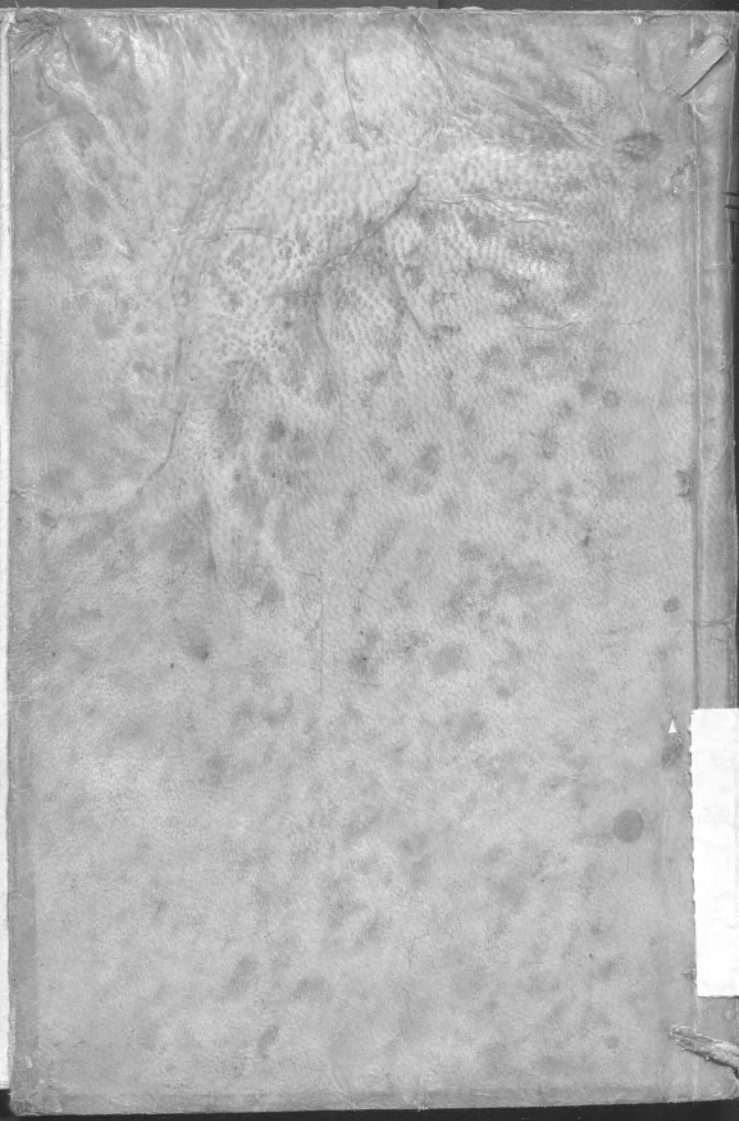
FIN.



90€

R37/2/4





G 30664

NINOS

PARA

LECCIONES